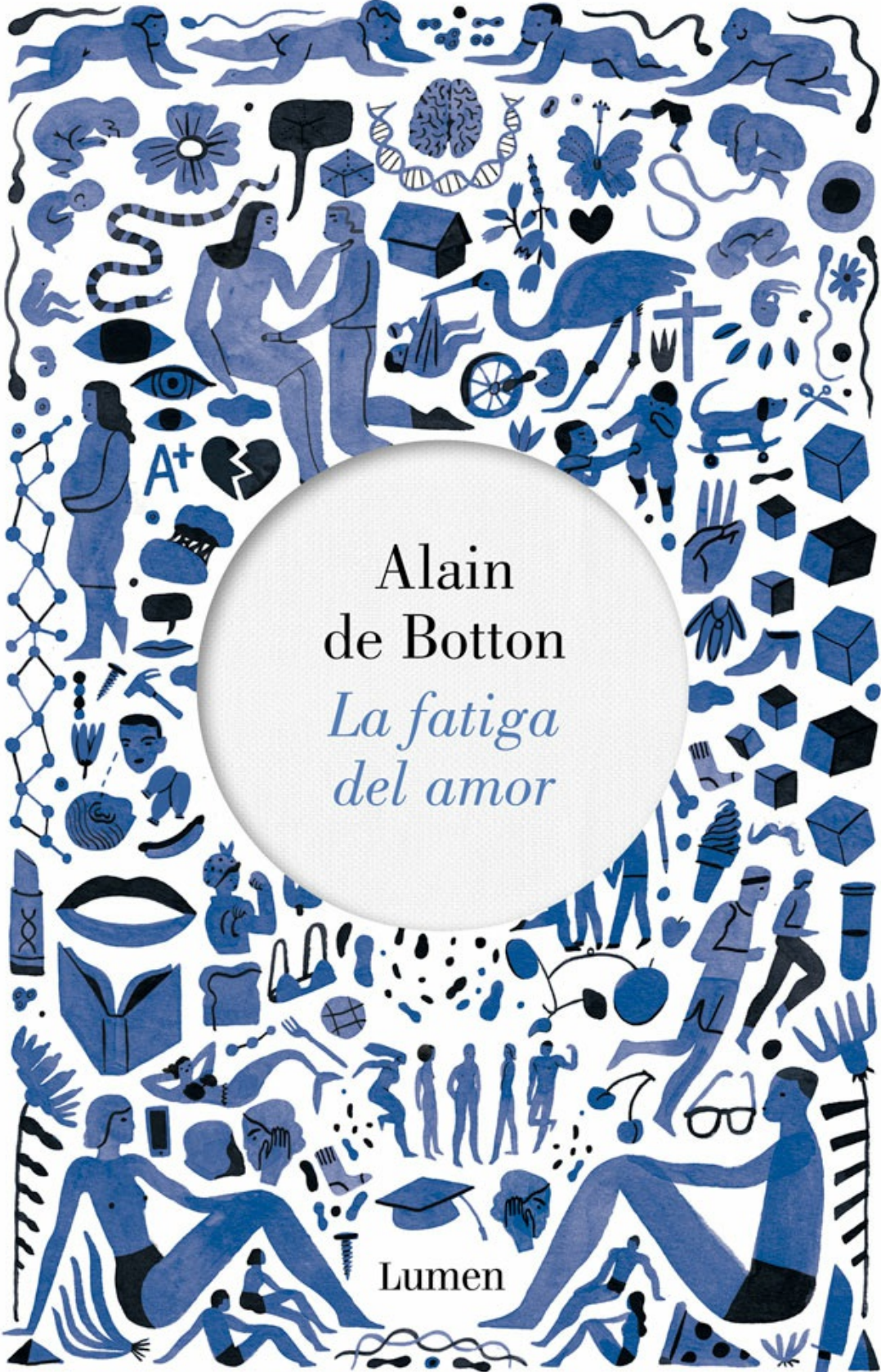


Alain
de Botton
*La fatiga
del amor*

Lumen



Alain
de Botton
*La fatiga
del amor*

Lumen

La fatiga del amor

Alain de Botton

Traducción de
Inga Pellisa

Lumen

narrativa

SÍGUENOS EN
megustaleer



@Ebooks



@megustaleer



@megustaleer

Penguin
Random House
Grupo Editorial

El romanticismo

El encaprichamiento

El hotel descansa sobre un promontorio, a media hora al este de Málaga. Está pensado para familias, y sin quererlo, sobre todo a la hora de las comidas, deja entrever las dificultades de formar parte de una. Rabih Khan tiene quince años y está allí de vacaciones con su padre y su madrastra. El ambiente entre ellos parece apagado y la conversación, dispersa. Hace tres años que murió la madre de Rabih. Todos los días sirven el bufet en una terraza que da a la piscina. De cuando en cuando, su madrastra hace algún comentario sobre la paella o el viento, que sopla con fuerza desde el sur. La mujer es de Gloucestershire y aficionada a la jardinería.

Un matrimonio no empieza con la petición de mano, ni siquiera con el primer encuentro. Empieza mucho antes, cuando nace la noción del amor, y más en concreto, el sueño de un alma gemela.

Rabih ve por primera vez a la chica junto al tobogán de la piscina. Tiene alrededor de un año menos que él, el pelo castaño cortado a lo chico, la piel aceitunada y un cuerpo esbelto. Lleva una camiseta marinera de rayas, pantalones cortos azules y unas chancas amarillo limón. En la muñeca derecha, una pulserita de cuero. Le dirige una mirada a Rabih, esboza lo que podría ser una tímida sonrisa y se reacomoda en la tumbona. Durante unas horas, contempla el mar, pensativa, escuchando música con el *walkman* y a ratos mordiéndose las uñas. Sus padres están sentados con ella, uno a cada lado. La madre hojea un número de *Elle*, y el padre lee una novela de Len Deighton en francés. Como averiguará más tarde Rabih gracias al libro de visitas, la chica es de Clermont-Ferrand y se llama Alice Saure.

Nunca antes había sentido nada remotamente parecido a esto. La sensación lo desborda desde el primer momento. No hacen falta palabras, que jamás cruzarán. Es como si la conociera desde siempre, como si viniese a dar respuesta a la existencia misma de Rabih y, en particular, a una zona de dolor difuso que hay en su interior. Los días siguientes la observa a distancia por todo el hotel: en el desayuno, con un vestido blanco ribeteado de flores, cogiendo un yogur y un melocotón del bufet; en la cancha de tenis, disculpándose por su revés ante el entrenador con una

educación enternecedora y un inglés de acento marcadísimo; en un paseo —aparentemente— solitario alrededor del campo de golf, parándose a mirar los cactus y los hibiscos.

Esta certeza de que otro ser humano es nuestra alma gemela puede manifestarse de inmediato. No hace falta mediar palabra, tal vez no sepamos siquiera su nombre. La información objetiva no tiene nada que ver aquí. Lo que importa es la intuición: un sentimiento espontáneo que parece más acertado y digno de respeto si cabe por cuanto se salta los procedimientos usuales de la razón.

El encaprichamiento cristaliza en torno a una serie de elementos: una chancla que cuelga despreocupadamente del pie; una edición de bolsillo de *Siddhartha* de Herman Hesse sobre la toalla, al lado de la crema solar; unas cejas definidas; el modo distraído de responder a sus padres, y esa forma de apoyar la mejilla en la palma de la mano mientras se come a cucharaditas la *mousse* de chocolate de la cena.

Instintivamente, Rabih crea una personalidad entera con estos detalles. Mientras mira cómo giran las aspas de madera del ventilador de techo de su habitación, compone en su mente la historia de su vida juntos. Ella será melancólica y avispada. Confiará en él y se reirá de la hipocresía de los demás. A veces le pondrán nerviosas las fiestas y no estará cómoda con las chicas de clase, síntomas de una personalidad sensible y profunda. Habrá estado siempre sola, y nunca hasta entonces habrá confiado por completo en nadie. Se sentarán en su cama y entrelazarán los dedos, juguetones. Ella tampoco habrá imaginado jamás que tal vínculo entre dos personas fuera posible.

Entonces, una mañana, sin previo aviso, ella ya no está, y una pareja holandesa con dos niños pequeños se sienta a su mesa. Se ha marchado con sus padres de madrugada para coger el vuelo de Air France de vuelta a casa, le explica el gerente del hotel.

Todo el episodio queda en nada. Nunca volverán a encontrarse. Rabih no se lo cuenta a nadie. Ella es totalmente ajena a sus cavilaciones. Y sin embargo, si la historia comienza aquí es —pese a todo lo que cambiará y madurará Rabih a lo largo de los años— porque su concepción del amor conservará durante décadas exactamente esa primera estructura que adquirió en el hotel Casa Al Sur aquel verano de sus dieciséis años. Seguirá confiando siempre en la posibilidad de una conexión y una empatía instantáneas y absolutas entre dos seres humanos, y en la posibilidad de ponerle un fin definitivo a la soledad.

Experimentará una nostalgia igualmente agrídulce al perder a otras almas gemelas que encontrará en un autobús, en el pasillo del supermercado o en la sala de lectura de una biblioteca. Sentirá lo mismo a los veinte años, durante un semestre de estudio en Manhattan, por una mujer que va sentada a su izquierda en el metro de la línea C dirección norte; y a los veinticinco, en el

despacho de arquitectos de Berlín en el que está haciendo las prácticas; y a los veintinueve, en un vuelo entre París y Londres, tras una breve conversación sobre el canal de la Mancha con una mujer llamada Chloe: la sensación de haberse encontrado con una parte de sí mismo que llevaba mucho tiempo perdida.

Al romántico le basta apenas con atisbar a un desconocido para llegar a una conclusión sublime y trascendente: que tal vez él o ella constituya una respuesta total a las preguntas sin formular de la existencia.

Puede que semejante intensidad nos resulte banal, incluso cómica; sin embargo, esta veneración por el instinto no es un planeta menor en la cosmología de las relaciones: es el sol central y subyacente en torno al cual giran los ideales contemporáneos del amor.

La fe romántica debe de haber existido siempre, pero solo en siglos recientes se la ha juzgado como algo más que una enfermedad; solo en los últimos tiempos se ha permitido que la búsqueda del alma gemela se considere algo parecido al propósito mismo de la vida. El idealismo que antes se reservaba a dioses y a espíritus se orienta ahora hacia el sujeto humano: un gesto de evidente generosidad, cargado no obstante de imponentes y frágiles consecuencias, pues no es tarea fácil para ningún ser humano estar toda una vida a la altura de la perfección que haya dejado entrever a un observador imaginario en la calle, la oficina o el asiento contiguo del avión.

Rabih necesitará muchos años y frecuentes ensayos amorosos para llegar a diversas conclusiones, para comprender que esas mismas cosas que en su día consideró románticas —la intuición sin palabras, el anhelo instantáneo, la creencia en un alma gemela— son las que nos impiden hacer que una relación dure. Decidirá que el amor solo persiste cuando uno traiciona las seductoras ambiciones de partida; y que para disfrutar de sus relaciones, tendrá que renunciar a los sentimientos por los que se embarcó en ellas. Deberá aprender que el amor es una destreza, más que puro entusiasmo.

El comienzo sagrado

Al principio de su matrimonio y durante muchos años después, a Rabih y a su esposa les hacen siempre la misma pregunta: «¿Cómo os conocisteis?», a menudo acompañada por un aire de divertido y contagiado alborozo. Entonces se miran el uno al otro como de costumbre —a veces con algo de timidez, cuando todos en la mesa callan para escucharlos— y deciden a quién de los dos le toca contarlo. Dependiendo del público, pueden optar por la versión ingeniosa o por la tierna. Pueden resumirlo en una frase o llenar un capítulo entero.

Los comienzos reciben una atención tan desmesurada porque no se los considera una simple fase más; para el romántico, contienen en forma concentrada todo aquello significativo del amor en conjunto. De ahí que en tantas historias de amor al narrador, después de que la pareja haya triunfado frente a una serie de obstáculos iniciales, no le quede otra que confiarlo a un futuro satisfecho e impreciso o matarlos. Eso que llamamos «amor» en ocasiones no es más que el principio del amor.

Llama la atención, comentan Rabih y su esposa, que casi nunca les pregunten por lo que les ha pasado desde que se conocieron, como si historia real de su relación no pudiese ser objeto de una curiosidad legítima y provechosa. Nunca han tenido que enfrentarse en público a la única pregunta que en realidad les preocupa: «¿Cómo es eso de llevar un tiempo casados?».

Las historias de relaciones que se prolongan durante décadas, sin una calamidad o una dicha evidentes, siguen siendo —de un modo fascinante y preocupante— excepciones entre lo que osamos contarnos a nosotros mismos la verdad del proceso amoroso.

Y ese comienzo al que se dedica tanta atención ocurre así: Rabih tiene treinta y un años y vive en una ciudad que apenas conoce ni comprende. Antes vivía en Londres, pero hace poco se mudó a Edimburgo por trabajo. Su antiguo despacho de arquitectos despidió a la mitad de la plantilla después de perder inesperadamente un contrato, lo que lo obligó a ampliar su red profesional más

allá de lo que le habría gustado, algo que al final lo llevó a aceptar un puesto en un estudio escocés de urbanismo especializado en plazas y cruces de carreteras.

Lleva solo varios años, desde que fracasó en su relación con una diseñadora gráfica. Se ha apuntado a un gimnasio de por allí y se ha abierto una cuenta en una página web de citas. Ha ido a la inauguración de una galería que expone artículos celtas. Ha asistido a un sinfín de eventos vagamente relacionados con su trabajo. Todo en vano. En alguna ocasión ha sentido una conexión intelectual con alguna mujer, pero sin atracción física; o al revés. O peor aún: un rayo de esperanza y luego la mención de una pareja, que por lo general se encuentra al otro lado de la sala y lo está mirando con cara de pocos amigos.

Pero Rabih no se rinde. Es un romántico. Y al final, tras muchos domingos vacíos, ocurre; ocurre casi como le habían enseñado —en gran medida, a través del arte— a esperar que ocurriera.

La rotonda está en la A720 en dirección sur desde el centro de Edimburgo, y conecta la carretera principal con una calle sin salida ocupada por chalets que dan a un campo de golf y a un estanque: un encargo que Rabih asume no tanto por interés, como por las obligaciones que conlleva su modesto rango en la jerarquía de la empresa.

La supervisión por parte del cliente se asigna en un primer momento a un miembro veterano del equipo de peritos del ayuntamiento, pero el día antes del inicio previsto del proyecto, el hombre pierde a un familiar, y convocan a una colega más joven para que lo sustituya.

Se dan un apretón de manos en el solar de la obra una mañana nublada de principios de junio, poco después de las once. Kirsten McLelland lleva chaqueta fluorescente, casco y un par de pesadas botas con suela de goma. Rabih Khan no oye casi nada de lo que le dice, no solo por la vibración repetitiva de un compresor hidráulico que hay allí cerca, sino también porque, como descubrirá más adelante, Kirsten habla a menudo muy bajito, con el deje de su Inverness natal en la voz, que tiene por costumbre ir apagándose antes de terminar las frases, como si mientras las verbalizara descubriese una objeción a sus palabras o sus prioridades cambiasen.

A pesar del atuendo —o, en realidad, gracias en parte a él—, Rabih percibe de inmediato en Kirsten un abanico de rasgos, físicos y psicológicos, a cuyo poder de atracción es susceptible. Se fija en la serenidad y el buen humor con que responde a las actitudes condescendientes de los doce hombres que componen la musculosa cuadrilla de obreros, la diligencia con que repasa los puntos del calendario, su segura indiferencia por los dictados de la moda y la individualidad que denota la ligera irregularidad de sus dientes superiores.

Cuando termina la reunión con la cuadrilla, cliente y contratista van a sentarse en un banco cercano para revisar los contratos. Pero a los pocos minutos empieza a diluviar y, como en la oficina de la obra no hay espacio para hacer papeleos, Kirsten propone que vayan andando hasta la calle principal y busquen una cafetería.

Por el camino, bajo el paraguas de ella, se ponen a hablar de excursionismo. Kirsten le cuenta que intenta salir de la ciudad siempre que puede. No hace mucho, de hecho, subió hasta Loch Carriagean, y allí, mientras montaba la tienda en un pinar apartado, la invadió una sensación extraordinaria de paz y perspectiva, tan lejos del resto de la gente y de todas las distracciones y las prisas de la vida urbana. Sí, subió sola, le responde; Rabih la imagina en la tienda, desatándose los cordones de las botas. Cuando llegan a la calle principal, no hay ninguna cafetería a la vista, así que se refugian en el Taj Mahal, un restaurante indio sombrío y desierto en el que piden té y —ante la insistencia del dueño— un plato de papadum. Reconfortados, revisan los formularios y deciden que lo mejor será no llevar la hormigonera hasta la tercera semana y pedir que entreguen los adoquines la semana siguiente.

Rabih examina a Kirsten con ojo quirúrgico, aunque trata de parecer discreto. Se fija en las pecas claras que motean sus mejillas; en la curiosa mezcla de seguridad y reserva de su expresión; en la media melena, abundante y de color castaño rojizo, que lleva echada a un lado, y en la costumbre de empezar las frases con un brusco «El caso es que...».

Aun enfrascados en esta conversación sobre temas prácticos, Rabih logra captar aquí y allá un atisbo de su lado más personal. A una pregunta acerca de sus padres, Kirsten responde, con un deje de incomodidad en la voz, que su madre la crió sola en Inverness, ya que su padre perdió muy pronto el interés por la vida familiar. «No fue el mejor comienzo para tener fe en la gente — dice con una sonrisa irónica (y él se da cuenta de que es el incisivo superior izquierdo el que está un poco torcido)—. Tal vez por eso lo de “y vivieron felices” no ha sido nunca lo mío.»

A Rabih, el comentario no le resulta demasiado desalentador; tiene presente esa máxima que afirma que los cínicos no son más que idealistas con un nivel de exigencia mayor de lo normal.

A través de los ventanales del Taj Mahal, ve pasar las nubes deprisa y, a lo lejos, un sol vacilante que proyecta sus rayos sobre las cúpulas negras de roca volcánica de Pentland Hills.

Podría limitarse a pensar que Kirsten es una persona con quien resulta bastante agradable pasar la mañana resolviendo cuestiones engorrosas de la administración municipal. Podría abstenerse de juzgar la posible profundidad de su carácter a partir de las opiniones que ella manifiesta sobre la vida en la oficina y la política escocesa. Podría aceptar que es poco probable que vislumbre casualmente su alma en la palidez de su piel y en la curva de su cuello. Podría contentarse con decir que parece interesante y que necesitaría otros veinticinco años para averiguar más.

Pero, por el contrario, Rabih tiene la certeza de haber descubierto a alguien dotado con la más extraordinaria combinación de cualidades íntimas y manifiestas: inteligencia y amabilidad, humor y belleza, sinceridad y coraje. Alguien a quien echaría de menos si se marchase de allí, aun cuando apenas dos horas antes era para él una completa desconocida; alguien cuyos dedos —que ahora dibujan líneas finísimas con un palillo sobre el mantel— desea acariciar y estrechar entre los suyos; alguien con quien quiere pasar el resto de su vida.

Aterrorizado por si la ofende, poco seguro de sus gustos, consciente del peligro de malinterpretar una insinuación, hace gala de una extrema solicitud y una atención refinadísima.

—Disculpa, ¿prefieres llevar tú el paraguas? —le pregunta, de vuelta a la obra.

—Ah, no, da igual —responde ella.

—Yo encantado de llevarlo... Pero si tú... —insiste.

—¡En serio, como quieras!

Rabih se somete a un estricto proceso de filtrado. Por numerosos que sean los placeres de exponerse, no quiere mostrar a Kirsten más que unas pocas facetas de su personalidad. Desvelar su auténtico ser, en este punto, no es ni mucho menos una prioridad.

Vuelven a encontrarse la semana siguiente. De camino otra vez al Taj Mahal para preparar un presupuesto y un informe de cómo avanzan los trabajos, Rabih le pregunta si puede echarle una mano con la bolsa de archivos que lleva y ella le responde riendo que no sea tan sexista. No parece el momento más adecuado para confesar que estaría igualmente encantado de ayudarla a mudarse de casa, o de cuidarla si enfermase de malaria. Por otra parte, que Kirsten no parezca necesitar mucha ayuda con nada no hace más que duplicar el entusiasmo de Rabih, porque la debilidad, al cabo, es una perspectiva seductora sobre todo en los fuertes.

«El caso es que acaban de despedir a la mitad de mi departamento, así que me toca hacer el trabajo de tres personas —le explica Kirsten una vez sentados—. Ayer no terminé hasta las diez, aunque más que nada es porque me gusta controlarlo todo, como ya habrás notado.»

Rabih tiene tanto miedo a meter la pata que no se le ocurre de qué hablar; pero como el silencio parece una señal de insulsez, tampoco puede permitir que las pausas se prolonguen. Termina por dar una extensa explicación de cómo los puentes distribuyen la carga entre sus pilares y prosigue con un análisis de las velocidades de frenada relativas de distintos neumáticos sobre superficies secas y mojadas. Su torpeza es al menos una muestra de su sinceridad: no solemos ponernos demasiado nerviosos cuando tratamos de seducir a alguien que nos importa poco.

Es consciente en todo momento del poco derecho que tiene a esperar que Kirsten le brinde sus atenciones. La imagen que se hace de la libertad y autonomía de ella le resulta tan temible como excitante. Es capaz de ver que no hay ninguna razón de peso por la que Kirsten tuviera que concederle jamás su afecto. Entiende muy bien lo poco legitimado que está para pedirle que lo considere con la comprensión que exigen sus muchas limitaciones. En la periferia de la vida de Kirsten, Rabih alcanza el apogeo de su modestia.

Y entonces llega la prueba crucial: se trata de descubrir si el sentimiento es mutuo, un asunto de una simpleza casi infantil, pero capaz no obstante de alimentar infinitos análisis semióticos y minuciosas conjeturas psicológicas. Kirsten lo halagó por su gabardina gris. Dejó que la invitara al té y los papadums. Lo animó cuando él mencionó sus aspiraciones de volver a la arquitectura. Pero por otra parte se la vio incómoda, incluso algo irritada, en las tres ocasiones en que Rabih

trató de llevar la conversación hacia sus relaciones anteriores. Y tampoco recogió la indirecta de que fuesen juntos al cine.

Dudas como estas solo sirven para avivar el deseo. Rabih se ha dado cuenta de que las personas más atractivas no son aquellas que lo aceptan de entrada —desconfía de su criterio— ni tampoco las que no le dan ni una oportunidad —su indiferencia acaba molestándole—, sino esas que, por motivos insondables —tal vez un enredo amoroso paralelo o un carácter precavido, una complicación física o una inhibición psicológica, un compromiso religioso o una objeción política— lo dejan un tiempo flotando en suspenso.

La espera resulta, a su manera, deliciosa.

Al final, Rabih busca su teléfono en los papeles del ayuntamiento y, un sábado por la mañana, le envía un mensaje diciéndole que él cree que va a salir el sol. «Ya —la respuesta es casi inmediata—. ¿Te vienes al Botánico? Bss.»

Y así es como, tres horas después, terminan observando algunas de las especies de árboles y plantas más extrañas del mundo en el Real Jardín Botánico de Edimburgo. Ven una orquídea chilena, se quedan impresionados por la complejidad de un rododendro y se detienen frente a un abeto suizo y ante una inmensa secuoya de Canadá, que agita su follaje con la brisa ligera que llega del mar.

Rabih se ha quedado sin energía para formular los típicos comentarios insustanciales que preceden a este tipo de situaciones. De modo que es una impaciente desesperación, más que arrogancia o creerse con derecho a nada, lo que lo lleva a interrumpir a Kirsten en mitad de una frase que está leyendo de un panel informativo —«No hay que confundir los abetos alpinos con...»—, a coger su cara entre las manos y a besarla con delicadeza, a lo que ella responde cerrando los ojos y estrechándolo con fuerza por la cintura.

Un camión de helados emite su musiquilla inquietante en Inverleith Terrace, una grajilla grazna desde la rama de un árbol trasplantado desde Nueva Zelanda, y nadie repara en esas dos personas, parcialmente ocultas tras la vegetación foránea, que están viviendo uno de los momentos más tiernos y trascendentes de sus vidas.

Y sin embargo, insistimos: nada de esto tiene aún mucho que ver con una historia de amor propiamente dicha. Las historias de amor no empiezan cuando tememos que alguien no quiera volver a vernos, sino cuando ese alguien decide que no le importaría vernos a todas horas; no cuando pueden largarse siempre que quieran, sino cuando pronuncian unos votos solemnes con los que se comprometen a retenernos, y a ser retenidos, para siempre.

Estos primeros momentos, cuya emotividad nos conmueve, se han adueñado e incautado de nuestra concepción del amor. Hemos permitido que nuestras historias de amor terminen

demasiado pronto. Da la impresión de que sabemos demasiado bien cómo empieza el amor, pero ignoramos temerariamente cómo podría continuar.

En la entrada del Jardín Botánico, Kirsten le dice a Rabih que la llame y, con una sonrisa en la que él ve de repente cómo debía de ser cuando tenía diez años, admite que estará libre cualquier tarde de la semana siguiente.

De vuelta a casa, a Quartermile, mientras se abre paso entre el gentío del sábado, Rabih está tan emocionado que tiene ganas de parar a desconocidos al azar y contarles su buena suerte. Sin saber cómo, ha triunfado con creces en los tres retos fundamentales en los que se sustenta la noción del amor romántico: ha dado con la persona adecuada, le ha abierto su corazón y ella lo ha aceptado.

Y sin embargo, esto todavía no hecho más que empezar. Kirsten y él se casarán, sufrirán, a menudo se preocuparán por el dinero, tendrán primero una niña, luego un niño, uno de los dos tendrá una aventura, habrá épocas aburridas, unas veces querrán matarse el uno al otro y alguna que otra, matarse a sí mismos. Esa será la auténtica historia de amor.

Enamorados

Kirsten propone una escapada a Portobello Beach, a media hora en bicicleta, en el fiordo de Forth. Rabih va inestable en su bicicleta, que han alquilado en una tienda que conoce Kirsten cerca de Princes Street. Ella va en la suya, un modelo en rojo cereza con doce marchas y frenos de pinza superiores. Rabih se esfuerza por seguirle el ritmo. A mitad del camino de bajada, mete una nueva marcha, pero la cadena protesta, salta y gira impotente contra el eje. Rabih siente una frustración y una rabia conocidas. El camino a pie hasta la tienda va a ser muy largo. Pero Kirsten es de otra pasta. «Desde luego —le dice—. Mira que eres gruñón, tonto.» Pone la bicicleta del revés, gira hacia atrás los piñones y ajusta el cambio trasero. Pronto tiene las manos pringadas de grasa, y acaba con un manchurrón en la cara.

El amor supone admirar en el ser amado cualidades que prometen enmendar nuestras debilidades y desequilibrios; el amor es una búsqueda de compleción.

Se ha enamorado de su calma, de su fe en que todo saldrá bien, de su falta de manía persecutoria, de su ausencia de fatalismo: estas son las virtudes de su particular amiga escocesa, que habla con un acento tan difícil de entender que tiene que pedirle tres veces que repita la palabra «provisional». El amor de Rabih es una respuesta lógica ante el descubrimiento de dotes complementarias a las suyas y de una serie de atributos a los que él aspira. Ama desde un sentimiento de carencia y desde el deseo de que alguien venga a completarlo.

No está solo en esto. También Kirsten, aunque en otros ámbitos, trata de compensar sus carencias. Salió por primera vez de Escocia después de la universidad. Sus parientes son todos de la misma pequeña región del país. El carácter allí es muy cerrado: los colores, grises; la atmósfera, provinciana; los valores, abnegados. Ella, en contraposición, se siente muy atraída por todo lo que asocia con el sur. Quiere luz, esperanza, gente que se realiza a través de su cuerpo con pasión y emoción. Venera el sol y detesta su palidez y la molestia que le provocan sus rayos. Tiene un póster de la Medina de Fez colgado de la pared.

Está entusiasmada con lo que Rabih le ha contado de sus orígenes. Le parece fascinante que sea hijo de un ingeniero civil libanés y de una azafata de vuelo alemana. Rabih le habla de su infancia

pasada entre Beirut, Atenas y Barcelona; una infancia en la que hubo momentos de alegría y belleza y, de vez en cuando, de extremo peligro. Habla árabe, francés, alemán y español; sus apelativos —siempre cariñosos— tienen muchos sabores. Su piel aceitunada contrasta con el blanco rosado de Kirsten. Tiene las piernas largas y las cruza al sentarse, y sus manos, sorprendentemente delicadas, saben prepararle *makdous*, *tabulé* y *Kartoffelsalat*. La alimenta con sus mundos.

También ella busca un amor que la equilibre y complete.

El amor es asimismo, y en la misma medida, una cuestión de debilidad, es conmoverse con la fragilidad y los pesares del otro, en particular cuando —como ocurre al principio— no corremos el riesgo de que nos hagan responsables de ellos. Ver a nuestro ser amado abatido y en plena crisis, llorando e incapaz de afrontar la situación, puede servir para confirmarnos que, a pesar de todas sus virtudes, no es tan invencible para que nos disuada. También él, en algunos momentos, se siente confundido y perdido: darnos cuenta de eso y compartir la experiencia dolorosa que nos otorga un nuevo papel de apoyo mitiga la vergüenza que sentimos por nuestras propias ineptitudes y nos acerca al compartir una experiencia dolorosa.

Cogen el tren a Inverness para visitar a la madre de Kirsten. Esta insiste en ir a recibirlos a la estación, a pesar de que supone cruzar en autobús toda la ciudad. Llama a Kirsten «ovejita mía» y la abraza con fuerza en el andén cerrando los ojos pesarosa. Le tiende la mano a Rabih con formalidad y se excusa por las condiciones de la época del año: son las dos y media de la tarde y ya es casi de noche. Tiene los mismos ojos vivaces de su hija, aunque los suyos poseen un rasgo adicional, inquebrantable, que lo incomoda bastante cuando se posan en él, como hacen repetidamente, y sin motivo aparente, durante su estancia.

La casa es una estrecha vivienda adosada, gris y de dos plantas, situada justo enfrente de la escuela de primaria donde la madre de Kirsten lleva treinta años de maestra. Por todo Inverness hay adultos —ahora al frente de tiendas, redactando contratos y tomando muestras de sangre— que recuerdan cómo aprendieron aritmética básica y las historias de la Biblia con la señora McLelland. Más en concreto, muchos recuerdan su manera tan particular de hacerte saber no solo cuánto le gustabas, sino también lo fácil que era decepcionarla.

Cenan los tres juntos en el salón mientras ven un programa concurso en la tele. Dibujos que Kirsten hizo en parvulario están colgados resiguiendo toda la escalera en unos impecables marcos dorados. En el pasillo, hay una fotografía de su bautizo; en la cocina, un retrato con el uniforme del colegio, a los siete años, con aire sensato y sonrisa mellada, y en la estantería, una foto de cuando tenía once, en los huesos, intrépida y despeinada, con pantalones y camiseta, en la playa.

En su dormitorio, más o menos intacto desde que se marchó a Aberdeen para estudiar Derecho

y Contabilidad, hay un armario con ropa negra y estantes atiborrados de libros de bolsillo juveniles de lomos ajados. En la edición de Penguin de *Mansfield Park*, una versión adolescente de Kirsten escribió: «Fanny Price: la virtud de lo ordinario excepcional». En un álbum de fotos que hay debajo de la cama aparece una espontánea foto de ella con su padre, de pie frente a una furgoneta de helados en Cruden Bay. Kirsten tiene seis años y su padre se quedará con ella un año más.

Según la leyenda familiar, el padre de Kirsten se levantó un buen día y se largó con una pequeña maleta mientras la que era su esposa desde hacía diez años estaba enseñando en clase. Por toda explicación, dejó una notita sobre la consola del pasillo con un «Lo siento» garabateado. Luego se puso a dar vueltas por Escocia, trabajando en alguna que otra granja, y solo mantuvo contacto con Kirsten mediante una postal anual y un regalo por su cumpleaños. Cuando ella cumplió los doce, llegó un paquete con un cárdigan como para una niña de nueve. Kirsten lo devolvió a una dirección de Cammachmore, junto con una nota en la que informaba al destinatario de que esperaba sinceramente que ojalá se muriera. No había vuelto a saber de él desde entonces.

Si las hubiera dejado por otra mujer, solo habría traicionado sus votos matrimoniales; pero abandonar a su esposa y a su hija para vivir a su aire, para disfrutar más de sí mismo, sin ofrecer jamás una explicación satisfactoria de sus motivos, era un rechazo de una naturaleza más profunda, más abstracta y más devastadora.

Kirsten yace entre los brazos de Rabih mientras le explica. Tiene los ojos enrojecidos. Esa es otra parte de ella que adora: la debilidad del ser perfectamente capaz y competente.

Por su parte, Kirsten siente más o menos lo mismo respecto a él, y en la vida de Rabih hay circunstancias no menos tristes que relatar. Cuando tenía doce años, y tras una infancia marcada por la violencia sectaria, los controles de carreteras y las noches en refugios antiaéreos, sus padres y él dejaron Beirut por Barcelona. Pero apenas medio año después de que llegaran allí y se instalaran en un piso cerca del puerto, su madre empezó a quejarse de un dolor en el abdomen. Fue al médico y, de un modo tan inesperado que la fe de su hijo en la solidez de prácticamente todo sufrió un golpe irremediable, recibió el diagnóstico de cáncer de hígado en fase avanzada. Tres meses después había muerto. Al cabo de un año su padre se casó de nuevo, con una mujer inglesa y distante con quien vive ya jubilado en un apartamento en Cádiz.

Kirsten, con una intensidad que la sorprende, desea consolar a aquel niño de doce años volviendo atrás en el tiempo. Su mente vuelve sin cesar a una foto de Rabih con su madre, dos años antes de su muerte, en la pista del aeropuerto de Beirut, con un avión de Lufthansa a sus espaldas. La madre de Rabih trabajaba en vuelos a Asia y América, servía las comidas en la parte delantera del avión a ricos hombres de negocios, se aseguraba de que los cinturones estuviesen abrochados y repartía bebidas y sonrisas a los desconocidos mientras su hijo la esperaba en casa. Rabih recuerda la sensación próxima a la náusea debida al exceso de entusiasmo de los días en

que ella volvía. De Japón le trajo una vez unas libretas hechas de fibra de morera y de México, una figurita pintada de un jefe azteca. Parecía una estrella de cine, decía la gente, Romy Schneider.

En el centro del amor de Kirsten está el deseo de sanar la herida de esa pérdida de Rabih, tanto tiempo soterrada y silenciada.

El amor alcanza su punto álgido en esos momentos en que el ser amado demuestra comprender, más claramente de lo que otros han sido capaces, y tal vez mejor incluso que nosotros mismos, nuestro aspecto caótico, embarazoso y vergonzante. Que otra persona entienda quiénes somos y al mismo tiempo nos compadezca y perdone por lo que ve afianza nuestra capacidad de confiar y dar. El amor es un dividendo de gratitud por la facultad del otro de penetrar nuestra mente confusa y atribulada.

«Otra vez estás en ese modo “enfadado y humillado pero extrañamente tranquilo” tuyo, diagnostica ella una tarde cuando la página web de alquiler de coches en la que Rabih ha reservado un minibús para él y otros cuatro colegas se queda colgada en la última pantalla, dejándole con la duda de si ha entendido correctamente sus pretensiones y cargado el importe en su tarjeta. «Creo que deberías pegar un grito, soltar un taco y venir a la cama. A mí no me importaría. Incluso podría llamar por ti a la agencia mañana por la mañana.» Kirsten, de algún modo, es capaz de ver dentro de su incapacidad para expresar la rabia; reconoce el proceso por el que convierte las dificultades en embotamiento y autodesprecio. Sabe, sin avergonzarse, identificar y dar nombre a las formas que adopta a veces su locura.

Con parecida precisión, detecta en él el miedo a parecer un inútil a ojos de su padre y, por extensión, a ojos de otras figuras masculinas de autoridad. De camino al primer encuentro con su padre en el George Hotel, Kirsten le susurra a Rabih sin preámbulo alguno: «Tú imagínate que diese igual lo que opine de mí o, ahora que lo pienso, de ti». Para Rabih, aquello es como volver con un amigo a plena luz del día a un bosque donde únicamente ha estado solo y de noche, y ver que las figuras malignas que lo habían aterrorizado en realidad no eran más que unas simples rocas en las que se reflejaban las sombras deformadas.

En las fases tempranas del amor, hay una dosis de puro alivio al poder, por fin, revelar una gran parte de cuanto necesitábamos mantener oculto en nombre de la corrección. Podemos reconocer que no somos tan respetables, ni tan formales, tan rectos y «normales» como cree la sociedad. Podemos mostrarnos infantiles, imaginativos, alocados, optimistas, cínicos, delicados y diversos: el ser amado es capaz de entender todo esto y de aceptarnos por ello.

A las once de la noche, con una cena ya a sus espaldas, salen de nuevo a comer algo; piden unas

costillas a la barbacoa en Los Argentinos de Preston Street y se las comen a la luz de la luna sentados en un banco de Meadows. Se ponen a hablar con acentos extraños: ella es una turista de Hamburgo perdida que busca el Museo de Arte Moderno; él no puede ayudarla porque, como es un langostero de Aberdeen, no entiende su peculiar pronunciación.

Han recuperado el espíritu juguetón de la infancia. Saltan sobre la cama. Se llevan al caballito el uno al otro. Chismorrear. Después de una fiesta, acaban criticando sin remedio a todos los demás invitados, y la lealtad para con el otro se fortalece con esa creciente deslealtad para con el resto.

Se rebelan contra la hipocresía de sus vidas cotidianas. Se liberan mutuamente de compromisos. Comparten la sensación de no tener ya más secretos.

Por lo general deben responder a nombres que el resto del mundo les impone, usados en los documentos oficiales y en la burocracia gubernamental, pero el amor los lleva a buscar apodos que encajen de un modo más preciso con sus respectivas fuentes de ternura. Kirsten se convierte así en Teckle, un coloquialismo escocés que significa «genial», que a Rabih le suena a la vez pícaro e ingenuo, determinado y sagaz. Él por su parte, se convierte en Sfouf, por esos bizcochitos libaneses con anís y cúrcuma que le descubre a Kirsten en una delicatessen de Nicolson Square, y que para ella captan a la perfección la dulzura reservada y el exotismo mediterráneo de ese chico de ojos tristes de Beirut.

Sexo y amor

Para su segunda cita, después del beso en el Jardín Botánico, Rabih ha propuesto cenar en un restaurante tailandés de Howe Street. Él llega primero, y lo conducen hasta una mesa en la planta baja, al lado de un acuario con una aglomeración inquietante de langostas. Ella llega unos minutos tarde, vestida de manera muy informal, con vaqueros viejos y deportivos, sin maquillar y con gafas en lugar de las habituales lentes de contacto. La conversación arranca con incomodidad. A Rabih le da la impresión de que no hay forma de reconectar con el grado de intimidad de la última vez que estuvieron juntos. Es como si volvieran de nuevo a ser simples conocidos. Hablan de la madre de él y del padre de ella, y de algunos libros y películas que ambos conocen. Pero Rabih no se atreve a tocarle las manos, que de todos modos ella tiene casi todo el rato apoyadas en el regazo. Parece lógico imaginar que quizá Kirsten haya cambiado de idea.

Sin embargo, cuando salen a la calle después de la cena, la tensión se disipa.

—¿Te apetece un té en mi casa? ¿Alguna infusión? —le pregunta ella—. No queda muy lejos de aquí.

De modo que caminan unas cuantas manzanas hasta un bloque de pisos y suben a la última planta, donde Kirsten tiene un apartamento diminuto, aunque bonito, de una sola habitación, con vistas al mar y en las paredes, fotografías que ha hecho de distintas partes de las Highlands. Rabih ve de reojo el dormitorio, donde hay una pila enorme de ropa hecha un barullo sobre la cama.

—Me he probado prácticamente todo lo que tengo, y luego he pensado, ¡a tomar por saco! —exclama—, ¡como todo el mundo!

Está en la cocina, haciendo té. Rabih entra, coge la caja y comenta lo rara que parece la palabra «malvavisco» así por escrito.

—No se te escapa nada importante —bromea ella, afable.

Parece una especie de invitación, así que se acerca y la besa suavemente. El beso se alarga. Oyen de fondo cómo hierve la tetera, luego el sonido se apaga. Rabih se pregunta hasta dónde podría llegar. Acaricia la nuca de Kirsten, luego los hombros. Se atreve con una caricia prudente en el pecho y espera en vano su reacción. Con la mano derecha emprende una incursión hacia los vaqueros, muy ligeramente, y traza una línea a lo largo de sus caderas. Sabe que tal vez se encuentre en los límites de lo que sería apropiado en una segunda cita. Aun así, se aventura más

abajo con la mano, esta vez presionando con algo más de decisión sobre los vaqueros con un movimiento rítmico entre sus piernas.

Así comienza uno de los momentos más eróticos de la vida de Rabih, porque cuando Kirsten siente la presión de su mano a través de la tela, se impulsa adelante para recibirla, levísimamente, y luego un poco más. Abre los ojos y sonrío, y él le responde también con una sonrisa.

—Ahí —dice ella, guiando su mano a un punto muy específico junto a la parte baja de la cremallera.

Siguen así un minuto más, y entonces Kirsten lo coge de la muñeca, lleva un poco arriba su mano y le indica el camino hacia el botón. Juntos desabrochan los vaqueros, y luego ella toma su mano y la invita al interior de la tela negra y elástica de sus bragas. Rabih siente su calor y, un segundo más tarde, una humedad que es indicio inequívoco de bienvenida y excitación.

En un primer momento, la sensualidad puede parecer un fenómeno estrictamente fisiológico, resultado de un despertar hormonal y de la estimulación de ciertas terminaciones nerviosas. Pero lo cierto es que no se trata tanto de sensaciones como de ideas; en primer lugar, la idea de aceptación y la promesa de poner fin a la soledad y la vergüenza.

Ahora los vaqueros están abiertos del todo, y ellos tienen la cara sonrojada. Para Rabih, la sensualidad, que es una mezcla de alivio y excitación, proviene en parte del hecho de que Kirsten diera durante tanto tiempo muy pocas señales de estar pensando en ese tipo de asuntos.

Lo guía hacia el dormitorio y tira la pila de ropa al suelo. En la mesita de noche hay una novela de George Sand, de la que Rabih no ha oído hablar. Hay también unos pendientes y una foto de Kirsten de uniforme, de pie frente a la escuela, con su madre de la mano.

—No he tenido tiempo de esconder todos mis secretos —le dice ella—. Pero espero que eso no te impida fisgonear.

Fuera la luna está casi llena, y dejan las cortinas descorridas. Con los cuerpos entrelazados sobre la cama, Rabih le acaricia el pelo y estrecha su mano. Sus sonrisas insinúan que la timidez aún no los ha abandonado del todo. Rabih se interrumpe en mitad de una caricia y le pregunta cuándo decidió que quería esto; y lo hace, no llevado por la vanidad, sino por una mezcla de gratitud y liberación, ahora que esos deseos que podrían haber parecido sencillamente obscenos, aprovechados o patéticos en su forma no correspondida resultan redentores al descubrirse recíprocos.

—Muy al principio, la verdad, señor Khan —responde ella—. ¿Puedo ayudarle en algo más?

—Pues lo cierto es que sí.

—Dígame.

—Vale, entonces ¿en qué momento sentiste por primera vez que..., ya sabes, que tal vez...,

cómo lo diría..., bueno, que a lo mejor te gustaría...?

—¿Follar contigo?

—Algo así.

—Ahora veo por dónde vas —bromea ella—. A decir verdad, empezó la primera vez que fuimos al restaurante. Me fijé en que tenías un buen culo, y no dejé de pensar en ello todo el rato que estuviste dando la lata con el trabajo que teníamos por hacer... Y luego, esa noche, me puse a imaginar, tumbada en esta misma cama en la que estamos ahora, cómo sería cogerte del... Bueno, vale, me va a dar vergüenza también, será mejor que lo dejemos aquí.

Que gente de aspecto respetable albergue en su interior fantasías maravillosamente carnales y explícitas, mientras por fuera da la impresión de que no le interesa nada más que una charla amistosa, sigue pareciéndole a Rabih un concepto sumamente sorprendente y delicioso en extremo, con el poder inmediato de aplacar buena parte de sus sentimientos de culpa en torno a la sexualidad. Que él protagonizara las fantasías nocturnas de Kirsten, cuando se había mostrado tan reservada, y que ahora sea tan lanzada y directa, son revelaciones que convierten ese momento en uno de los mejores de la vida de Rabih.

Por mucho que se hable de liberación sexual, lo cierto es sigue habiendo en torno al sexo el mismo misterio y el mismo grado de incomodidad de siempre. Por lo general, seguimos sin poder decir qué queremos hacer y con quién. La vergüenza y la represión de los impulsos no son cosas a las que nuestros antepasados y ciertas religiones conservadoras se aferrasen por alguna razón extraña e innecesaria: son una constante inevitable en todas las épocas; y eso es lo que otorga semejante poder a esos momentos inusitados —puede que haya solo unos pocos a lo largo de la vida— en que un desconocido nos invita a bajar la guardia y confiesa desear prácticamente lo mismo que nosotros habíamos anhelado de un modo culpable y privado.

Son las dos de la mañana cuando terminan. Un búho ulula en la oscuridad.

Kirsten se queda dormida en brazos de Rabih. Se la ve cómoda y confiada, se desliza con gracilidad por la corriente del sueño mientras él permanece en la orilla, protestando por el fin de ese día milagroso, repasando los momentos decisivos. Ve cómo los labios le tiemblan ligeramente, como si estuviese leyendo un libro para sí en alguna lengua extranjera que solo usa de noche. De vez en cuando, parece despertar por un instante, sobresaltada y espantada, pide ayuda: «¡El tren!», exclama, o aún más alarmada: «¡Es mañana, lo han cambiado!». Rabih la tranquiliza —tienen tiempo de llegar a la estación; ha estudiado lo bastante para el examen— y la coge de la mano, como un padre preparándose para cruzar con su hijo una calle transitada.

Referirse a lo que acaba de pasar como «hacer el amor» es algo más que mera reserva. No ha

sido solo sexo: han traducido sus sentimientos —aprecio, ternura, gratitud y rendición— a un acto físico.

Cuando decimos que algo nos excita, puede que en realidad estemos refiriéndonos al placer de poder revelar por fin nuestro yo secreto, y descubrir que, lejos de horrorizarse ante lo que somos, nuestros amantes optan por responder con puro aliento y aprobación.

Para Rabih, esa cierta vergüenza y el hábito del misterio en torno al sexo vienen de cuando tenía doce años. Antes, por supuesto, contó unas pocas mentiras sin importancia y cometió alguna que otra transgresión: le robó unas monedas de la cartera a su padre; fingía que le caía bien su tía Otilie y, una tarde, en su apartamento, pequeño y recargado, copió toda una sección de los deberes de álgebra de su brillante compañero de clase, Michel. Pero ninguna de estas infracciones lo llevó a sentir el germen de un desprecio profundo por sí mismo.

Para su madre, él había sido siempre ese niño dulce y pensativo al que apodaba Maus, «ratón». A Maus le gustaba acurrucarse con ella en el salón bajo la enorme manta de cachemira, y que le apartase el pelo de la frente suave con caricias. Y entonces un trimestre, de repente, en lo único que era capaz de pensar Maus era en un grupo de chicas del colegio, un par de años mayores que él, ya de un metro sesenta o setenta de alto; españolas expresivas que se paseaban durante el recreo como una banda de conspiradoras y se reían a coro con un aire cruel, resuelto y tentador. El fin de semana, cada pocas horas se escabullía al pequeño baño azul de casa y visualizaba escenas que se forzaba en olvidar en cuanto había terminado. Se abrió una grieta entre la persona que tenía que ser de cara a su familia y la que sabía que era en su fuero interno. Era con su madre, tal vez, con quien esta disyuntiva resultaba más dolorosa. No ayudó que la llegada de la pubertad coincidiera casi exactamente con el diagnóstico de cáncer. En lo profundo de su inconsciente, en algún rincón oscuro inmune a la lógica, abrigó la impresión de que su descubrimiento del sexo podría haber contribuido a la muerte de su madre.

A esa edad, las cosas tampoco eran del todo sencillas para Kirsten. También en su caso, entraban en juego ideas opresivas sobre lo que significaba ser una buena persona. A los catorce, le gustaba sacar a pasear al perro, ofrecerse como voluntaria en la residencia de ancianos, hacer deberes extra de geografía sobre los ríos...; pero también le gustaba, a solas en su habitación, tumbarse en el suelo con la falda subida, mirarse en el espejo e imaginar que estaba delante de un chico mayor de la escuela. Igual que Rabih, quería ciertas cosas que no parecían encajar con las concepciones dominantes de normalidad que dictaba la sociedad.

Estas historias de su pasado forman parte de lo que hace que el comienzo de su relación resulte tan gratificante. Entre ellos no hacen falta subterfugios ni secretismos. A pesar de que ambos han tenido varias parejas antes, se ven excepcionalmente abiertos y cómodos el uno con el otro. El

dormitorio de Kirsten se convierte en el cuartel general de unas expediciones nocturnas en que por fin pueden desvelar, sin miedo a ser juzgados, todas esas cosas inusuales e improbables que su sexualidad les empuja a desear.

Los detalles de lo que nos excita pueden resultar extraños e ilógicos, pero vistos de cerca contienen ecos de cualidades que buscamos en el otro; en principio, sustantivos que conformen una vida más saludable: comprensión, afinidad, confianza, unidad, generosidad y gentileza. Tras muchos resortes eróticos encontramos soluciones simbólicas a algunos de nuestros principales miedos y alusiones conmovedoras a nuestros anhelos de amistad y comprensión.

Han pasado tres semanas desde la primera vez. Rabih acaricia bruscamente el pelo de Kirsten. Ella, con un movimiento de la cabeza y un leve suspiro, le indica que quiere más de eso y más fuerte, por favor. Quiere que le agarre del pelo y tire con cierta violencia. Para Rabih, es un momento delicado. A él le han enseñado a tratar a las mujeres con enorme respeto, a considerar iguales los dos géneros y a creer que, en una relación, nadie debería imponer su poder sobre el otro. Pero en estos momentos, su pareja parece tener escaso interés por la igualdad, y tampoco parecen preocuparle mucho las reglas de paridad habituales.

Kirsten también es aficionada a todo un repertorio de términos problemáticos. Lo invita a referirse a ella como si no le importase lo más mínimo, y a los dos les parece excitante justo porque es lo contrario de la verdad. Los epítetos «cabrón», «zorra» o «puta» se convierten en muestras de su lealtad y confianza mutuas.

En la cama, la violencia —por lo general, un peligro— deja de suponer un riesgo; puede emplearse con seguridad cierta fuerza sin hacer infeliz a nadie. La furia momentánea de Rabih no escapa en ningún momento a su control, mientras que Kirsten extrae de ella un sentimiento empoderador respecto a su propia fortaleza.

De niños, ambos tendían a menudo a ponerse brutos con sus amigos. Pegar podía ser divertido. Kirsten atizaba a sus primos con los cojines del sofá y Rabih, por su parte, se peleaba con sus amigos en el césped del club de natación. De mayores, sin embargo, la violencia de toda clase había quedado prohibida: las personas adultas jamás deben emplear la fuerza contra los demás. Pero dentro de los límites del juego de pareja, puede resultar curiosamente agradable soltar un golpe, pegar un poco y que te peguen; se puede ser brusco e insistente, dejar aflorar un lado salvaje. Dentro del círculo protector de su amor, no deben tener miedo de que les hagan daño o los abandonen.

Kirsten es una mujer de extraordinaria firmeza y autoridad. En el trabajo dirige un departamento, gana más que su amante; es una líder, segura de sí misma. Sabe desde muy joven que debe cuidar de sí misma.

Sin embargo, ahora, en la cama con Rabih, ha descubierto que le gustaría adoptar un rol distinto, como una vía de escape de las pesadas exigencias del resto de su vida. Mostrarse sumisa con él significa permitir a otra persona que le diga exactamente lo que tiene que hacer, dejar que él le arrebatase la responsabilidad y la decisión.

Esa idea nunca le había atraído, pero solo porque consideraba que la mayoría de gente mandona no es de fiar: no le parecían, como se lo parece Rabih, amables por naturaleza, personas totalmente desprovistas de agresividad —lo llama en broma «sultán Khan»—. Ansiaba su independencia en parte porque no había otra opción, porque no había por allí ningún potentado otomano que fuese lo bastante amable como para hacerse merecedor de su yo más débil.

Por su parte, Rabih lleva toda la vida adulta manteniendo su carácter autoritario a raya, y pese a todo, en su fuero interno, es consciente de tener un lado severo. A veces está seguro de saber qué es lo mejor para los demás y lo que se tienen merecido. Puede que en el mundo real sea un socio de segunda sin poder alguno en un estudio de urbanismo de provincias y con fuertes inhibiciones a la hora de expresar lo que piensa de verdad, pero en la cama con Kirsten es capaz de ver el atractivo de dejar a un lado su reserva habitual e imponer una obediencia absoluta, tal y como debía de hacer con su harén Solimán el Magnífico en un palacio de mármol y jade a orillas del Bósforo.

Los juegos de sumisión y dominación, las situaciones transgresoras, el interés fetichista por determinadas palabras o partes del cuerpo, todo ello ofrece una oportunidad de indagar en deseos que no son ni mucho menos simplemente extraños, absurdos o un tanto locos. Son breves interludios utópicos en los que, con un amigo singular y verdadero, podemos desprendernos sin peligro de nuestras habituales defensas y compartir y satisfacer nuestro anhelo de intimidad extrema y de aceptación mutua, que es el verdadero motivo, de raíz psicológica, por el que los juegos resultan tan excitantes.

Vuelan a Amsterdam para pasar allí el fin de semana, y a mitad de camino, sobre el mar del Norte, se escapan al baño. Han descubierto que les gusta hacerlo en lugares semipúblicos, algo en lo que parecen confluir —de forma repentina, arriesgada, pero electrizante— tanto su lado sexual como la faceta pública y más formal que deben mostrar a diario. En esos momentos ardientes y desinhibidos se sienten como si desafiaran la responsabilidad, el anonimato y la contención. Su placer se vuelve de algún modo más intenso con la presencia de doscientos cuarenta pasajeros desavisados a tan solo una fina puerta de distancia.

El baño es estrechísimo, pero Kirsten se las apaña para bajarle a Rabih la cremallera y metérsela en la boca. Antes, con otros hombres, casi siempre se ha resistido a ello, pero con él se ha convertido en una extensión constante e irresistible de su amor. Recibir la parte, según parece,

más sucia, privada y culpable de su amante en la parte más pública y respetable de sí misma los libera simbólicamente de la ardua dicotomía entre lo limpio y lo sucio, lo bueno y lo malo; al tiempo que, mientras atraviesan a tropecientos kilómetros por hora la atmósfera glacial en dirección a Scheveningen, sus almas, antes divididas y avergonzadas, se completan.

La proposición de matrimonio

En Navidad, la primera que pasan juntos, van a casa de la madre de Kirsten en Inverness. La señora McLelland muestra hacia Rabih una amabilidad maternal —calcetines nuevos, un libro sobre pájaros escoceses, una bolsa de agua caliente para su cama individual— y, aunque la oculta hábilmente, también una curiosidad constante. Sus preguntas, junto al fregadero de la cocina o cuando pasean por las ruinas de la catedral de San Andrés, parecen casuales, pero Rabih no se deja engañar. Lo están entrevistando para el puesto. La madre de Kirsten quiere saber de su familia, de sus relaciones pasadas, por qué terminó su trabajo en Londres y cuáles son sus responsabilidades en Edimburgo. Están evaluándolo en la medida de lo posible en una época que no permite el veto paterno y que insiste en que las relaciones funcionan mejor si no se concede autoridad alguna a árbitros externos, pues la unión romántica debería ser prerrogativa única de los individuos implicados, excluyendo incluso a aquellos que tal vez, no hace tantos años, bañaban a uno de ellos todas las tardes y, los fines de semana, la llevaban hasta Bught Park en cochecito a echarle pan a las palomas.

Pero el hecho de no tener ni voz ni voto no significa que la señora McLelland no tenga preguntas. Se pregunta si Rabih resultará ser un mujeriego o un derrochador, un pelele o un borracho, un pelmazo o uno de esos que resuelven las discusiones usando la fuerza; y tiene curiosidad porque es más consciente que la mayoría de que no hay nadie con más probabilidades de destruirnos que la persona con quien nos casamos.

Cuando en el último día que pasan juntos la señora McLelland le comenta a Rabih durante la comida que es una lástima que Kirsten no volviera a cantar una sola nota después de que su padre se marchara de casa —porque tenía una voz muy prometedora y un puesto de tiple en el coro—, no está limitándose a compartir un detalle sobre las antiguas actividades extraescolares de su hija: le está pidiendo a Rabih —dentro de lo permitido— que no le arruine la vida a Kirsten.

Cogen el tren de vuelta a Edimburgo la tarde antes de Nochevieja, un trayecto de cuatro horas a través de las Highlands llevados por un diesel anticuado. Kirsten, una veterana del viaje, ha traído una manta, con la que se envuelven en el último vagón, vacío. Desde las granjas lejanas, el tren debe de parecer una línea iluminada, no más larga que un milpiés, abriéndose paso por un panel oscuro.

Kirsten parece preocupada.

—No, no es nada —responde cuando Rabih le pregunta, pero tan pronto termina de negarlo brota una lágrima de sus ojos, seguida de una segunda y una tercera.

«Pero, de verdad, no es nada», insiste. Qué tonta es. Una idiota. No quiere incomodarlo, todos los hombres detestan este tipo de cosas, y pretende tomarlo por costumbre. Y lo más importante, no tiene nada que ver con él. Es por su madre. Está llorando porque, por primera vez en su edad adulta, se siente feliz de verdad: una felicidad que su propia madre, con la que tiene un vínculo casi simbiótico, apenas ha conocido. La señora McLelland teme que Rabih se lo haga pasar mal; Kirsten llora y se siente culpable por lo feliz que su amado la ha ayudado a ser.

Él la abraza con más fuerza. No dicen nada. Se conocen desde hace algo más de seis meses. Rabih no tenía pensado sacar el tema en ese momento. Pero cuando han dejado atrás el pueblo de Killiecrankie, después de que haya pasado el revisor, se vuelve hacia ella y le pregunta, sin preámbulos, si quiere casarse con él; no necesariamente enseguida, añade, sino cuando crea que es el momento, y no necesariamente con mucho lío, puede ser una cosa íntima: solo ellos dos, su madre y algunos amigos; pero, por supuesto, también pueden hacer algo más grande si lo prefiere; la clave es que la ama sin reservas y quiere, más de lo que había deseado nunca nada, estar con ella el resto de su vida.

Ella se aparta y se queda callada un instante. No se le dan muy bien esta clase de momentos, confiesa; no es que ocurran a menudo; de hecho, no suceden nunca. No tiene ningún discurso preparado, la ha pillado desprevenida, pero qué distinto es de lo que acostumbra pasarle, qué increíblemente amable y loco y valiente por su parte salir con algo así ahora. Y sin embargo, a pesar del cinismo y de la firme creencia de Kirsten de que a ella le dan igual estas cosas, siempre y cuando Rabih tenga muy claro lo que quiere y se haya fijado bien en el monstruo que tiene delante, no ve por qué no debería responderle, de todo su corazón y con inmenso miedo y gratitud, sí, sí, sí.

Sobre la consideración que recibe dentro del proceso nupcial el análisis riguroso, es muy indicativo el hecho de que podría considerarse antirromántico, e incluso mezquino, pedir a una pareja de prometidos que nos explicase a fondo, con paciencia y plena conciencia de sí, qué los ha llevado exactamente a hacer y a aceptar una proposición de matrimonio. Y sin embargo, tenemos siempre mucho interés en preguntar, por descontado, dónde y cuándo tuvo lugar la propuesta.

No es una falta de respeto hacia Rabih insinuar que no sabe en verdad por qué le ha pedido a Kirsten que se case con él; «saber» en el sentido de tener a su disposición un conjunto de motivos coherentes y con fundamento racional que pudiese compartir con una tercera persona escéptica o

mordaz. Lo que tiene, en lugar de argumentos, son sentimientos, y a manos llenas: el sentimiento de no querer separarse jamás de ella por su frente ancha y despejada y por la forma en que su labio superior sobresale un poco sobre el inferior; el sentimiento de que la ama por ese aire avisado y furtivo, algo sorprendido, que lo lleva a llamarla su «Ratón» y su «Topo» —y que además, dado que Kirsten tiene un aspecto poco convencional, hace que se sienta inteligente por considerarla atractiva—; el sentimiento de que necesita casarse con ella por esa expresión concentrada y diligente mientras prepara un pastel de bacalao y espinacas, por la delicadeza con que se abrocha los botones del abrigo de paño y por la aguda inteligencia de que hace gala cuando disecciona las mentes de la gente que conocen.

No hay casi ninguna idea seria que sustente su certeza en torno al matrimonio. Jamás ha leído un solo libro sobre la institución, nunca en la última década ha pasado más de diez minutos con un bebé, jamás ha interrogado cínicamente a una pareja casada, no digamos ya hablar en profundidad con una divorciada, y no sabría cómo explicar que la mayoría de matrimonios fracasen, más allá de la imbecilidad general o la falta de imaginación de sus integrantes.

Durante la mayor parte de la historia escrita, la gente se ha casado por motivos lógicos: porque la parcela de tierra de ella lindaba con la de él, porque su familia tenía un próspero negocio de grano, porque su padre era el juez del pueblo, porque había un castillo que mantener o porque los padres de uno y de otro suscribían la misma interpretación del libro sagrado. Y de estos matrimonios tan razonables, surgían la soledad, las violaciones, las infidelidades, las palizas, los corazones fríos y los gritos que llegaban hasta las habitaciones de los niños.

Considerándolo con franqueza, el matrimonio basado en la razón no era en modo alguno razonable; con frecuencia era conveniente, cerril, esnob, explotador y abusivo. De ahí que a su sustituto —el matrimonio basado en los sentimientos— se le haya ahorrado la necesidad de justificarse. Lo que importa es que dos personas lo ansíen desesperadamente, que gracias a un instinto arrollador se sientan atraídas la una por la otra y sepan en el fondo de su corazón que es lo correcto. Se diría que la edad moderna está harta de «razones», esas catalizadoras de tristeza, esas exigencias de contable. De hecho, cuanto más imprudente parece un matrimonio —quizá porque solo hace mes y medio que se conocen, o porque uno de ellos no tiene trabajo, o porque son casi adolescentes—, más seguro se considera en realidad, puesto que esa aparente «temeridad» se ve como un contrapeso ante todos los errores y las tragedias que nos han brindado las uniones supuestamente sensatas de los mayores. El prestigio del instinto es el legado de una reacción colectiva al trauma provocado por demasiados siglos de «razón» irrazonable.

Rabih le pide que se case con él porque le parece algo extremadamente peligroso: si el matrimonio fracasara, les arruinaría la vida a ambos. Quienes sostienen que el matrimonio ya no es necesario, que es mucho más sencillo cohabitar, tienen razón desde el punto de vista práctico, admite Rabih, pero olvidan el poder de atracción emocional del peligro, de exponernos a nosotros mismos y a nuestra pareja a una experiencia que podría, con unos pocos giros de guion, desembocar en la destrucción mutua. Para él, el hecho mismo de estar dispuesto a arruinarse la vida en nombre del amor es una prueba de su compromiso. Que en términos prácticos sea «innecesario» casarse solo sirve para que la idea resulte más interesante desde el punto de vista emocional. Tal vez «estar casado» se asocie con la prudencia, el conservadurismo y el apocamiento, pero «casarse» es una propuesta muy distinta, más temeraria y, por tanto, más atrayente y romántica.

El matrimonio se le antoja a Rabih el punto culminante de un osado camino hacia la intimidad total; la petición posee todo el encanto apasionado de cerrar los ojos y arrojarse por un escarpado precipicio, deseando y confiando en que el otro esté ahí para cogerlo.

Le pide a Kirsten que se case con él porque quiere preservar, «congelar», lo que sienten el uno por el otro. Espera que al casarse esa sensación de éxtasis se perpetúe.

Al recordar ese fervor al que quiere aferrarse, volverá una y otra vez a un recuerdo. Están en un local en una azotea de George Street. Es sábado noche. Están en la pista de baile; una luz púrpura y amarilla los baña en rápidas órbitas mientras una base de hip hop se alterna con el estribillo de himnos deportivos. Kirsten lleva zapatillas, unos shorts de terciopelo negro y un top de gasa también negro. Rabih quiere lamer el sudor de sus sienes y hacerla girar entre sus brazos. La música y el compañerismo entre los bailarines prometen el fin de todo dolor y división.

Salen a una terraza iluminada solo por una serie de velas alargadas distribuidas por toda la baranda. Es una noche clara y el universo ha bajado a recibirlos. Ella le señala Andrómeda. Un avión vira sobre el castillo de Edimburgo y luego endereza el rumbo para descender hacia el aeropuerto. En ese momento, Rabih siente con toda certeza que ella es la mujer con quien quiere envejecer.

Hay, por supuesto, bastantes aspectos de esta situación que el matrimonio no le permitirá «congelar» o preservar: la serenidad de esa noche inmensa y estrellada, el generoso hedonismo del club dionisiaco, la ausencia de responsabilidades, el domingo indolente que se presenta ante ellos —dormirán hasta el mediodía—, el optimismo de Kirsten y su propia sensación de gratitud. Rabih no está casándose con un sentimiento, no está fijándolo para siempre; se casa con una persona con la que, en una serie muy particular, efímera y privilegiada de circunstancias, ha tenido la suerte de compartir un sentimiento.

La proposición de matrimonio tiene que ver en cierto sentido con lo que quiere alcanzar, pero también, y tal vez en la misma medida, con lo que desea dejar atrás. Unos meses antes de conocer

a Kirsten había cenado con una pareja, unos viejos amigos de sus tiempos en la Universidad de Salamanca. Tuvieron una velada animada, se pusieron al día y, cuando salían del restaurante, en Victoria Street, Marta alisó el cuello del abrigo beis de Juan y le anudó cuidadosamente la bufanda color burdeos, un gesto de atención tan tierno y espontáneo que tuvo el efecto de hacer ver a Rabih —como un puñetazo en el estómago— lo completamente solo que estaba en un mundo al que su existencia y su porvenir traían sin cuidado.

La vida solo, comprendió en ese momento, se había vuelto insostenible. Ya estaba harto de volver a casa dando un solitario paseo tras una fiesta decepcionante, de pasarse domingos enteros sin cruzar palabra con otro ser humano, de vacaciones acoplado a parejas agobiadas cuyos hijos los dejaban sin energía para conversar, de saber que no ocupaba un lugar importante en el corazón de nadie.

Ama profundamente a Kirsten, pero detesta con una fuerza casi idéntica la idea de seguir solo.

El encanto del matrimonio se reduce, hasta extremos vergonzantes, a lo desagradable que resulta estar solo. No necesariamente por culpa nuestra como individuos; la sociedad en conjunto parece decidida a que la soltería sea algo lo más irritante y deprimente posible: tan pronto quedan atrás los días despreocupados de la escuela y la universidad, resulta descorazonador cuán difícil es encontrar compañía y afecto, la vida social comienza a girar de un modo opresivo en torno a las parejas, no queda nadie a quien llamar o con quien pasar el rato. No debe extrañarnos, por tanto, que si nos topamos con alguien medio decente, no lo soltemos más.

Antiguamente, cuando la gente, en teoría, solo podía tener relaciones sexuales una vez casada, unos sabios observadores comprendieron que algunas personas quizá se sintieran tentadas a casarse por los motivos equivocados, así que sostuvieron que había que acabar con los tabúes en torno al sexo premarital a fin de ayudar a los jóvenes a tomar decisiones más meditadas y no tan impulsivas.

Pero si bien ese impedimento concreto para el buen juicio ya ha sido eliminado, da la impresión de que otro tipo de hambre ha venido a ocupar su lugar. Es posible que el anhelo de compañía sea tan poderoso e irresponsable en sus efectos como lo fueron en su día los motivos sexuales. Pasar solo cincuenta y dos domingos seguidos puede hacer estragos en la prudencia de una persona. La soledad puede provocar una urgencia inconveniente y también reprimir las dudas y los sentimientos ambivalentes respecto al cónyuge potencial. El éxito de cualquier relación vendría determinado, no solo por lo felices que serán dos personas en ella, sino por el miedo que sienten ambos a quedarse sin pareja.

Rabih le pide que se case con él con tal seguridad y certeza porque se considera alguien con quien

resulta bastante sencillo convivir: otra consecuencia problemática de haber pasado tanto tiempo solo. La soltería acostumbra fomentar en nosotros una engañosa imagen de normalidad. La manía de Rabih de ponerse a ordenar de manera compulsiva cuando está hecho un caos por dentro, la tendencia a recurrir al trabajo para conjurar la ansiedad, su dificultad para expresar lo que le preocupa, la rabia cuando no encuentra su camiseta favorita: todas estas excentricidades quedan muy camufladas siempre y cuando no haya alguien viéndolas, no digamos ya alguien que desordene las cosas, le pida que se siente a cenar, haga un comentario escéptico sobre su costumbre de limpiar el mando a distancia de la tele o le pregunte por qué está tan nervioso. Sin testigos, puede actuar bajo la benigna ilusión de que estar con él no presenta, para la persona adecuada, ninguna dificultad particular.

Dentro de unos cuantos siglos, el nivel de conocimiento de uno mismo que nuestra época juzga necesario para casarse tal vez resulte desconcertante, si no directamente primitivo. Para entonces, una posible forma de abordar el tema, sin rastro de censura —apropiada incluso en una primera cita—, a la que todo el mundo daría una respuesta tolerante, amistosa y nada defensiva, sería sencillamente: «Bueno, ¿en qué aspectos estás loco tú?».

Kirsten le cuenta a Rabih que de adolescente fue infeliz, que se sentía incapaz de conectar con los demás y que durante una época se autolesionó. Rascarse los brazos hasta sangrar, le dice, era el único alivio a su alcance. A Rabih le conmueve su confesión, pero va aún más lejos: los problemas de ella hacen que se sienta totalmente atraído por Kirsten. La identifica como una candidata apta para el matrimonio porque sospecha por instinto de la gente a quien las cosas siempre les han ido bien. Se siente aislado y extraño entre gente alegre y sociable. No soporta a los tipos despreocupados. En el pasado ha descrito a ciertas mujeres con las que tuvo una cita como «aburridas», cuando cualquier otro las habría etiquetado más generosa y acertadamente de «sanas». Dado que considera los traumas una vía fundamental para crecer y profundizar, quiere que su propia tristeza encuentre un eco en el carácter de su pareja. Por tanto, no le preocupa, al principio, que Kirsten se muestre a veces retraída e inescrutable, o que tienda a parecer muy distante y defensiva después de una discusión. Rabih alberga un deseo confuso de ayudar, sin comprender, no obstante, que la ayuda puede ser un regalo difícilísimo de entregar a aquellos que más lo necesitan. Interpreta el lado herido de ella del modo más poético y evidente: como una oportunidad para ser útil.

Creemos buscar la felicidad en el amor, cuando lo que andamos buscando en verdad es la familiaridad. Queremos recrear, en nuestras relaciones adultas, esos mismos sentimientos que tan bien conocimos en la infancia y que rara vez se limitaban a la ternura y el cuidado. El amor

del que la mayoría de nosotros disfrutamos de pequeños estaba entrelazado con otras dinámicas, más destructivas: el deseo de querer ayudar a un adulto que ha perdido el control, el sentimiento de verse privado del cariño de un padre o una madre y temer su ira, o de no sentirnos lo bastante seguros como para confesar nuestros deseos más enrevesados.

Parece entonces muy lógico que de adultos nos veamos rechazando a ciertos candidatos, no porque estén mal, sino porque están un poco demasiado bien —en el sentido de que dan la impresión de ser de algún modo en exceso equilibrados, maduros, comprensivos y fiables—; pues en nuestro fuero interno, esa perfección se nos antoja ajena e inmerecida. Vamos en busca de personas más fascinantes, no porque creamos que la vida con ellas será más armoniosa, sino por la noción inconsciente de que los patrones de frustración harán que nos resulte reconfortantemente familiar.

Le pide que se case con él para librarse del absorbente yugo que durante demasiado tiempo le ha impuesto el tema de las relaciones. Tras diecisiete años de melodramas y sobresaltos que no han llevado a ninguna parte, se nota exhausto. Tiene treinta y dos y está impaciente por enfrentarse a otros retos. No es cínico ni insensible por su parte sentir un amor inmenso por Kirsten y al mismo tiempo esperar que el matrimonio acabe definitivamente con el predominio, casi siempre doloroso, del amor en su vida.

En cuanto a Kirsten, baste decir —dado que viajaremos la mayor parte del tiempo en la mente de Rabih— que no deberíamos subestimar lo atractivo que resulta para alguien que a menudo ha dudado penosamente de muchas cosas, sobre todo de sí misma, que le proponga matrimonio alguien a todas luces bueno e interesante que parece estar rotunda y categóricamente convencido de que ella es la persona perfecta para él.

Los casa un funcionario en una sala rosa salmón del registro civil de Inverness, una mañana lluviosa de noviembre, en presencia de la madre de Kirsten, el padre y la madrastra de Rabih y ocho amigos. Leen en voz alta el listado de votos formulado por el Gobierno escocés y prometen amarse y cuidarse, que serán pacientes y compasivos, que confiarán en el otro y lo perdonarán y que seguirán siendo los mejores amigos y compañeros leales hasta la muerte.

El Gobierno, que no quiere sonar aleccionador —o simplemente porque no sabe cómo serlo—, no da más indicación respecto a cómo concretar esos votos, pero sí proporciona a la pareja cierta información sobre las ventajas fiscales a las que pueden optar aquellos que instalan aislamiento térmico en su primera residencia.

Tras la ceremonia, los miembros de la comitiva nupcial se retiran a un restaurante cercano para comer, y rato después, esa misma noche, los recién casados están cómodamente instalados en un hotelito cerca de Saint-Germain, en París.

El matrimonio: una apuesta esperanzada, generosa y cargada de infinita bondad por parte de dos personas que no saben todavía quién son o cómo será el otro, y que se atan a un futuro que no son capaces de concebir y en el que han evitado con sumo cuidado indagar.

Para siempre

Las tonterías

En la Ciudad del Amor, la esposa escocesa y el marido de Oriente Próximo visitan a los muertos en el cementerio del Père-Lachaise. Buscan en vano los restos de Jean de Brunhoff y acaban compartiendo un *croque-monsieur* sentados encima de Edith Piaf. De vuelta a la habitación, apartan lo que Kirsten llama la «colcha espermatazada», extienden una toalla sobre la cama y, con platos de papel y tenedores de plástico, se comen una langosta bretona aderezada que los ha tentado desde el escaparate de una delicatessen en la rue de Cherche-Midi.

Enfrente del hotel hay una boutique infantil muy cursi donde venden cardiganes y petos carísimos. Una tarde, mientras Rabih está en remojo en la bañera, Kirsten se pasa por allí y vuelve con Dobbie, un monstruillo de peluche con un cuerno y tres ojos intencionadamente desalineados que, seis años después, será la posesión favorita de su hija.

A su regreso a Escocia, empiezan a buscar piso. Rabih se ha casado con una mujer rica, bromea, lo cual es cierto solo en comparación con su propio estatus económico. Ella ya es propietaria de un pequeño apartamento, lleva trabajando cuatro años más que él y entretanto no ha estado en paro ocho meses. Rabih tiene el dinero justo para alquilar el cuarto de la fregona, le dice ella —con cariño—. Encuentran algo que les gusta en la primera planta de un edificio en Merchiston Avenue. La vendedora es una viuda anciana y débil que perdió a su marido hace un año y cuyos hijos viven ahora en Canadá. Ella tampoco está muy bien. Las fotos de familia de cuando los hijos eran pequeños se alinean en unas estanterías de color marrón oscuro que Rabih se apresura a medir mentalmente para ver si cabría una tele. También arrancará el papel de las paredes y pintará los armarios de la cocina, de un naranja muy vivo, con un tono más digno.

«Vosotros dos me recordáis un poco a Ernie y a mí en nuestros tiempos», dice la señora, y Kirsten le responde «Pobre», y la rodea un momento con el brazo. La vendedora era magistrada, pero ahora está creciéndole un tumor inoperable en la columna y va a mudarse a una vivienda tutelada en la otra punta de la ciudad. Se ponen de acuerdo en un buen precio; la mujer no aprieta tanto como podría a la joven pareja. El día que firman el contrato, mientras Kirsten se adentra en el dormitorio a tomar medidas, la señora retiene un segundo a Rabih con una mano huesuda pero increíblemente fuerte: «Pórtate bien con ella, ¿quieres? —le dice—. Incluso si a veces crees que no tiene razón». Medio año después, se enteran de que la señora ha muerto.

Han llegado al punto en el que, para ser justos, su historia, en todo momento ligera, debería tocar a su fin. Han superado el reto romántico. En adelante, la vida tomará un ritmo constante y repetitivo, de tal modo que a menudo incluso les costará ubicar un suceso concreto en el tiempo, tan similares parecerán los años, al menos en apariencia. Pero la historia no ha terminado ni mucho menos: a partir de ahora, se trata solo de esperar un poco más en el arroyo y usar un cedazo más fino para cribar las pepitas de interés.

Un sábado por la mañana, pocas semanas después de haberse mudado al piso nuevo, Rabih y Kirsten van en coche a comprar unos vasos al enorme Ikea a las afueras de la ciudad. La selección se extiende a lo largo de dos pasillos y hay multitud de estilos. El fin de semana pasado, en una tienda nueva cerca de Queen Street, encontraron enseguida una lámpara que les encantó a los dos, con el pie de madera y la pantalla de porcelana. Lo de hoy debería ser cosa fácil.

Al poco de entrar en el cavernoso departamento de menaje, Kirsten decide que deberían comprar un juego de la gama Fabulös: unos vasos cortos que se estrechan en la base con dos pegotes circulares en color lila y azul en los lados, y volver a casa. Una de las cualidades que Rabih más admira en ella es su capacidad de decisión. Pero entretanto a él se le hace evidente que los vasos más grandes, rectos y sin adornos de la serie Godis son los únicos que de verdad van bien con la mesa de la cocina.

El romanticismo es la filosofía del entendimiento intuitivo. Así, en el amor verdadero, no hay necesidad de expresarlo o verbalizarlo todo hasta el hartazgo. Cuando dos personas están hechas la una para la otra, existe —por fin— el maravilloso sentimiento recíproco de que ambos ven el mundo exactamente de la misma manera.

—Ya verás como te gustan cuando lleguemos a casa, los saquemos de la caja y los pongamos al lado de los platos, te lo prometo. Es que son... más bonitos —dice Kirsten, que sabe ser firme si la ocasión lo requiere. Esos otros vasos sin adornos son la clase de cosa que asocia con comedores de colegio y cárceles.

—Entiendo a qué te refieres, pero no puedo evitar pensar que esos se verán más limpios y nuevos —responde Rabih, que no soporta los objetos demasiado decorados.

—Bueno, no podemos pasarnos el día aquí discutiendo —razona Kirsten, tirando de las mangas de su jersey hasta cubrirse las manos.

—Desde luego que no —coincide él.

—Pues compremos los Fabulös y ya está —arremete Kirsten.

—Parece de locos seguir discrepando, pero de verdad creo que son horribles.

—El caso es que algo me dice que es cuestión de gustos.

—Lo mismo digo.

Ambos son conscientes de que sería una verdadera pérdida de tiempo quedarse plantados en un pasillo de Ikea discutiendo largo y tendido sobre algo tan insignificante como qué vasos deberían comprar —cuando la vida es tan corta y sus auténticos imperativos tan grandes—, cada vez de peor humor y ante la curiosidad creciente del resto de compradores, pero, aun así, se quedan plantados en un pasillo de Ikea y discuten largo y tendido sobre qué vasos deberían comprar. Veinte minutos después, y tras acusar al otro de estar siendo un poco tonto, pierden la esperanza de adquirir nada y se vuelven al aparcamiento. De camino, Kirsten comenta que piensa pasarse el resto de su vida bebiendo con las manos. Hacen todo el trayecto hasta casa con la vista clavada en el parabrisas, sin hablar; el silencio dentro del coche queda solo interrumpido por el tictac de los intermitentes. Dobbie, que ya viaja siempre con ellos, reposa desanimado en el asiento trasero.

Son personas serias. Kirsten está trabajando en una ponencia titulada «Sistemas de aprovisionamiento en los servicios regionales», que expondrá al mes siguiente ante un auditorio formado por funcionarios del gobierno municipal de Dundee. Rabih, por su parte, es autor de una tesis sobre «La tectónica del espacio en la obra de Christopher Alexander». Sin embargo, no deja de surgir entre ellos un número sorprendente de «tonterías». ¿Cuál es, por ejemplo, la temperatura ideal de un dormitorio? Kirsten está convencida de que necesita aire fresco por las noches para levantarse con la cabeza despejada y la energía a tope la mañana siguiente. Prefiere que la habitación esté un poco fría —y, si hace falta, ponerse un jersey más o un pijama térmico— que con el aire cargado y contaminado. La ventana tiene que quedar abierta. Pero los inviernos que pasó Rabih en Beirut de niño fueron muy duros, y combatir las ráfagas de viento se consideró siempre una tarea muy seria —incluso en plena guerra, su familia siguió manteniendo una firme postura respecto a las corrientes de aire—. Con las persianas bajadas, las cortinas corridas y una capa de vaho que recubre los cristales de las ventanas se siente seguro, con el lujo de hallarse a cubierto.

O, por mencionar otro aspecto conflictivo, ¿a qué hora deberían salir de casa para ir a cenar juntos —una concesión especial— entre semana? Kirsten piensa: la reserva es a las ocho, Origano está a unos cinco kilómetros, el trayecto suele ser corto, pero ¿y si hay un atasco en la rotonda principal, como la última vez —cuando quedaron con James y Mairi—? En todo caso, no pasa nada por llegar un poco antes. Pueden tomar algo en el bar de al lado, incluso dar un paseo por el parque; tienen que ponerse al día. Lo mejor sería que el taxi los recogiera a las siete. Y Rabih piensa: si la reserva es a las ocho, eso significa que podemos llegar al restaurante a las ocho y cuarto o a las ocho y veinte. Tengo cinco correos electrónicos larguísimos que responder antes de salir de la oficina, y no puedo ponerme en plan íntimo si estoy pensando en asuntos prácticos. Además, a esa hora el tráfico estará despejado y el taxi siempre llega antes de tiempo. Tendríamos que pedir que nos recogiera a las ocho.

O, más aún, ¿cuál es la mejor estrategia para contar una historia en, pongamos, una fiesta

bastante pija en el Museo de Escocia, adonde los ha invitado un cliente al que Rabih necesita impresionar? Él cree que hay unas reglas claras vigentes: primero, precisar donde se desarrolla la acción, y luego, presentar a los protagonistas y bosquejar sus dilemas antes de avanzar siguiendo una línea narrativa ágil y directa hacia la conclusión —tras lo cual, lo educado es cederle el turno a otro, si es posible al director general, que ha esperado pacientemente—. Kirsten, por el contrario, sostiene que es más interesante comenzar la historia por la mitad y después retroceder hasta el principio. De ese modo, tiene la sensación de que el público se hace una idea más completa de lo que se juegan los personajes. Los detalles aportan colorido. No todo el mundo quiere ir directo al grano. Y si la primera anécdota tiene buena acogida, ¿por qué no contar una segunda?

Si les preguntásemos su opinión a los oyentes —situados junto a un estegosaurio gigante cuyos huesos se encontraron en una cantera cerca de Glasgow a finales del siglo XIX—, lo más probable es que no pusieran objeción alguna ni a un enfoque ni a otro; ambos pueden estar bien, afirmarían. Sin embargo, a Kirsten y Rabih, que recapitulan irritados de camino al guardarropa, esa divergencia se les presenta muchísimo más crítica y más personal: ¿cómo, se preguntan, puede el otro entender algo —el mundo, a sí mismo, a su pareja— si son siempre tan poco sistemáticos o, en el extremo contrario, tan rígidos? Pero lo que de verdad incrementa la intensidad de la discusión es un pensamiento nuevo que aflora cada vez que hay tensión: ¿cómo se puede soportar esto una vida entera?

Aceptamos la complejidad —y, por tanto, dejamos espacio al desacuerdo y su paciente resolución— en la mayoría de las áreas importantes de la vida: el comercio internacional, la inmigración, la oncología... Pero cuando se trata de la existencia doméstica, tendemos a alimentar una funesta presunción de facilidad, lo que a su vez nos inspira una tensa aversión a las negociaciones prolongadas. En efecto, nos resultaría muy raro dedicar una cumbre de dos días a la gestión del cuarto de baño y sin duda absurdo contratar a un mediador profesional que nos ayudara a decidir la hora correcta para salir de cena.

«Me he casado con una loca», piensa Rabih, asustado y autoconpadeciéndose al mismo tiempo, mientras el taxi avanza a toda velocidad por las calles desiertas de las afueras. Su pareja, no menos indignada, está sentada tan lejos de él como le permite el asiento trasero del vehículo. En la imaginación de Rabih no cabe ese tipo de discordia conyugal. En teoría, está más que preparado para el desacuerdo, el diálogo y las soluciones intermedias, pero no para una estupidez redomada como esta. Jamás ha leído ni oído que alguien tenga una pelea semejante por un detalle tan nimio. Saber que Kirsten seguirá altiva y distante con él posiblemente hasta el segundo plato

aún lo pone más nervioso. Echa un vistazo al conductor imperturbable: un afgano, a juzgar por la banderita de plástico del salpicadero. ¿Qué pensará de esa discusión entre dos personas que no tienen que enfrentarse a la pobreza ni a un genocidio tribal? Rabih se considera un hombre muy amable que, por desgracia, no le han tocado las cuestiones correctas con las que desplegar su amabilidad. Le resultaría mucho más fácil donar sangre a un niño herido de Badajshán o llevar agua a una familia de Kandahar que inclinarse hacia su esposa y decirle que lo siente.

No todos los problemas domésticos gozan de un prestigio equivalente. Uno puede quedar muy pronto como un idiota si le da mucha importancia al ruido que hace el otro cuando come cereales o al tiempo que quiere conservar las revistas más allá de la fecha de publicación. No resulta difícil humillar a alguien que sigue una estricta política a la hora de poner el lavavajillas o a la inmediatez con que hay que devolver la mantequilla a la nevera después de usarla. Cuando las tensiones que nos acucian carecen de glamur, quedamos a merced de aquellos que desean tildar nuestras preocupaciones de raras e insignificantes. Podemos acabar tan frustrados y al mismo tiempo tan llenos de dudas acerca de la dignidad de nuestras frustraciones, que tal vez no tengamos la confianza suficiente para señalarlas con calma a nuestro público impaciente o dubitativo.

En realidad, hay pocas peleas sobre «nada» en el matrimonio de Kirsten y Rabih. Los asuntos banales son en el fondo cosas importantes a las que no han prestado la debida atención. Sus disputas cotidianas son cabos sueltos que reflejan los contrastes fundamentales entre sus respectivas personalidades.

Si analizara con mayor atención sus compromisos y decepciones, Rabih —en relación con la temperatura— podría haberle explicado, desde debajo de la colcha: «Cuando dices que quieres dejar una ventana abierta en pleno invierno, me asusto y altero, más en lo emocional que en lo físico. Para mí es como si hablara de un futuro en que cosas muy valiosas han sido pisoteadas. Me recuerda a un cierto estoicismo sádico y un alegre arrojo que veo en ti y de los que en general estoy siempre huyendo. A un nivel inconsciente, tengo miedo de que no sea aire fresco lo que quieras en realidad, sino tirarme por la ventana con esa manera tuya tan encantadora, pero tan brusca, práctica e intimidante».

Y si Kirsten analizara con el mismo cuidado su postura sobre la puntualidad, podría haberle dado a Rabih —y al taxista afgano— un conmovedor discurso de camino al restaurante: «Mi insistencia en que salgamos tan temprano es en esencia un síntoma de miedo. En un mundo de arbitrariedades y sorpresas, es la estrategia que he desarrollado para conjurar la ansiedad y un atroz e inefable pavor. Quiero llegar puntual igual que otros ansían el poder, y lo hago por una necesidad similar de seguridad; tiene cierto sentido, aunque solo un poco, si tenemos en cuenta

que me pasé la infancia esperando a un padre que nunca llegó. Es mi manera loca de intentar mantener la cordura».

Puede que tras contextualizar así sus respectivas necesidades, y comprendiendo cada uno el origen de las opiniones del otro, hubiese aflorado una nueva flexibilidad. Rabih habría propuesto que salieran hacia Origano no mucho más tarde de las siete y media, y Kirsten podría haber hecho que montaran una antecámara en el dormitorio.

Si no hay paciencia para negociar, aparece el resentimiento: una rabia que ha olvidado de dónde venía. Uno se convierte en un gruñón que quiere lo que sea ya mismo y que no puede molestarse en explicar por qué. Y el otro es un agobiado que ya no tiene ánimo de explicar que su resistencia está basada en argumentos sensatos o, cuando menos, en defectos conmovedores y puede que incluso perdonables de su carácter.

Ambas partes se limitan a esperar que los problemas, que tanto les aburren, desaparezcan sin más.

Casualmente, en medio de la enésima discusión sobre la ventana y la temperatura del aire, Hannah, amiga de Kirsten, la llama desde Polonia, donde vive con su pareja, y le pregunta cómo va «eso», refiriéndose con «eso» al matrimonio —que dura ya un año.

El marido de Kirsten se ha colocado un abrigo y un gorro de lana para dar más fuerza a su protesta frente a la demanda de aire fresco de su mujer; con infantil autocompasión, está sentado en una esquina del cuarto, acurrucado con la colcha por encima. Kirsten acaba de referirse a él, y no por primera vez, como una «nenaza».

—Va muy bien —le responde Kirsten.

Por muy de moda que esté hablar abiertamente de las relaciones, sigue siendo bastante vergonzoso reconocer que, pese a tantísimas oportunidades para reflexionar y experimentar, puede que uno haya ido a casarse con la persona equivocada.

—Estoy aquí con Rabih, en casa, tranquilos, poniéndonos al día con las lecturas.

En realidad, ni Kirsten ni Rabih tienen clara la verdad definitiva sobre cómo van las cosas entre ellos. Sus vidas incluyen una rotación constante de estados de ánimo. En un solo fin de semana, pueden pasar de la claustrofobia a la admiración, del deseo al tedio, de la indiferencia al éxtasis, de la irritación a la ternura. Detener la rueda en cualquier de estos puntos para compartir con una tercera persona un veredicto sincero supondría arriesgarse a quedar atado para siempre a una confesión que tal vez, en retrospectiva, solo reflejara un estado transitorio: las declaraciones sombrías gozan siempre de una autoridad que las más alegres no pueden superar.

Mientras sigan ocultando sus disputas a la vista de cualquier testigo, Kirsten y Rabih serán libres para no tener que decidir cómo de bien o mal van las cosas entre ellos.

La típica relación complicada sigue siendo un tema olvidado, lo que resulta extraño y de poca ayuda. Son los extremos los que atraen una y otra vez la atención —las uniones perfectamente dichosas o las catástrofes homicidas—, y así es difícil saber qué hacer, y cómo de solos debemos sentirnos, respecto a cosas como arrebatos infantiles, amenazas de divorcio a las tantas de la noche, silencios hoscos, portazos y demás actos cotidianos de desconsideración y crueldad.

Lo ideal sería que el arte nos diese las respuestas que otra gente no sabe darnos. Este podría ser, de hecho, uno de los propósitos principales de la literatura: contarnos lo que la sociedad en general no explora por exceso de mojigatería. Los libros importantes deberían ser esos que nos dejan preguntándonos, con alivio y gratitud, cómo es posible que el autor sepa tanto de nuestras vidas.

Pero con demasiada frecuencia, la noción realista de lo que es una relación duradera termina menoscabada debido al silencio, social o artístico. De ahí que creamos que las cosas son mucho más difíciles para nosotros que para otras parejas. No solo somos infelices, sino que nos hacemos una idea equivocada de lo estrambótica y extraña que es nuestra forma particular de infelicidad. Acabamos por pensar que nuestras peleas son señal de que hemos cometido un error extraordinario y fundamental, y no una prueba de que nuestros matrimonios avanzan de manera perfectamente conforme al plan.

Dos remedios eficaces los salvan de un resentimiento constante. El primero es la mala memoria. Cuesta mucho, a las cuatro de la tarde de un jueves, recordar a qué venía exactamente el enfado en el taxi de la noche anterior. Rabih sabe que tuvo algo que ver con el tono ligeramente despectivo de Kirsten, combinado con la indiferencia y el desagrado con que respondió a su queja por tener que salir antes del trabajo sin motivo, pero los contornos concretos de la ofensa se desdibujan gracias al sol que se coló entre las cortinas a las seis de la mañana, al parloteo en la radio sobre las estaciones de esquí, al buzón lleno, a las bromas durante la comida, a los preparativos para la conferencia y a la reunión de dos horas para hablar del diseño de la web, que en conjunto han conseguido arreglar las cosas entre ellos casi tanto como las habría arreglado una conversación franca y madura.

El segundo remedio es más abstracto: puede resultar difícil seguir enfadado mucho tiempo teniendo en cuenta lo enorme que es el universo. Horas después del incidente en Ikea, a eso de la media tarde, Rabih y Kirsten salen a dar una caminata que tenían planeada desde mucho antes por las Lammermuir Hills, al sudeste de Edimburgo. Empiezan callados y enojados, pero la naturaleza va liberándolos poco a poco de las garras de la indignación mutua, no por medio de la compasión, sino de una sublime indiferencia. Las montañas, que se extienden interminablemente a lo lejos,

nacidas de la compresión de rocas sedimentarias en los períodos ordovícico y silúrico —unos quinientos millones de años antes de que se creara Ikea—, señalan con rotundidad que esa pelea que dominaba sus mentes no ocupa en realidad un lugar tan relevante en el orden cósmico, y no es nada en comparación con los eones de los que da testimonio este paisaje. Las nubes atraviesan el horizonte sin detenerse a estudiar su orgullo herido. A nada ni a nadie parece importarle: ni a la familia de andarríos que vuelan en círculos sobre sus cabezas, ni al zarapito, la agachadiza, el chorlo o el bisbita. Y tampoco a la madreSelva, la dedalera y las campanillas, ni a esas tres ovejas que ven al llegar a Fellecleugh Wood y que balan con gravedad en una inusitada parcela de tréboles. Después de pasar casi todo el día sintiéndose menospreciados por el otro, Rabih y Kirsten dejan de considerarse ninguneados al percibir la inmensidad con la que se desarrollan sus vidas. Están más dispuestos a reírse de su propia insignificancia ahora que se la recuerdan fuerzas indómitamente más poderosas e impresionantes que ellos.

Tan beneficiosos son el horizonte sin fin y las antiguas montañas que cuando llegan a una cafetería en el pueblo de Duns han olvidado incluso por qué se suponía que estaban enfadados. Un par de té después, han acordado volver a Ikea, donde al final consiguen escoger unos vasos que ambos lograrán soportar el resto de sus vidas: un pack de doce de la serie Svalka.

De morros

Durante bastante tiempo no necesitan a ninguna otra persona. No les apetece ver a ninguno de los amigos de quienes dependieron en los largos años transcurridos antes de conocerse. Pero luego la culpa y una renovada curiosidad pueden más que ellos. En la práctica esto se traduce en frecuentar más a los amigos de Kirsten, porque los de Rabih están desperdigados por todo el mundo. La pandilla de Kirsten de la Universidad de Aberdeen se reúne los viernes en el Bow Bar. Está al otro lado de la ciudad, pero cuenta con una enorme variedad de whiskies y cervezas artesanales; aunque la noche en que Kirsten lo convence para ir, Rabih se conforma con un agua con gas. No es por su religión, como tiene que explicar —cinco veces—; es solo que no le apetece una copa.

«¡Marido y mujer, caray!», exclama Catherine, con un deje de mofa. Está en contra del matrimonio y se encuentra más cómoda entre gente que confirme sus prejuicios. Por supuesto, a Rabih y a Kirsten la expresión «marido y mujer» también sigue sonándoles rara. Ellos asimismo suelen colocar esos títulos entre unas irónicas comillas para mitigar su gravedad e incongruencia, porque no se ven en absoluto como la clase de gente que tienden a asociar a esas palabras, que evocan a personas mucho más viejas, más establecidas y más desgraciadas de lo que ellos se consideran. «La señora Khan ya está en casa», le gusta decir a Kirsten cuando llega, jugando con un concepto que sigue siendo solo vagamente creíble para ambos.

—Bueno, Rabih, ¿y en qué trabajas? —le pregunta Murray, un tipo brusco, barbudo, que trabaja en la industria del petróleo y a quien le gustaba Kirsten en los tiempos de la universidad.

—En un estudio de urbanismo —le responde Rabih, que se siente a todas luces como una chica, algo que le pasa a veces en presencia de machos más contundentes—. Nos dedicamos a los espacios cívicos y la zonificación espacial.

—Alto, colega —le dice Murray—. Ya me he perdido.

—Es arquitecto —aclara Kirsten—. También ha proyectado casas y oficinas. Y con suerte hará más cuando la economía remonte.

—Ya entiendo... Estamos aguantando a que pase la recesión en estas regiones oscuras del reino, ¿no?, antes de irrumpir de nuevo en el candelero para construir la próxima gran pirámide de Giza.

Murray se ríe un poco demasiado alto de su propia broma sin gracia, pero eso no es lo que

molesta a Rabih, sino cómo Kirsten se le suma, cómo sostiene entre las manos lo que le queda de pinta, ladea la cabeza hacia su antiguo compañero de universidad y suelta una sonora carcajada al unísono con él, como si en efecto hubiese dicho algo muy gracioso.

Rabih guarda silencio en el camino de vuelta a casa, luego dice que está cansado, responde con su famoso «Nada» cuando ella le pregunta qué ocurre y en cuanto llegan al piso, que todavía huele a recién pintado, se mete en el despacho del sofá cama y cierra de un portazo.

—¡Venga, por favor! —exclama ella, alzando la voz para que la oiga—. Al menos dime qué pasa.

—Vete a la mierda. Déjame en paz —responde él, con la voz que adopta a veces el miedo.

Kirsten se sirve un poco de té y se marcha al dormitorio sin dejar de repetirse —aunque no del todo convencida— que no tiene ni idea de lo que puede haber molestado de esa manera a su reciente marido —que, la verdad, sí que llamaba un poco la atención en el Bow Bar.

En el núcleo de un enfado hallamos una turbia mezcla de rabia intensa y un deseo igualmente intenso de callarse el motivo por el que uno está enfadado. El agraviado necesita con desesperación que el otro lo comprenda y, al mismo tiempo, está por completo determinado a no hacer nada por ayudarlo. La necesidad misma de tener que explicarse es la esencia del insulto: si nuestra pareja requiere una explicación, está claro que no es digna de nosotros. Cabría añadir que es un privilegio ser el objeto de un enfado: significa que el otro nos respeta y confía a tal punto en nosotros que cree que deberíamos entender su callada ofensa. Este es uno de los regalos más extraños del amor.

Al final, Kirsten se levanta de la cama y llama a la puerta del despacho. Su madre decía siempre que no había que acostarse peleados. Ella sigue diciéndose que no comprende lo que pasa.

—Cariño, estás comportándote como si tuvieras dos años. Yo estoy de tu lado, ¿recuerdas? Al menos explícame lo que pasa.

Y dentro de la estrecha habitación, abarrotada de libros de arquitectura, ese bebé grande se da la vuelta en el sofá cama y no es capaz de pensar en otra cosa más que en su intención de no ceder; eso y, sin venir al caso, en lo extrañas que parecen esas palabras estampadas en plata en el lomo de un libro que hay en un estante cercano: MIES VAN DER ROHE.

Para él esta situación no es nada habitual. Siempre se ha esforzado mucho, en sus anteriores relaciones, por ser quien dejara pasar un poco más las cosas, pero la vitalidad de Kirsten, que sea tan dura, lo ha colocado en la posición contraria. Ahora le toca a él quedarse ahí en vela y consumirse de nervios. ¿Por qué lo odian todos los amigos de Kirsten? ¿Qué les ve ella? ¿Por qué no ha salido en su defensa y ayuda?

Los enfados rinden homenaje a un bello y peligroso ideal cuyo origen se remonta a nuestra más tierna infancia: la promesa del entendimiento tácito. En el útero materno, no teníamos que explicar nada. Todas nuestras demandas eran atendidas. El punto justo de sal se daba sin más. Algo de este idilio se prolongaba en los primeros años. No hacía falta que comunicásemos nuestras necesidades: una gente grande y amable las adivinaba por nosotros. Veían más allá de nuestras lágrimas, de nuestra incapacidad para expresarnos, de nuestra confusión: encontraban la explicación de malestares que nosotros mismos no éramos capaces de verbalizar.

Quizá por eso, en las relaciones, hasta el más elocuente prefiere, llevado por el instinto, callarse las cosas cuando su pareja corre el peligro de no saber interpretarlo. Solo si es capaz de leernos la mente de modo preciso y sin palabras, veremos en ello una señal auténtica de que es digna de nuestra confianza; solo si no nos hace falta explicarnos, tendremos la certeza de que nos han entendido de verdad.

Cuando ya no puede soportarlo más, Rabih entra de puntillas en el dormitorio y se sienta en el lado de la cama en el que duerme Kirsten. Había pensado despertarla, pero cuando ve su rostro inteligente y amable en reposo, cambia de idea. Tiene los labios entreabiertos; Rabih oye el levisimo sonido de su respiración; el fino vello del brazo es visible a la luz que llega de la calle.

La mañana siguiente es fría pero soleada. Kirsten se levanta primero y prepara sendos huevos pasados por agua y una cesta de tiras de pan tostado perfectamente cortadas. Mira al sauce que hay abajo en el jardín y se siente agradecida por esas cosas modestas y cotidianas que siempre están ahí. Cuando Rabih entra en la cocina, despeinado y avergonzado, no cruzan ni una palabra, pero acaban por sonreírse. A la hora de comer, él le envía un correo electrónico: «Estoy un poco loco. Perdóname». Y aunque ella está a punto de entrar en una reunión del ayuntamiento, le responde en un segundo: «Sería muy aburrido si no. Y me sentiría muy sola». No vuelven a mencionar el enfado.

Deberíamos ser capaces de reírnos, con toda delicadeza, cuando nuestra pareja nos convierte en el objetivo principal de su rabia. Deberíamos saber ver la tierna paradoja que ello encierra. Puede que el otro mida más de metro ochenta y tenga un empleo de adulto, pero el verdadero mensaje es de una regresión conmovedora: «En el fondo, sigo siendo un niño, y lo que necesito ahora mismo es que seas mi padre o mi madre. Que adivines lo que me aflige en verdad, como hacían los demás cuando era un bebé, cuando empezaron a formarse mis ideas del amor».

Si nuestra pareja se enfada, el mayor favor que podemos hacerle es afrontar sus berrinches como abordaríamos los de un niño pequeño. Somos tan susceptibles a la condescendencia que

supone que nos traten como si fuéramos más jóvenes de lo que somos, que olvidamos que a veces el mayor privilegio que podemos conceder a alguien es ver más allá de nuestro yo adulto para conectar —y perdonar— al niño desencantado, enfadado e incapaz de expresarse que hay dentro.

Sexo y censura

Están en un café al que suelen ir los sábados por la mañana, tomando huevos revueltos, poniéndose al día y leyendo los periódicos. Hoy Kirsten le cuenta a Rabih el dilema al que se enfrenta su amiga Shona: a su novio, Alasdair, lo han trasladado de repente a Singapur. ¿Debería marcharse con él, se pregunta Shona —llevan dos años juntos—, o quedarse en la clínica dental de Inverness, donde acaban de ascenderla? Es una decisión muy seria se mire por donde se mire. Pero la exégesis de Kirsten avanza de un modo bastante lento y no siempre lineal, por lo que Rabih echa un ojo a los sucesos que recoge el *Daily Record*. En los últimos tiempos, se han generado situaciones muy peculiares y macabras en lugares con nombres de gran lirismo: un profesor suplente de historia ha decapitado a su mujer con una espada antigua en una casa a las afueras de Lochgelly, mientras que en Auchtermuchty la policía anda buscando a un hombre de cincuenta y cuatro años que ha tenido un hijo con su hija de dieciséis.

—Señor Khan, si no deja de pensar que todo lo que le cuento no es más que ruido de fondo que puede apagar a su antojo, le prometo que lo que le ha sucedido a esa pobre mujer de Lochgelly le parecerá a usted una excursión a Disneylandia —le dice Kirsten, y a continuación le golpea con fuerza en las costillas con un cuchillo (romo).

Pero no es solo el incesto en Fife o el dilema de Shona lo que tiene a Rabih preocupado. Hay un tercer asunto que reclama su atención. Angelo y Maria llevan tres décadas regentando la cafetería. El padre de Angelo, natural de Sicilia, estuvo detenido en las islas Orcadas durante la Segunda Guerra Mundial. La pareja tiene una hija de veintiún años, Antonella, que acaba de graduarse —con sobresalientes— en restauración y hostelería en el North East Scotland College, en Aberdeen. Mientras espera que surja algo más serio, echa una mano en el café, se afana yendo y viniendo de la cocina a las mesas, con hasta cuatro pedidos a la vez, dispensando constantes advertencias sobre lo calientes que están los platos mientras maniobra grácilmente por entre las mesas. Es alta, fuerte, simpática... y guapísima. Charla distendidamente con los clientes sobre el tiempo y, con algunos de los habituales, que la conocen desde niña, también de los últimos sucesos en su vida. Ahora mismo está soltera, informa a un par de animadas ancianas que hay en la mesa de enfrente, y añade que de verdad que no le importa, y que no, nunca ha probado una de esas páginas de citas por internet, que no le va. Lleva un crucifijo sorprendentemente grande colgado del cuello.

Mientras la mira, y sin pretenderlo demasiado, una parte de la mente de Rabih abandona sus responsabilidades habituales y comienza a invocar una secuencia incontrolable de imágenes: los escalones estrechos que hay tras la cafetera espresso, que conducen al piso de arriba; el cuarto de Antonella, lleno de cajas de la universidad a medio deshacer; un rayo de luz matutina que se refleja en su pelo azabache y destaca la palidez de su piel; la ropa en una pila junto a la silla y la propia Antonella, tumbada en la cama, con sus piernas largas y musculosas abiertas de par en par, totalmente desnuda salvo por el crucifijo.

En Occidente debemos al cristianismo esa idea de que el sexo solo debería darse si hay amor. La religión insiste en que dos personas que se preocupan la una por la otra deben reservar sus cuerpos, y sus miradas, para ellas solas. Tener pensamientos sexuales con desconocidos es abandonar el auténtico espíritu del amor y traicionar a Dios y nuestra propia humanidad.

Estos preceptos, severos y enternecedores al mismo tiempo, no han desaparecido por completo a pesar del declive de la fe que en su día los sustentó. Despojados de sus argumentos explícitamente teístas, parecen haber sido adoptados por la ideología del romanticismo, que otorga al concepto de fidelidad sexual una parecida posición de prestigio dentro de su concepción del amor. También en el ámbito secular la monogamia se considera una expresión necesaria y culminante de la virtud y el compromiso emocional. Nuestra época ha conservado hasta extremos asombrosos la deriva fundamental de una postura religiosa precedente: la creencia de que el amor verdadero debe conllevar una fidelidad sexual sin fisuras.

Rabih y Kirsten se encaminan a casa, paseando con calma, cogidos de la mano y parando de cuando en cuando a curiosear en alguna tienda. Va ser un día muy cálido, y el mar tiene un color turquesa, casi tropical. Kirsten se ducha primero, y cuando ambos están listos, vuelven a la cama sintiendo que, después de una larga y dura semana, se merecen darse un gusto.

Les encanta inventarse historias en torno al sexo. Uno de ellos empieza, el otro la lleva más lejos y luego se la devuelve para que siga desarrollándola. Las situaciones pueden llegar a ser extremas. «Se han terminado las clases y el aula está vacía», comienza Kirsten un día. «Me has pedido que me quede para revisar mi trabajo. Yo soy tímida y me ruborizo con facilidad, una herencia de mi estricta educación católica...» Rabih añade detalles: «Soy el profesor de geografía, especializado en glaciares. Me tiemblan las manos. Te acaricio la rodilla izquierda, sin atreverme apenas a pensar que...».

Hasta el momento, han coescrito historias protagonizadas por un montañero perdido y una doctora llena de recursos, sus amigos Mike y Bel, y un piloto y su reservada y sin embargo curiosa pasajera. No hay, por tanto, nada en esencia raro en el impulso de Rabih, esta mañana, de proponer un relato que incluye una camarera, un crucifijo y una correa de cuero.

Aunque a menudo cuesta hacerse oír en los círculos respetables, hay una alternativa al principio cristiano-romántico de que sexo y amor habrían de ser siempre inseparables. La postura libertina niega cualquier vínculo lógico o inherente entre amar a alguien y guardarle una fidelidad sexual inquebrantable. Postula que es por completo natural e incluso saludable que los miembros de una pareja se acuesten de vez en cuando con desconocidos por los que no sienten gran cosa, pero hacia los que les empuja, no obstante, una gran atracción. El sexo no tiene por qué ir siempre ligado al amor. A veces, sostiene esta filosofía, puede ser una actividad aeróbica, puramente física, a la que entregarnos sin un significado emocional profundo. Tan absurdo es, concluyen sus adeptos, suponer que uno solo deba acostarse con la persona a la que ama, como lo sería exigir que solo las parejas comprometidas pudiesen jugar al ping-pong o a salir a correr juntos.

Esta sigue siendo, en la actualidad, la postura minoritaria con diferencia.

Rabih plantea la escena.

—Estamos en un pueblecito costero de Italia, Rimini, tal vez, y nos hemos comido un helado, puede que de pistacho, cuando te fijas en la camarera, que es tímida pero muy simpática, de una manera espontánea que resulta al mismo tiempo maternal y fascinantemente virginal.

—Te refieres a Antonella.

—No tiene por qué.

—¡Venga ya, Rabih Khan! —se burla Kirsten.

—Bueno, vale, Antonella, entonces. De modo que le proponemos que, cuando termine su turno, se venga a nuestro hotel a beber grappa. Se siente halagada pero le da algo de vergüenza. Tiene novio, ¿sabes?, Marco, un mecánico en el taller del pueblo, muy celoso pero al mismo tiempo un auténtico desastre en la cama. Antonella lleva siglos queriendo hacer ciertas cosas y él se niega en redondo a probar. Pero ella no logra quitárselas de la cabeza, y en parte por eso acepta nuestra insólita oferta.

Kirsten no dice nada.

—Ahora estamos en el hotel, en la habitación, que tiene una cama enorme con un cabecero de latón a la antigua. Su piel es muy suave. Hay un rastro de humedad en el vello de su labio superior. Tú se lo lames, y luego dejas caer la mano suavemente por su cuerpo. —Rabih continúa—: Aún lleva el delantal puesto, y la ayudas a quitárselo. Te parece una chica dulce, pero también quieres utilizarla de una manera bastante mercenaria. Ahí es donde entra en acción la correa. Deslizas su sujetador hacia arriba..., es negro, o no, quizá gris, y te inclinas hacia delante para meterte uno de sus pechos en la boca. Tiene los pezones duros.

Kirsten sigue callada.

—Bajas la mano y la metes por debajo de sus bragas italianas, llenas de encajes. De pronto, te entran ganas de lamerle entre las piernas, así que la pones a cuatro patas y empiezas a explorarla desde atrás.

Ahora el silencio de la habitual compañera de historias de Rabih es ya opresivo.

—¿Estás bien? —le pregunta él.

—Sí, estoy bien, pero... No sé... Se me hace raro que pienses en Antonella de ese modo; un poco como un perverso, la verdad. Es una persona tan encantadora... La conozco desde que pasó la selectividad, y ahora sus padres están orgullosísimos de los sobresalientes que ha sacado. No me gusta ese rollo de siempre del hombre sentado corriéndose mientras ve cómo dos mujeres se lamen la una a la otra. Sfouf, la verdad, es un poco estúpido y como de porno. En cuanto al tema anal, para ser sinceros...

—Lo siento, tienes razón, es ridículo —la interrumpe él, que de pronto se siente muy idiota—. Olvidémoslo. No deberíamos dejar que algo así se interponga entre el Brioschi Café y nosotros.

El romanticismo no solo ha incrementado el prestigio del sexo monógamo; de paso ha hecho también que cualquier interés sexual añadido resulte estúpido y desconsiderado sin excepción. Ha redefinido por completo el significado del deseo de acostarse con alguien que no sea nuestra pareja habitual. Ha convertido todo interés extraconyugal en amenaza y, con frecuencia, en algo cercano a una catástrofe emocional.

En la fantasía de Rabih, el sexo podría haber sido un intercambio tierno y sencillo. Kirsten y él habrían charlado con Antonella en la cafetería. Los tres se habrían dado cuenta de la tensión y la atracción entre ellos, y luego, sin perder tiempo, habrían acabado en Merchiston Avenue. Antonella y Kirsten se habrían enrollado un rato mientras él miraba desde un sillón, y después habría sustituido a Kirsten y se habría acostado con Antonella. Habría sido algo cálido y excitante, y no habría significado nada en relación con su matrimonio y con el amor fundamental que siente por Kirsten. Al terminar, habría acompañado a Antonella hasta el café, y ninguno de ellos habría vuelto a mencionar jamás el interludio. Sin dramas, sin afán de posesión y sin culpas. Por Navidad le regalarían un *panettone* y una postal para darle las gracias por la orgía.

A pesar de la atmósfera liberal de nuestros días, sería una ingenuidad pensar que la distinción entre «raro» y «normal» ha desaparecido. Se mantiene tan vigente como siempre, presta a intimidar y a meter en vereda a aquellos que cuestionen los límites normativos del sexo y el amor. Puede que ahora se considere «normal» llevar vaqueros cortados, enseñar el ombligo, casarse con personas sin importar el género y ver un poco de porno por diversión, pero sigue siendo indispensable «normal» creer que el amor verdadero ha de ser monógamo y que

nuestro deseo debería centrarse en exclusiva en una sola persona. Rebatir este principio fundamental supone arriesgarnos a que nos cuelguen, en público o en privado, el más deprimente, cáustico y vergonzante de los epítetos: «pervertido».

Sin duda Rabih no pertenece a la categoría de buen comunicador. Pese a que alberga firmes creencias, hace mucho que se dio cuenta de que el camino para expresarlas estaba lleno de obstáculos e inhibiciones. Cuando su jefe, Ewen, anuncia una nueva estrategia empresarial más dirigida al sector petrolífero y menos a los contratos con la administración local, Rabih no pide una cita —como podría haber hecho otro— y se sienta con él media hora en la sala de reuniones de la última planta, con sus vistas sobre Calton Hill, para explicarle los motivos por los que tal cambio de política podría resultar, no solo equivocado, sino tal vez peligroso. En lugar de eso, calla, y se limita a hacer algún que otro comentario aforístico y a fantasear con que los demás deduzcan su opinión como por arte de magia. Del mismo modo, cuando descubre que Gemma, una empleada primeriza que han contratado para ayudarlo con su volumen de trabajo, ha tomado mal muchas de las medidas, Rabih se llena de frustración, pero nunca le saca el tema y hace el trabajo él mismo, de modo que la joven está asombrada por las pocas responsabilidades que tiene en su nuevo puesto. No es que sea reservado, controlador o cerrado por malicia; es solo que cuando se trata de los demás —y de su capacidad de persuadirlos— se da por vencido con inconveniente facilidad.

El resto del día, después de su visita al Brioschi Café y del episodio humillante en torno a Antonella, flota entre Kirsten y Rabih la tensión que suele seguir al sexo frustrado. En su fuero interno, siente una decepción y un enojo que no sabe gestionar. A fin de cuentas, no sería justo montar un numerito porque a tu pareja no la vuelva loca la idea de formar un trío con una chica recién licenciada que sabe cómo servir un plato de huevos y está guapa en delantal.

Lo que hace de una persona una buena comunicadora es, en esencia, la capacidad de no inmutarse ante los aspectos más problemáticos o extravagantes de su personalidad. Es capaz de considerar su ira, su sexualidad y sus opiniones impopulares, incómodas o pasadas de moda, sin perder la confianza en sí mismos o hundirse en el autodesprecio. Puede hablar claramente porque ha logrado desarrollar la inestimable convicción de ser una persona aceptable. Se gusta lo bastante a sí misma como para creerse digna de la benevolencia de los demás y capaz de ganársela si dispone de medios para presentarse con el grado justo de paciencia e imaginación.

De pequeños, estos buenos comunicadores sin duda tuvieron la suerte de contar con cuidadores que sabían cómo amar a los niños a su cargo sin exigir que absolutamente todo en ellos fuera agradable y perfecto. Este tipo de padres saben aceptar la idea de que, a veces —al

menos por un rato—, sus hijos pueden estar raros, violentos, irritables, mezquinos, indispuestos o tristes, y seguir mereciendo un lugar en el círculo de amor familiar. Los padres crearían así una fuente valiosísima de valor de la que estos niños acabarían extrayendo la dosis suficiente con que sustentar las confesiones y las conversaciones francas de la vida adulta.

El padre de Rabih era taciturno y severo. Solo una generación lo separaba de una vida de extrema pobreza y de trabajos agrícolas en un pueblecito cerca de Baalbek; había sido el primero de su familia en escapar y estudiar en la universidad, aunque nunca se libraría de la herencia ancestral de mostrarse cuidadoso cerca de la autoridad. Alzar la voz y compartir sus opiniones no era práctica habitual entre los Khan.

La educación comunicativa que Rabih recibió de su madre no resultó más alentadora. Lo quería con locura, pero necesitaba que él fuese de una determinada manera. Siempre que regresaba de un vuelo y se reencontraba con la atmósfera agobiante de Beirut y de su matrimonio, Rabih leía la tensión en su rostro y sentía que no podía crearle más problemas. Lo que más deseaba en el mundo era tranquilizarla y hacerla reír. Fueran cuales fuesen sus propias preocupaciones, las ocultaba mecánicamente. Su tarea consistía en que su madre quedara intacta. No se podía permitir contarle demasiadas cosas complicadas pero ciertas sobre sí mismo.

Rabih, por tanto, acabó concibiendo el amor de los demás como una recompensa por portarse bien, no por mostrarse honesto. En calidad de adulto y marido, no tiene ni idea de cómo convertir en algo coherente todo lo que se sale de la norma en él. Lo que lo vuelve tan reservado y vacilante no es arrogancia y tampoco que crea que su mujer no tiene derecho a saber quién es en realidad; se trata más bien de un terror puro a que su tendencia a despreciarse alcance niveles insoportables ante un testigo.

Si Rabih no tuviese tanto miedo de su propia mente, podría plantar sus deseos delante de Kirsten, como un estudioso de ciencias naturales que le mostrase a un colega una extraña especie recién descubierta que ambos pudieran tratar de comprender y clasificar. Pero el instinto le dice que hay muchas cosas de él que sería más sabio guardarse para sí. Depende demasiado del amor de Kirsten como para trazarle un mapa de todos los lugares a los que lo lleva su libido cada dos por tres. Y así, ella nunca se entera de lo de la cajera del quiosco de la estación de Waverley a la que su marido admira a diario, o de la curiosidad por su amiga Raquel la noche de su cumpleaños, o del vestido que le excita en una tienda de Hanover Street, o de algunos de sus pensamientos sobre medias, o de algunas caras que cruzan fortuitamente por su cabeza cuando está en la cama con ella.

La primera y apasionante etapa de aventura sexual y honestidad absoluta ha concluido. Ahora

para Rabih es mucho más importante seguir siendo atractivo para Kirsten, que transmitir fielmente la realidad de su vida interior.

Saber escuchar es tan inusual e importante como saber comunicar. También aquí es clave un grado excepcional de confianza: la capacidad de no quedarnos descolocados, o de sucumbir bajo el peso de una información que tal vez desafíe profundamente ciertas ideas establecidas. Quien sabe escuchar no se altera frente al caos pasajero que los demás puedan desatar en su mente; ya han pasado antes por eso y saben que todo acabará por volver a su sitio.

La culpa no es solo de Rabih. Que Kirsten tenga en la punta de la lengua términos como «raro» y «pervertido» no ayuda mucho a crear una atmósfera favorable a las revelaciones. Por otra parte, ella no emplea estas palabras por repugnancia o desdén, sino más bien por miedo a que alentando tácitamente las fantasías de Rabih pueda acabar otorgándoles mayor libertad y socavando el amor que se profesan.

Si hubiese estado de humor, si fuese una persona distinta, Kirsten podría haber dicho algo como esto en respuesta a la situación planteada por su marido: «La naturaleza de esta fantasía concreta me resulta ajena, extraña y, para ser sinceros, de bastante mal gusto, pero de todos modos me interesa oírlo, porque más importante aún que mi tranquilidad relativa es mi capacidad de afrontar lo que eres. Esta persona que en este instante está pensando en Antonella es la misma con quien me casé en Inverness y ese mismo niño que me mira desde la foto que tenemos encima de la cómoda. Es la persona a la que amo, y me niego a pensar mal de ella, por mucho que sus pensamientos me perturben a veces. Eres mi mejor amigo, y quiero conocer y aceptar tu mente con todas sus derivas extrañas. No seré jamás capaz de hacer o de ser todo lo que tú quieres, ni viceversa, pero quiero pensar que podemos ser personas que se atreven a decirle al otro quiénes son realmente. La alternativa son el silencio y las mentiras, los auténticos enemigos del amor».

O, por el contrario, podría haber confesado la vulnerabilidad que encierra su irritación: «Me gustaría serlo todo para ti. Me gustaría que no tuvieras ese tipo de necesidades más allá de mí. Por supuesto, no creo de verdad que tus fantasías con Antonella sean repulsivas; es solo que querría que no tuviera que haber —siempre— ese otro imaginado. Sé que es de locos, pero lo que más deseo en el mundo es ser capaz de satisfacerte sola».

Al final, Rabih no habló y Kirsten no escuchó. En cambio, fueron al cine y pasaron una tarde muy agradable juntos. En la sala de máquinas de su relación, sin embargo, se había encendido una luz de alarma.

Es cuando nuestra pareja nos cuenta pocas cosas que nos asustan, nos sorprenden o nos repugnan cuando debemos empezar a preocuparnos, pues puede ser el signo más fiable de que

estamos siendo engañados o expulsados de la imaginación del otro, ya sea por generosidad o por un miedo conmovedor a perder nuestro amor. Tal vez indique que, sin pretenderlo, nos hemos cerrado a aquello que no se ajusta a nuestras expectativas, expectativas que en consecuencia peligrarán todavía más.

Rabih se resigna a que no entiendan una parte de él; y, a nivel inconsciente, a culpar a su mujer por no aceptar esos aspectos de su naturaleza que no se atreve a explicar. Kirsten, por su lado, decide no osar preguntar nunca a su marido qué le pasa sexualmente por la cabeza, al margen del papel que desempeñe ella, y prefiere no hurgar demasiado en los motivos por los que tiene tanto miedo de averiguar más.

En cuanto al moreno objeto de deseo de Rabih, su nombre no vuelve salir en una conversación durante bastante tiempo, hasta que un día Kirsten vuelve con noticias tras tomar un café en el Brioschi. Antonella se ha mudado al norte a trabajar como recepcionista jefe en un pequeño hotel de lujo de Argyll, en la costa oeste, y se ha enamorado locamente de una de las gobernantas, una joven holandesa con la que —para la sorpresa inicial de sus padres, que ahora están encantados— va a casarse dentro de unos meses y a celebrar una gran ceremonia en el pueblo de Apeldoorn, información que Rabih recibe con un alarde casi convincente de completa indiferencia. Ha escogido el amor frente a la libido.

La transferencia

Tras dos años de matrimonio, el puesto de Rabih sigue siendo precario, a merced de un flujo inestable de trabajo y clientes que cambian repentinamente de idea; de modo que no cabe en sí de la alegría cuando, a principios de enero, el estudio gana un contrato para una obra larga e importante al otro lado de la frontera con Inglaterra, en South Shields, una ciudad depauperada a dos horas y media en tren al sudeste de Edimburgo. El encargo es rediseñar el muelle y reconvertir un batiburrillo ruinoso de naves industriales en un parque, un café y un museo que albergue un artefacto marítimo local, el *Tyne*, el segundo bote salvavidas más antiguo de Gran Bretaña. Ewen le pide a Rabih que dirija el proyecto, un honor indiscutible, pero que implica también que se pase tres noches al mes lejos de Kirsten durante medio año. El presupuesto es muy ajustado, por lo que se instala en el Premier Inn de South Shields, un hotel modesto apretujado entre una cárcel de mujeres y una estación de mercancías. Por las noches cena solo en el restaurante del establecimiento, el Taybarns, donde una pieza de jamón exuda bajo las lámparas de una mesa de trinchar.

Durante su segunda visita, los funcionarios locales reaccionan con evasivas acerca de una variedad de asuntos. Todo el mundo está demasiado aterrorizado para tomar decisiones importantes, y los retrasos se achacan a multitud de regulaciones incomprensibles; es un milagro que hayan conseguido siquiera llegar hasta aquí. En momentos como esos, a Rabih le hincha una vena en el cuello. Poco después de las nueve, mientras se pasea en calcetines por la alfombra de nailon, llama a Kirsten desde su habitación lila y granate.

—Teckle —la saluda—. Otro día de reuniones soporíferas y de imbéciles del ayuntamiento creando problemas sin motivo. Te echo tanto de menos... No sabes lo que daría por un abrazo tuyo ahora mismo.

Hay un silencio —tiene la impresión de oír los kilómetros que los separan—, y a continuación ella le responde con tono inexpresivo que hay que añadir su nombre al seguro del coche antes del 1 de marzo, y añade que el vecino quiere hablar con ellos del sumidero, el del lado del jardín, instante en que Rabih repite, suavemente pero con firmeza, que la echa de menos y que querría estar con ella. En Edimburgo, Kirsten está hecha un ovillo en un lado del sofá, el de Rabih, con un jersey suyo y un cuenco de atún y una tostada sobre el regazo. Ella calla de nuevo, y cuando al fin

responde lo hace con un «Sí» brusco y oficinesco. Es una lástima que él no pueda verla conteniendo las lágrimas.

No es la primera vez que pasa algo así. Ocurrió algo igual de gélido la última vez que vino, y también cuando fue a Dinamarca a un congreso. Entonces la acusó de notarla rara al teléfono. Hoy está directamente herido. Solo ha hecho una razonable petición de cariño, y de pronto parece que estén en un punto muerto. Contempla las ventanas de la cárcel de enfrente. Siempre que se marcha, siente como si Kirsten pusiera entre ellos una distancia aún mayor que la que imponen la tierra o el agua. Desearía encontrar la manera de llegar a ella; ¿qué habrá hecho para que se muestre tan distante e inalcanzable? La propia Kirsten no está muy segura. Mira con ojos llorosos la corteza de un viejo árbol justo al borde de la ventana, mientras piensa concentradísima en un archivo que debe recordar llevarse a la oficina mañana.

El esquema es más o menos este: una situación o un comentario en apariencia normales provoca en uno de los miembros de la pareja una reacción que no parece del todo justificada, pues está inusitadamente repleta de enfado o ansiedad, irritación o frialdad, pánico o recriminación. La persona en el extremo receptor se halla perpleja: a fin de cuentas, lo único que ha hecho es pedir una despedida cariñosa, dejarse un plato o dos sin lavar en el fregadero, soltar una broma a costa del otro o retrasarse unos pocos minutos. ¿A qué viene, entonces, esa reacción insólita y algo desproporcionada?

Tal comportamiento no tiene mucho sentido si uno trata de comprenderlo en relación a los hechos. Es como si algún aspecto de la situación estuviera alimentándose de otra fuente de energía; como si, sin quererlo, hubiese activado un patrón de comportamiento que la otra persona desarrolló hace mucho para enfrentarse a una amenaza concreta que ahora, por algún motivo, ha sido evocada de nuevo en el subconsciente. Quien experimenta esta reacción desmesurada es responsable de la «transferencia», en lenguaje psicológico, de una emoción del pasado a una persona del presente, persona que tal vez no acabe de merecerlo.

Por extraño que parezca, nuestras mentes no siempre saben bien en qué época están. Saltan con demasiada facilidad, como la antigua víctima de un robo que guarda una pistola junto a la cama y despierta sobresaltada al más leve crujido.

Lo peor para los seres amados cercanos es que las personas inmersas en una transferencia no tienen manera de saber, no digamos ya de explicar con calma, qué está pasándoles; tienen la impresión de que su reacción es por completo apropiada para la ocasión. Sus parejas, sin embargo, quizá lleguen a una conclusión bastante distinta y bastante menos favorable: que son indiscutiblemente raros y que tal vez incluso estén un poco locos.

El padre de Kirsten se marcha cuando ella tiene siete años. Se va de casa sin previo aviso y sin

dar ninguna explicación. Justo el día de antes, juega a hacer el camello en el suelo del salón y la lleva al caballito alrededor del sofá y los sillones. A la hora de ir a dormir, le lee un libro de cuentos populares alemanes; historias de niños solitarios y de malvadas madrastras, de magia y de pérdida. Le dice que no son más que cuentos. Y luego desaparece.

Había muchas reacciones posibles. La suya es no sentir. No puede permitírselo. Lo lleva muy bien, eso es lo que asegura todo el mundo: la profesora, sus dos tías, el orientador que la visita durante un tiempo. De hecho, su rendimiento escolar mejora. Pero por dentro no está ni de lejos llevándolo bien: llorar requiere cierta fortaleza, la confianza en que al final seremos capaces de contener las lágrimas. Ella no puede permitirse el lujo de sentirse solo un poco triste. Corre el peligro de romperse en pedazos y no saber cómo volver a encajarlos. Para evitar esa posibilidad, cauteriza sus heridas, lo mejor que puede, con siete años.

Ahora es capaz de amar —a su manera—, pero no puede tolerar de ningún modo echar demasiado de menos a alguien, ni siquiera aunque el otro solo haya ido a una ciudad a un par de horas al sudeste y esté clarísimo que volverá a casa dentro de pocos días en el tren de las 18.22.

Pero, por supuesto, Kirsten no sabe explicar o siquiera percibir del todo este hábito suyo, con el que no se gana muchas simpatías en su entorno. Si fuese posible, tendría a su servicio un espíritu guardián con poderes mágicos que detendría la acción justo cuando Rabih empieza a enfadarse, lo sacaría de su módico hotel y lo llevaría por los aires, por entre las nubes densas de la baja atmósfera, hasta el Inverness de hace veinticinco años, donde por la ventana de una casita él podría atisbar el dormitorio estrecho de una niña que, sentada al escritorio con un pijama de osos, colorea cuadrados en una hoja grande de papel, con precisión metódica, tratando de aferrarse a la cordura, la mente en blanco a causa de una tristeza demasiado abrumadora para reconocerla.

Si Rabih pudiera contemplar ese estoico retrato de Kirsten, la compasión nacería en él de forma natural. Comprendería los motivos enternecedores de su reserva y de inmediato acallaría su propio dolor para ofrecerle un cariñoso consuelo y comprensión.

Pero dado que no hay ningún espíritu esperando entre bambalinas y, por tanto, tampoco ningún relato sensorial y emotivo para arrojar luz sobre el pasado de Kirsten, Rabih solo cuenta con la fría respuesta de ella para sacar algo en claro: un reto que inspira en él la predecible e irresistible tentación de juzgarla y ofenderse.

Muy a menudo actuamos según patrones generados por crisis muy antiguas que, en el plano consciente, tenemos casi olvidadas. Nos comportamos conforme a una lógica antigua que ahora se nos escapa, conforme a un significado que no logramos desvelar como es debido a aquellos de los que más dependemos. Tal vez nos cueste saber en qué período de nuestras vidas estamos en realidad, con quién estamos tratando verdaderamente y qué clase de comportamiento le

debemos por derecho a la persona que tenemos delante. Estar con nosotros puede resultar un tanto complicado.

Rabih no es muy distinto de su mujer. También está siempre interpretando el presente a través de las distorsiones de su pasado y lo mueven impulsos excéntricos y desfasados que no es capaz de explicarse a sí mismo ni a Kirsten.

¿Qué significado encierra, por ejemplo, el montón de ropa con que se topa en el pasillo cuando vuelve un día a casa de la oficina de Edimburgo, ropa que Kirsten tenía pensado llevar a la tintorería pero de la que luego se olvidó, y que le diga que lo hará en algún momento los siguientes días?

Él tiene una respuesta rápida y preponderante: que es el principio del caos que tanto teme, y que Kirsten debe de haberlo hecho adrede para alterarlo y herirlo. Incapaz de seguir la recomendación de su mujer de dejar la ropa ahí hasta el día siguiente, él mismo la lleva —son las siete de la tarde— y luego, a la vuelta, se pasa media hora recogiendo con estrépito el resto del apartamento, dedicando particular esfuerzo a ordenar el cajón de los cubiertos.

El «caos» no es un asunto menor en la mente de Rabih. Su inconsciente traza de inmediato conexiones entre cosas banales que están fuera de lugar en el presente y otras muy importantes que estuvieron fuera de lugar en el pasado, como por ejemplo el armazón devastado del InterContinental Phoenicia Hotel que veía desde su cuarto; la embajada estadounidense bombardeada frente a la que pasaba todas las mañanas; las pintadas asesinas que aparecían periódicamente en el muro de su escuela y el griterío nocturno entre su madre y su padre. Aún hoy ve con absoluta claridad los negros contornos del barco de refugiados chipriota que los sacó por fin de la ciudad a él y a sus padres una noche oscura de enero, y el apartamento que luego supieron que había sido saqueado y que ahora alojaba a una familia de combatientes drusos —su cuarto servía al parecer de almacén de municiones—. Hay buena dosis de historia en su histeria.

En el presente, quizá Rabih viva en uno de los rincones más seguros y tranquilos del planeta, con una esposa que es en esencia buena y está comprometidamente de su lado, pero en su cabeza, Beirut, la guerra y la cara más cruel de la naturaleza humana nunca dejan de ser un peligro justo en el margen de su ángulo de visión, siempre listas para empañar su interpretación del significado de un montón de ropa o del deterioro organizativo del cajón de los cubiertos.

Cuando nuestras mentes se entregan a la transferencia, perdemos la capacidad de otorgar a la gente y las cosas el beneficio de la duda; nos lanzamos rápidos y ansiosos hacia la peor conclusión que dictara en su día el pasado.

Por desgracia, reconocer que tal vez estemos dejándonos llevar por confusiones pasadas para forzar una interpretación de lo que está ocurriendo en el presente es una cura de

humildad, y no poco humillante: ¿acaso no entendemos la diferencia entre nuestra pareja y un padre que nos decepcionó, entre el leve retraso de un marido y el abandono permanente de un padre, entre ropa sucia y una guerra civil?

La repatriación de las emociones se revela como una de las tareas más delicadas y necesarias del amor. Aceptar los peligros de la transferencia equivale a anteponer la comprensión y el apoyo a la irritación y los juicios. Dos personas pueden acabar comprendiendo que no tienen por qué ser siempre los causantes directos de los estallidos repentinos de la ansiedad o la hostilidad del otro, y que, por tanto, no deberían recibirlos cada vez con furia o con orgullo herido. La crispación y la condena pueden dar paso a la compasión.

Para cuando Rabih regresa de su viaje a Inglaterra, Kirsten ha retomado ya algunas de las costumbres que se permitía cuando vivía sola. Se ha bebido una cerveza mientras se daba un baño y ha comido cereales de una taza en la cama. Pero muy pronto, el deseo mutuo y su capacidad de conectar los reafirman. La reconciliación comienza, como ocurre a menudo, con una bromita que pone sobre el tapete el nerviosismo subyacente.

—Perdone que la interrumpa, señora Khan, pero creo que yo antes vivía aquí.

—Imposible. Debe de estar buscando usted el 34A, y este es el 34B, ¿sabe?...

—Yo creo que estábamos casados, ¿se acuerda? Ese es nuestro hijo, Dobbie, el del rincón. Es muy callado. Un poco como su madre.

—Lo siento, Rabih —dice Kirsten, sería de repente—. Me pongo en plan arpía cuando te marchas. Es como si tratara de castigarte por dejarme, lo cual es ridículo, porque solo estás intentando pagar la hipoteca. Perdóname. A veces estoy un poco chalada.

Las palabras de Kirsten actúan como un bálsamo inmediato. Rabih desborda de amor por esa mujer más bien parca y nada presuntuosa. Ese análisis es el mejor regalo de bienvenida que podría haberle hecho y la mayor garantía de la solidez de su amor. Ni él ni ella han de ser perfectos, considera Rabih: solo tienen que darle de vez en cuando al otro alguna señal de que saben que a veces es muy difícil convivir con ellos.

Para tener una buena relación de pareja no hace falta ser permanentemente razonable; lo único que debemos dominar es la capacidad de reconocer en alguna que otra ocasión, y de buen talante, que quizá en un par de aspectos estemos un poco locos.

La culpa universal

Para su tercer aniversario de boda, Rabih sorprende a Kirsten con una escapada de fin de semana a Praga. Se alojan en un hotelito cerca de la catedral de San Cirilio y Metodio, se hacen fotos en el puente de Carlos, hablan de la vida en Edimburgo, de lo rápido que pasan los años y visitan el palacio Sternberg para echar un vistazo a las obras de arte antiguo europeo. Allí, Kirsten se detiene frente a un pequeño retrato de la Virgen y el Niño.

—Qué horror lo que acabó pasándole a su adorable pequeño. ¿Cómo supera uno algo así? — pregunta pensativa.

Qué manera tan tierna tiene Kirsten, piensa Rabih, de analizar hasta las cosas más elementales desde un punto de vista nuevo. El cuadro, para ella, no es un objeto de deferente estudio académico, sino que prefigura la tragedia más dolorosa para un padre, y como tal, se merece una compasión tan intensa e inmediata como la que le dispensaría a alguien cuyo hijo acabase de morir en un accidente de moto en la carretera de Fort William.

Kirsten tiene ganas de visitar el zoo de Praga. Hace mucho que no se acercan a un animal, salvo algún que otro perro o un gato de vez en cuando. Lo primero que les viene a la cabeza es lo raros que parecen todos los internos: el camello, ya para empezar, con ese cuello curvo, esas dos pirámides peludas en el lomo, unas pestañas que parecen cubiertas de rímel y los dientes salidos y amarillentos. En el folleto gratuito leen algunos datos: los camellos pueden pasar diez días en el desierto sin beber; no tienen las jorobas llenas de agua, como la gente cree, sino de grasa; sus pestañas están diseñadas para proteger los ojos en las tormentas de arena, y su hígado y sus riñones extraen hasta la última gota de líquido de la comida que ingieren, de ahí que sus excrementos sean secos y compactos.

Todos los animales son característicos porque han evolucionado para sobrevivir en entornos muy particulares, prosigue el folleto. Por eso la rata saltadora de Madagascar tiene las orejas tan grandes y fuertes patas traseras, y el pez gato de cola roja del Amazonas hace gala de una franja de camuflaje a lo largo del lomo.

—Claro —tercia Kirsten—, pero estas adaptaciones no sirven de mucho cuando tu nuevo hábitat es el zoo de Praga, donde vives en una habitación de hotel de cemento, te dan comida tres veces al día por una trampilla y no hay más diversión que los turistas. Te vuelves gordo y

picajoso, como el pobrecito orangután, melancólico; él está diseñado para vivir en los bosques de Borneo, pero aquí no lo lleva muy bien.

—A lo mejor los humanos no son muy distintos —añade Rabih, algo molesto porque un homínido reciba tanta compasión por parte de su mujer—. Nosotros también arrastramos impulsos que debían de tener su lógica cuando los desarrollamos en las llanuras africanas pero que ahora no nos causan más que problemas.

—¿Qué clase de impulsos?

—Estar súper alerta a los ruidos por la noche, algo que ahora nos impide dormir cuando salta la alarma de un coche. O que estemos programados para comer dulce, que solo sirve para que engordemos, con tantas tentaciones como hay. O que no podamos evitar mirar las piernas de las desconocidas por las calles de Praga, cosa que enfada y duele a nuestras parejas...

—¡Señor Khan! Mira que utilizar a Darwin para darme pena por no tener siete esposas y comerte otro helado...

Ya es tarde cuando aterrizan por fin el domingo noche, exhaustos, en el aeropuerto de Edimburgo. La bolsa de Kirsten es la segunda que sale por la cinta. Rabih no tiene la misma suerte, así que mientras esperan se sientan en un banco junto a un puesto de bocadillos con la persiana bajada. Hace un calor inusual para la época del año, y Kirsten se pregunta ociosamente qué tiempo hará mañana. Rabih saca su teléfono y lo comprueba. Máximas de 17° y sol todo el día: sorprendente. Justo en ese momento divisa su bolsa en la cinta, va a recogerla y la carga en el carrito. Suben en el bus que va al centro poco antes de medianoche. A su alrededor, pasajeros tan agotados como ellos se sumergen en sus pensamientos o echan una cabezada. De pronto, Rabih recuerda que tiene que enviar un mensaje a un colega. Mete la mano en el bolsillo derecho de la chaqueta en busca del teléfono, luego en el izquierdo, después se incorpora un poco en el asiento para buscar en los bolsillos de los pantalones.

—¿Tienes tú mi teléfono? —le pregunta nervioso a Kirsten, que está dormida y se despierta con un sobresalto.

—Claro que no, cariño. ¿Por qué iba a coger tu teléfono?

Pasa con dificultad al otro lado de Kirsten y estira el brazo hacia el portamaletas superior, baja su bolsa y rebusca en el bolsillo de fuera. La desgraciada realidad se hace poco a poco evidente: el teléfono ha desaparecido y, con él, su sistema de comunicación con el mundo.

—Han debido de robártelo mientras recogíamos el equipaje —comenta Kirsten—. O a lo mejor te lo has olvidado. ¡Pobre! Podemos llamar al aeropuerto mañana a primera hora a ver si alguien lo ha encontrado. Pero de todas formas el seguro lo cubrirá. Ya es bastante increíble que no nos haya pasado antes a ninguno de los dos.

Pero para Rabih esto no tiene nada de increíble.

—Puedes coger el mío si quieres mirar algo —añade Kirsten animadamente.

Rabih está furioso. Ahora empezará toda una pesadilla administrativa. Una sucesión de teleoperadores que lo hará esperar durante horas, y luego tendrá que desenterrar papeles y rellenar formularios. Sin embargo, curiosamente, su rabia no va dirigida solo a la pérdida del teléfono; una parte parece haber encontrado también el camino hasta su mujer. A fin de cuentas, fue ella la que mencionó el tiempo, lo que llevó a Rabih a echar un vistazo a las previsiones, sin lo cual su teléfono tal vez seguiría a salvo en sus manos. Además, la actitud tranquila y comprensiva de Kirsten no hace más que recalcar lo campante que está y afortunada que es en comparación. Mientras el autobús se dirige a Waverley Bridge, una importante pieza de lógica encaja de pronto para Rabih: de algún modo, todo el dolor, la molestia y el engorro, todo sin excepción, es culpa de Kirsten. Ella es la culpable, hasta del dolor de cabeza que se cierra ahora como un torno en sus sienes. Le da la espalda y farfulla: «Ya sabía yo que no tendríamos que haber hecho este viaje disparatado e inútil», que es una forma triste y algo injusta de resumir la celebración de un aniversario importante.

No todo el mundo entenderá, o empatizará, con la relación que acaba de establecer Rabih. Kirsten jamás se ha postulado al puesto de guardiana del teléfono móvil de su marido y no es ni mucho menos la responsable de todos y cada uno de los aspectos de la vida de este primate hecho y derecho. Pero para Rabih de alguna manera todo encaja. No por primera vez, todo resulta ser, de algún modo, cosa de ella.

La más insustancial, irracional, inmadura, lamentable y no obstante frecuente de todas las presunciones en relación con el amor es que la persona con que nos hemos comprometido no solo es el centro de nuestra existencia emocional, sino también, en consecuencia, aun cuando de un modo muy extraño, muy injusto y objetivamente loco, responsable de cuanto nos ocurre, para bien o para mal. En eso reside el enfermizo y peculiar privilegio del amor.

A lo largo de los años, ha sido también «culpa» de Kirsten que Rabih se resbale en la nieve, que pierda las llaves, que el tren de Glasgow se estropee, que le pongan una multa por exceso de velocidad, que le pique la etiqueta de la camisa nueva, que el desagüe de la lavadora no funcione como es debido, que no esté ejerciendo la arquitectura al nivel que había soñado, que los vecinos nuevos pongan la música alta por las noches y que ellos ya casi nunca se diviertan demasiado. Y cabría destacar que la lista de la propia Kirsten no es, en esta misma categoría, ni más corta ni más razonable: es culpa de Rabih que ya no vea bastante a su madre, que siempre se le hagan carreras en las medias, que su amiga Gina nunca se ponga en contacto con ella, que esté cansada a todas horas, que haya desaparecido el cortaúñas y que ya casi nunca se diviertan demasiado...

El mundo nos disgusta, nos decepciona, nos frustra y nos hiere de incontables maneras a cada

paso. Nos demora, rechaza nuestros empeños creativos, no nos tiene en cuenta para un ascenso, recompensa a gente idiota y aplasta nuestras ambiciones en sus confines más inhóspitos y despiadados. Y casi sin excepción, no podemos quejarnos de nada de ello. Es demasiado complicado dilucidar quién puede tener la culpa realmente y demasiado peligroso lamentarse incluso cuando lo sabemos con seguridad, no sea que nos despidan o que se rían de nosotros.

Solo hay una persona a quien podamos enseñar nuestro catálogo de agravios, una sola persona que pueda ser la depositaria de toda nuestra rabia acumulada por las injusticias y las imperfecciones de nuestras vidas. Por descontado, es el súmmum del absurdo culparla a ella. Pero hay que entender las reglas que rigen el amor. Como no podemos gritar a las fuerzas verdaderamente responsables, nos enfadamos con los que sabemos que tolerarán mejor que los culpemos. La tomamos con las personas más amables, comprensivas y leales que tenemos cerca, esas que es más difícil que nos hayan hecho daño, pero más fácil que permanezcan con nosotros mientras nos desfogamos sin piedad con ellas.

Las acusaciones que lanzamos a nuestros seres queridos no tienen mucho sentido. No le diríamos cosas tan injustas a ninguna otra persona sobre la faz de la tierra. Pero nuestras descabelladas imputaciones son una particular prueba de intimidad y confianza, un síntoma de amor en sí y, a su manera, una retorcida manifestación de compromiso. Mientras que a cualquier desconocido podemos decirle algo sensato y cortés, solo en presencia de esa persona en quien creemos a pies juntillas es cuando nos atrevemos a mostrarnos extravagantes e infinitamente irracionales.

Pocas semanas después del viaje a Praga, aparece un problema nuevo y mucho más importante. El jefe de Rabih, Ewen, convoca una reunión del equipo. Después de ocho meses pasables, el flujo de trabajo está cortándose de nuevo, les confía. No todos los empleados de la empresa podrán seguir a bordo, a no ser que aparezca pronto algún proyecto alucinante. Al terminar, en el pasillo, Ewen se lleva a Rabih a un aparte.

—Espero que lo entiendas —le dice—. No sería nada personal. ¡Eres un buen hombre, Rabih!

«La gente que está pensando en largarte debería tener la decencia y el coraje de no querer encima caerte bien», se dice Rabih.

La amenaza del desempleo lo sume en la pesadumbre y la ansiedad. Sabe que sería un infierno tratar de encontrar otro trabajo en la ciudad. Seguramente tendría que mudarse, y entonces ¿qué haría Kirsten? Rabih amenaza con fallar en sus responsabilidades más básicas como marido. Menuda locura pensar, tantos años atrás, que podría labrarse una carrera que combinara estabilidad económica y realización creativa. Una mezcla de infantilismo y presunción, como señalaba siempre su padre.

Hoy el camino a pie de vuelta a casa lo lleva a pasarse por la catedral católica romana de Santa

María. Nunca ha entrado —la fachada siempre le ha parecido góticamente lúgubre e inhóspita— pero ahora, perturbado y presa del pánico, decide echar un vistazo, y termina en un nicho junto a la nave central, frente a un cuadro enorme de la Virgen María, que lo mira desde arriba con unos ojos llenos de lástima y bondad. Algo en su expresión compasiva le llega dentro, como si supiera alguna cosa de Ewen Frank y de la escasez de trabajo y quisiera asegurarle que seguía teniendo fe en él. Rabih nota cómo le brotan las lágrimas ante el contraste entre los desafíos de su vida adulta y la bondad y ternura en la expresión de la mujer. Ella parece entender sin condenar. Se sorprende cuando echa un vistazo a su reloj y ve que ha pasado un cuarto de hora. Tiene un punto de locura, reconoce, que un ateo de familia musulmana como él se encuentre en una capilla a la luz de las velas plantado a los pies de un retrato de una deidad foránea a quien quiere ofrecerle sus lágrimas y su confusión. Pero le quedan pocas alternativas, pues no hay mucha gente que siga creyendo en él. El peso principal de la responsabilidad ha recaído en su mujer, y eso es pedirle mucho a una mortal común y sin canonizar.

En casa, Kirsten ha preparado para cenar una ensalada de calabacín, feta y albahaca siguiendo una receta de Rabih. Quiere saber todos los detalles sobre la crisis de trabajo. ¿Cuándo les explicó eso Ewen? ¿Con qué palabras? ¿Cómo reaccionaron los demás? ¿Habrá otra reunión pronto? Rabih empieza a responder, pero luego explota.

—¿Por qué te importan los detalles secundarios? Es lo que es y punto: un desastre.

Tira la servilleta y empieza a ir de un lado a otro.

Kirsten quiere un informe con pelos y señales porque esa es su manera de lidiar con la ansiedad: se aferra a los hechos, los ordena. No desea mostrar a las claras lo preocupada que está. Su estilo es ser reservada y concentrarse en la parte administrativa. Rabih tiene ganas de gritar o romper algo. Mira a su bella y gentil mujer, para la que se ha convertido en una carga constante. Al menos ocho veces al año tienen escenas como esta: ocurre un desastre ahí fuera en el mundo y Rabih lo baja a tierra y lo coloca ante Kirsten hecho un farrago.

Ella se acerca hasta él, junto a la chimenea, coge su mano entre las suyas y le dice, con afecto y sinceridad: «Todo irá bien», algo que ambos saben que no es cierto.

Depositamos tales exigencias en nuestras parejas, y nos volvemos tan poco razonables en lo que respecta a ellas, porque tenemos fe en que alguien que comprende nuestro lado oculto, cuya presencia resuelve tantas de nuestras tribulaciones, debe de ser capaz también de resolver cuanto ocurra en nuestras vidas. Exageramos el poder del otro como extraño homenaje al asombro de un niño pequeño frente a las habilidades aparentemente milagrosas de sus padres, un asombro que seguimos recordando de adultos décadas después.

Al Rabih de seis años, su madre le parecía casi una divinidad: encontraba su osito de peluche

cuando se perdía, se aseguraba de que hubiera siempre en la nevera su leche con cacao favorita, tenía ropa limpia para él cada mañana, se tumbaba en la cama a su lado y le explicaba por qué había estado gritando su padre, sabía cómo hacer que la Tierra se aguantara inclinada en el eje correcto...

Tanto Rabih como Kirsten han aprendido a calmar a esos niños nerviosos que sus parejas adultas llevan en su interior. Por eso se aman. Pero por el camino, y sin percatarse, han heredado algo de esa confianza peligrosa, injusta, hermosamente ingenua que los niños pequeños depositan en sus padres. Una parte primitiva del Rabih y la Kirsten adultos insiste en que la persona amada debe ejercer sobre el mundo un control mucho mayor del que es factible para cualquier ser humano en una relación adulta, y eso es la causa de tanta rabia y frustración cuando a pesar de todo surgen problemas.

—Si hubiese algo en mi mano, lo haría —le dice ella abrazándolo, y Rabih la mira con tristeza y afecto, asumiendo como por primera vez la soledad esencial a que se enfrenta, por completo inmune al amor. No está enfadado con Kirsten; está aterrado y destrozado por los acontecimientos. Entiende que para ser un marido mejor tendrá que aprender a no depositar tanta de esa confianza equivocada y destructiva en la mujer a la que ama. Deberá prepararse bien para estar, en lo importante, totalmente solo.

Enseñar y aprender

Rabih conserva su puesto trabajo, aunque no puede contar con una seguridad propiamente dicha. La mayoría de sus amigos y de los amigos de Kirsten se casan y empiezan a tener hijos, y su vida social se concentra todavía más en torno a otras parejas. Se ven más o menos con seis regularmente y en rotación, por lo general en casa de unos u otros, para cenar o comer —con niños— durante el fin de semana.

Entre ellos reina el cariño y la camaradería, pero también subyace una buena dosis de competencia y alardeos. Con frecuencia, aluden de forma agresiva a trabajos, vacaciones, planes de reforma para sus casas y los primeros logros de sus hijos.

Rabih adopta una actitud inmutable y desafiante ante los codazos y ese recuento constante de puntos. Sí que le reconoce con franqueza a Kirsten que no son la pareja con el nivel de vida más alto, pero enseguida añade que eso no tiene la menor importancia: deberían estar contentos con lo que han conseguido. No viven en un pueblecito chismoso; pueden hacer las cosas a su manera.

Es casi la una de la mañana de un sábado y están en la cocina, recogiendo los platos, cuando Kirsten le comenta que, mientras comían el pudín, ha sabido que Clare y su marido, Christopher, van a alquilar una casa en Grecia para todo el verano: un chalet con piscina y un jardín con una especie de olivar privado. Ella pasará allí todo el tiempo, y él irá yendo y viniendo. Por lo visto es una maravilla, dice, pero debe de costar una maldita fortuna; algo inimaginable, vaya. Es alucinante lo que llega a ganar un cirujano hoy en día.

A Rabih el comentario le molesta. ¿Qué más le dará a su mujer? ¿Por qué parece que sus propias vacaciones —una casita de campo en las Hébridas Occidentales— no basten? ¿Cómo se van a permitir ellos nada que se acerque remotamente al precio de alquilar un chalet con el sueldo que cobran? Este no es el primer comentario de este estilo que hace Kirsten. Hace más o menos una semana dijo algo de un abrigo nuevo al que había tenido que renunciar de mala gana, luego relató llena de admiración el fin de semana en Roma al que James había invitado a Mairi y, ayer mismo, hizo un informe alucinado sobre dos amigos que iban a mandar a sus hijos a un colegio privado.

A Rabih le encantaría que dejara ya de comparar. Quiere que se sienta orgullosa de ella, sin importar cual sea su puesto en una absurda jerarquía, y que aprecie toda la riqueza inmaterial de

su vida en común. Quiere que valore lo que posee en lugar de ansiar lo que no. Pero como es bien pasada la medianoche y ese es un tema que lo enciende y, al respecto ya tiene bastante con sus propias preocupaciones, la invitación le sale de una forma menos sutil y menos persuasiva de lo que habría deseado.

—Bueno, cariño, siento no ser un cirujano derrochón y no tener un chalet. —Oye su tono sarcástico, sabe de inmediato el efecto que tendrá, pero no puede evitarlo—: Es una lástima que tengas que vivir aquí en la chabola los dos juntos.

—¿Por qué la tomas conmigo? Y a estas horas, además —replica Kirsten—. Solo decía que se van de vacaciones, capullo, y de repente, de la nada, en plena noche, te pones a atacarme, como si estuvieras esperando para saltarme encima. Recuerdo una época en que no eras siempre tan crítico con todo lo que decía.

—No soy crítico. Solo me preocupo por ti.

El concepto mismo de intentar «enseñar» cosas a nuestra pareja resulta paternalista, incongruente y siniestro. Si de verdad amásemos a alguien, no habría lugar a querer cambiarlo. El romanticismo es muy claro en este sentido: el amor verdadero debe implicar la aceptación de nuestra pareja en todo su ser. Es este compromiso fundamental con la benevolencia lo que hace que los primeros meses de amor sean tan tiernos. En la nueva relación, nuestras vulnerabilidades son tratadas con generosidad. Nuestra timidez, torpeza y confusión inspiran cariño —como cuando éramos pequeños—, en lugar de sarcasmos o quejas; nuestras facetas más complicadas se interpretan a través del único prisma de la compasión.

De estos momentos surge una hermosa convicción, si bien exigente e incluso insensata: que amarnos como es debido equivale a respaldarnos siempre en todo lo que somos.

El matrimonio proporciona a Rabih y a Kirsten la oportunidad de estudiar la personalidad del otro con un nivel excepcional de detalle. Nadie en su vida adulta ha tenido nunca tanto tiempo para examinar su comportamiento en un hábitat tan restringido y bajo la influencia de condiciones tan variables y desafiantes: a altas horas de la noche y aturridos de buena mañana, desanimados y asustados por el trabajo, decepcionados con los amigos, enfadados porque no encuentran un cacharro en la cocina.

A su entender, cada uno aporta ambición al potencial del otro. Perciben en ciertos terrenos una ausencia de cualidades importantes que creen que podrían desarrollarse tan solo con señalarlas. Saben mejor que nadie lo que está mal y cómo podría cambiarse. Su relación está marcada, secreta pero recíprocamente, por un proyecto de mejora.

En contra de lo que pueda parecer, después de la cena Rabih está tratando sinceramente de

provocar una evolución en la personalidad de la mujer a la que ama. Pero la técnica escogida es muy peculiar: la llama materialista, le grita y, más tarde, pega un par de portazos.

—Parece que solo te importe lo que ganan nuestros amigos y lo poco que ganamos nosotros —le suelta con amargura a Kirsten, que ahora está lavándose los dientes—. Cualquiera que te oiga diría que vives en una cueva y que te vistes con pieles de animales. No quiero que sigas preocupándote así por el dinero. Es exasperante lo materialista que te has vuelto.

Rabih imparte su «lección» de un modo tan frenético —los portazos son realmente violentos— no tanto porque sea un monstruo —aunque no sería de extrañar que un testigo imparcial hubiese llegado, a estas alturas, a tal conclusión—, sino porque se siente al mismo tiempo aterrado e inepto: aterrado, porque su esposa, la mejor amiga que tiene en el mundo, parece incapaz de comprender una cuestión clave en torno al dinero y a la relación de este con la plenitud personal; inepto, porque es incapaz de darle eso que ahora tanto parece desear ella —con justicia, cree él en el fondo de su corazón.

Necesita desesperadamente que su esposa vea las cosas desde su punto de vista y, sin embargo, ha perdido toda habilidad para ayudarla a hacerlo.

Cuando damos clase a estudiantes, sabemos que solo una paciencia y un cuidado extremos dan resultado: nunca debemos alzar la voz, tenemos que emplear un tacto excepcional, dejar un amplio margen de tiempo para que se asimile cada lección y asegurarnos de hacer al menos diez cumplidos por cada comentario negativo que dejemos caer delicadamente. Por encima de todo, no debemos perder la calma.

Y sin embargo, la mejor garantía de calma para un profesor es la de relativa indiferencia por el éxito o el fracaso de sus lecciones. Un profesor sereno quiere, como es natural, que las cosas vayan bien, pero si un alumno obstinado suspende, pongamos, trigonometría, esto es —en esencia— problema del alumno. Los ánimos se mantienen a raya porque ningún alumno ejerce gran poder sobre la vida de sus profesores: no controlan su integridad y no son los elementos principales de su satisfacción. La capacidad de no preocuparse demasiado es un aspecto decisivo para una pedagogía serena y exitosa.

Pero calma es justo lo que falta en el aula del amor. Hay, sencillamente, demasiadas cosas en juego. El «alumno» no es solo una responsabilidad pasajera, sino un compromiso de por vida. Un fracaso puede arruinar nuestra existencia. No es de extrañar que tendamos a perder los papeles y a soltar discursos deshilvanados y apresurados, lo que implica una falta de fe en la legitimidad o incluso en la nobleza del acto de aconsejar.

Y no es de extrañar tampoco que acabemos alcanzado el objetivo totalmente contrario, porque unos altos niveles de humillación, ira y amenazas rara vez han potenciado el desarrollo de nadie. Pocos nos hemos vuelto más razonables o hemos logrado comprender mejor nuestro

carácter después de que le bajen los humos a nuestra autoestima, hieran nuestro orgullo y sometan nuestro ego a una sucesión de insultos afilados. Lo único que hacemos es ponernos a la defensiva y crisparnos frente a sugerencias que parecen ataques malintencionados y absurdos contra nuestra naturaleza, y no tentativas cariñosas de abordar aspectos problemáticos de nuestra personalidad.

Si Rabih hubiese aprendido unos hábitos de enseñanza mejores, la lección se habría desarrollado de manera muy distinta. Para empezar, se habría asegurado de que ambos fuesen directos a la cama y estuvieran bien descansados antes de acometer nada. La mañana siguiente, podría haber propuesto que diesen un paseo, puede que por el parque del Rey Jorge V, después de comprar un café y algún bollo para tomarse en un banco. Mientras contemplaran los altos robles, habría felicitado a Kirsten por la cena y por otro par de cosas, también: puede que por su habilidad lidiando con la política en la oficina o por su amabilidad cuando ayer llevó ese paquete a Correos por él. Y luego, en lugar de acusarla, se habría incluido a sí mismo en el comportamiento en que deseaba centrarse: «Teckle, me ponen tan celoso algunas personas que conocemos... —habría comenzado—. Si no me hubiese dedicado a la arquitectura, podríamos haber tenido un chalet de verano, lo que me habría encantado por muchos motivos. Soy el primero que adora el sol y el Mediterráneo. Sueño con suelos frescos de piedra caliza y con el olor a jazmín y a tomillo en el jardín. Siento mucho habernos fallado a ambos. —Y luego, como un médico engatusando a su paciente antes de clavarle la aguja—: Lo que quiero decir también, sin embargo, y creo que es una lección para los dos, es que somos muy afortunados en muchísimos otros aspectos que deberíamos intentar al menos no olvidar. Somos afortunados de tenernos el uno al otro, de disfrutar de nuestros trabajos en los días buenos y de saber cómo divertirnos en nuestras vacaciones pasadas por agua en las Hébridas Occidentales, en la casita de un granjero, que huele un poco a mierda de oveja. Por mi parte, mientras esté contigo, la verdad es que sería feliz viviendo en este banco».

Pero no es solo que Rabih sea un profesor desastroso; Kirsten tampoco es que sea una alumna aventajada. Durante toda su relación, los dos fracasan de manera estrepitosa en ambas tareas, enseñar y aprender. Al primer indicio de que uno está adoptando un tono pedagógico, el otro da por hecho que está atacándolo, lo que a su vez lo lleva a negarse a toda instrucción y a responder con sarcasmo y agresividad a las sugerencias, lo que genera más irritación y cansancio en la mente de la frágil parte «instructora».

—Rabih, nadie en toda mi vida me había dicho nunca que yo fuese «materialista» —responde Kirsten (en la cama, todavía más cansada), sumamente ofendida por la insinuación de que se fija y envidia los estilos de vida de sus amigos—. De hecho, el otro día mismo, al teléfono, mi madre comentaba que nunca ha conocido a nadie más modesto y cuidadoso con el dinero que yo.

—Pero eso es distinto, Teckle. Los dos sabemos que solo lo dice porque te quiere y no es

posible que hagas nada mal a sus ojos.

—¡Lo dices como si fuera algo malo! ¿Y cómo que no estás tú igual de ciego si tanto me quieres?

—Porque yo te quiero de una manera distinta.

—¿Qué manera es esa?

—Una manera que me hace querer ayudarte a afrontar ciertas cuestiones.

—¡Una manera que significa que vas a ser desagradable!

Rabih sabe que sus intenciones han patinado de forma catastrófica.

—Yo te quiero de verdad. Te quiero muchísimo —le dice.

—¿Me amas tanto que siempre estás queriendo cambiarme? Rabih, me gustaría entenderlo...

Las lecciones severas provocan que los alumnos se escuden en la reconfortante idea de que su instructor es un simple loco, o un impertinente, y que en consecuencia ellos, por lógica, deben mantenerse al margen de las críticas. Al escuchar un veredicto desmesuradamente extremo podemos pensar, lo cual nos sirve de consuelo, que nuestra pareja no puede ser tan despiadada y al mismo tiempo tener una pequeña dosis de razón.

Llevados por el sentimentalismo, comparamos la negatividad conyugal con el tono alentador de nuestros amigos y familiares, en los que nunca hemos depositado un conjunto de exigencias ni remotamente comparable.

Hay otras formas de acercarse al amor. Sobre la relación entre el amor y la enseñanza, los antiguos filósofos griegos adoptaron un práctico e impopular enfoque. En su opinión, el amor era por encima de todo un sentimiento de admiración por los mejores aspectos de otro ser humano. Era la emoción de encontrarse de frente con características virtuosas.

Cuanto más profundo era el amor, mayor era el deseo de enseñar y a su vez de que nos enseñaran maneras de ser más virtuosos: cómo ser menos irascibles o menos crueles, más curiosos o más valientes. Si uno amaba de verdad, no podía nunca contentarse con aceptar al otro tal cual: eso constituiría una traición perezosa y cobarde al propósito completo de las relaciones. Siempre había algo que mejorar en nosotros o sobre lo que instruir a los demás.

Desde esta antigua perspectiva griega, si los amantes señalan algo tal vez desafortunado o incómodo en la personalidad del otro, no deberíamos considerar que han renunciado al espíritu del amor. Habría que felicitarlos por intentar hacer algo muy fiel a la esencia del amor: ayudar a su pareja a alcanzar una versión mejorada de sí misma.

En un mundo más evolucionado, uno en el que estuviera más presente el ideal griego del amor, tal vez sabríamos ser un poco menos torpes; no estaríamos tan asustados y agresivos cuando queremos señalar algo, y no reaccionaríamos de un modo tan combativo y susceptible cuando nos lo señalan. El concepto de la didáctica en el seno de una relación perdería así

parte de sus connotaciones innecesariamente inquietantes y negativas. Aceptaríamos que, en manos responsables, ambos proyectos —el de enseñar y el de que nos enseñen, el de señalar los defectos del otro y el de permitir que nos critiquen— podrían ser, al fin y al cabo, fieles al verdadero propósito del amor.

Rabih nunca logra controlarse lo suficiente como para transmitir esta idea. Necesitarán mucho tiempo, muchos más años de intentarlo, para dominar como es debido el arte de enseñar y aprender.

Pero, mientras tanto, la crítica de Rabih sobre el materialismo de su mujer se ve atenuada por una trascendente lección de humildad. Cuando llevan cinco años casados, en un momento altamente propicio del mercado inmobiliario, Kirsten consigue vender su piso, firmar una nueva hipoteca y adquirir, a un precio muy ventajoso, una casa cómoda y luminosa a solo unas calles de distancia, en Newbattle Terrace. La maniobra saca a relucir sus dotes de negociadora financiera. Rabih la observa, levantada hasta tarde comparando hipotecas, y temprano por la mañana, hablando implacable al teléfono con agentes inmobiliarios, y llega a la conclusión de que tiene una suerte increíble por estar casado con una mujer a todas luces tan hábil gestionando el dinero.

Y entretanto se da cuenta de algo más. Puede que Kirsten tenga una faceta que la hace estar muy pendiente de los progresos de los demás en términos económicos y que aspira a cierto nivel de bienestar material. Esto podría considerarse una debilidad, pero en cuanto tal —y Rabih ni siquiera está seguro de que lo sea— está íntimamente ligada a una fortaleza. El precio que debe pagar Rabih por confiar en el talento financiero de su esposa es el de soportar ciertos inconvenientes aparejados. Las mismas virtudes que hacen de ella una negociadora y una gestora económica estupenda la convierten también a veces —en particular cuando se preocupa por la carrera de él— en una compañía exasperante y enojosa a la hora de valorar los logros de los demás. En ambas situaciones, aparece el mismo apego a la seguridad, la misma reticencia a pasar por alto los criterios materiales del éxito y el mismo interés inteligente por lo que cuestan las cosas. De esas cualidades idénticas surgen contratos inmobiliarios asombrosos y también inseguridades respecto a su estatus. Cuando, alguna vez, le inquieta la riqueza relativa de sus amigos, Kirsten —Rabih lo comprende ahora— no hace sino mostrar el punto débil de sus puntos fuertes.

En adelante, cuando se hayan mudado a su nueva casa, Rabih va a procurar no perder nunca de vista esos puntos fuertes, incluso en los momentos en que las debilidades a las que pueden dar lugar se hagan particularmente visibles.

Los hijos

Lecciones de amor

Como siempre habían imaginado que algún día tendrían hijos, deciden, tras cuatro años de casados, dejar de tomar precauciones. Siete meses después, reciben la noticia junto al lavamanos, en forma de una tenue línea azulada en un ojo de buey de fondo algodónado de un palito de plástico: no parece un medio muy apropiado para anunciar la llegada de un nuevo miembro de la raza humana, un ser que tal vez siga rondando por aquí dentro de noventa años y que algún día se referirá a esas dos personas, que en estos momentos están en ropa interior, con el sobrenombre, todavía inconcebible, de «mis padres».

En los largos meses de calma antes de la tempestad se preguntan qué deberían estar haciendo en verdad. Familiarizados con las dificultades de sus propias vidas, ven en esta situación una oportunidad de hacer las cosas bien desde el principio, comenzando por los detalles. Un suplemento dominical recomienda comer más patatas rellenas y pasas, arenques y aceite de nuez, a los que Kirsten se entrega con celo como una forma de conjurar parte de su terror ante la falta de control sobre lo que ocurre dentro de ella. Mientras está en una reunión, o en el autobús, en una fiesta o haciendo la colada, sabe que a solo unos milímetros de su ombligo, hay válvulas formándose y neuronas enlazándose, que el ADN está determinando la forma de la barbilla, dónde irán colocados los ojos y qué rasgos de sus ancestros conformarán los filamentos de una personalidad. No es de extrañar que se acueste temprano. Nunca en su vida se había preocupado tanto por algo.

Rabih coloca a menudo la mano sobre la barriga de su mujer en un gesto protector. Lo que ocurre dentro de ella es mucho más inteligente que ellos dos. Juntos saben hacer presupuestos, calcular previsiones de tráfico, diseñar plantas de edificios; lo que hay ahí dentro sabe construirse un cráneo y un corazón que funcionará casi un siglo sin descansar ni un solo latido.

En la recta final, envidian al alien esos últimos momentos de comprensión y unidad completas. Imaginan que, más adelante, tal vez en un hotel en el extranjero, tras un largo vuelo, intentará sofocar el ruido del aire acondicionado y mitigar la desorientación del *jet lag* acurrucándose en su posición fetal original, en busca de la paz primigenia de aquel lejano piélago materno.

Cuando al fin aparece después de un suplicio de siete horas, la llaman Esther, como una de sus bisabuelas maternas, y Katrin, igual que la madre de Rabih. No pueden dejar de mirarla. Es

perfecta en todos los aspectos, la criatura más hermosa que han visto nunca. Los mira fijamente con unos ojos enormes que parecen contener una sabiduría infinita, como si hubiera pasado una vida anterior absorbiendo toda la que había en el mundo. Esa frente amplia, esos dedos delicadamente torneados y esos pies tan suaves como párpados cumplirán más adelante, en las interminables noches sin dormir, la función no poco importante de templar los nervios cuando los llantos amenacen con poner a prueba la cordura parental.

De inmediato comienzan a inquietarse con el mundo al que la han traído. Las paredes del hospital son de un verde repulsivo; una enfermera la coge con tosquedad y un médico le mete una espátula inquisitiva; en los pabellones contiguos se oyen gritos y golpes; tan pronto está demasiado caliente como demasiado fría... Y con el agotamiento y el caos de las primeras horas, no parece que le quede mucho por hacer más que llorar sin consuelo. Los llantos se clavan en los corazones de sus desesperados cuidadores, que no hallan ningún diccionario con el que traducir las órdenes furibundas de la niña. Unas manos enormes le acarician la cabeza y las voces no dejan de murmurar cosas que carecen de sentido para ella. Las lámparas del techo emiten una luz blanca e implacable que sus párpados finos como papel aún no pueden resistir. La tarea de engancharse al pezón es como tratar de aferrarse a una boya para salvar la vida en medio de una tempestad en el océano. Está, por decirlo suavemente, un poco de mal humor. Tras una lucha titánica, acaba por dormirse a las puertas de su antiguo hogar, desconsolada por haberse quedado sin llaves, pero reconfortada de algún modo por el movimiento oscilante de esa respiración familiar.

Nunca antes alguien les había importado de un modo tan intenso y absoluto. Su llegada transforma lo que entienden por amor. Ahora se dan cuenta de que hasta ese momento apenas comprendían lo que podía estar en juego.

La madurez consiste en tomar conciencia de que el amor romántico quizá constituya solo un aspecto, reducido y tal vez algo mezquino, de la vida emocional; uno aspecto centrado sobre todo en la buscar el amor y no en darlo, en ser amado y no en amar.

Los niños pueden acabar siendo los maestros inesperados de personas que tienen varias veces sus años y a quienes ofrecen —por medio de su egoísmo, vulnerabilidad y dependencia total— un curso avanzado sobre un tipo completamente nuevo de amor, en que la reciprocidad jamás se exige celosamente ni se lamenta con fastidio y en que el auténtico objetivo es trascendernos a nosotros mismos por el bien de otro.

La mañana después del parto, la enfermera da el alta a la nueva familia sin proporcionar guía ni recomendación alguna, salvo por un folleto sobre los cólicos y otro sobre vacunas. Cualquier electrodoméstico viene con instrucciones más detalladas que un bebé, pues la sociedad mantiene

la tierna creencia de que, al cabo, no es mucho lo que una generación puede explicarle a otra sobre la vida de forma razonable.

Los niños nos enseñan que el amor es, en su forma más pura, una especie de servicio. La palabra ha ido cargándose de connotaciones negativas. A una cultura individualista y autogratificante no le resulta sencillo equiparar satisfacción con estar a disposición de otro. Estamos acostumbrados a amar a los demás a cambio de lo que puedan hacer por nosotros, por su capacidad de entretenernos, encandilarnos o calmarnos. Sin embargo, un bebé no sabe hacer absolutamente nada. Como concluyen a veces los niños algo mayores, con gran desconcierto, los bebés «no sirven de nada»: y eso es justamente para lo que sirven. Nos enseñan a dar sin esperar nada a cambio, solo porque necesitan ayuda con desesperación y nosotros estamos en situación de proveérsela. Nos inician en un amor basado, no en la admiración hacia la fuerza, sino en la compasión frente a la debilidad, una vulnerabilidad común a todo miembro de la especie y que tuvimos y algún día volveremos a tener. Como siempre resulta tentador dar importancia excesiva a la autonomía y la independencia, estas criaturas desvalidas están aquí para recordarnos que, en último término, no hay nadie «hecho a sí mismo»: todos le debemos muchísimo a alguien. Comprendemos que la vida depende —de manera bastante literal— de la capacidad de amar.

Y descubrimos también que servir a otro no es humillante, sino más bien al contrario, pues nos libera de la responsabilidad tediosa de estar siempre atendiendo a nuestra propia, retorcida e insaciable naturaleza. Descubrimos el alivio y el privilegio de que se nos conceda algo más importante por lo que vivir que nosotros mismos.

Le limpian el culito, una y otra vez, preguntándose cómo antes no habían comprendido claramente que esto es lo que tiene que hacer un humano por otro. Le calientan biberones en plena noche; los embarga una sensación de alivio cuando duerme más de una hora seguida; se preocupan, y discuten, sobre el horario de sus eructos. Todo esto Esther lo olvidará, y sus padres no sabrán o no querrán transmitírselo. Recibirán su gratitud solo de forma indirecta, sabiendo que algún día ella experimentará una sensación de bienestar interior lo bastante grande para querer hacer lo mismo por otra persona.

Su absoluta incompetencia es formidable. Todo ha de aprenderlo: cómo aferrar con los dedos un vaso, cómo tragar un trozo de plátano, cómo desplazar la mano por la alfombra para agarrar una llave. Nada sale a la primera. Una mañana de trabajo puede consistir en apilar bloques y hacerlos caer, golpear un tenedor contra la mesa, tirar piedras a un charco, sacar del estante un libro sobre la arquitectura de los templos hindúes, ver a qué sabe el dedo de mamá. Todo es asombroso. Una vez.

Ni Kirsten ni Rabih habían experimentado nunca semejante mezcla de amor y aburrimiento. Están acostumbrados a basar sus amistades en unos caracteres y unos intereses comunes. Pero Esther, para su confusión, es al mismo tiempo la persona más aburrida que han conocido y a la que más quieren. Pocas veces el amor y la compatibilidad psicológica han ido cada uno más por su lado... Y sin embargo, no importa en absoluto. Puede que tanta insistencia en tener «algo en común» con los demás sea exagerada: Rabih y Kirsten saben ahora lo poco que se necesita en realidad para formar un vínculo con otro ser humano. Cualquiera que nos necesite con urgencia merece, en el auténtico manual del amor, ser nuestro amigo.

La literatura rara vez se ha demorado mucho en el cuarto de los juegos y en el dormitorio de los niños, y puede que sea por una buena razón. En las novelas antiguas, las nodrizas se llevaban a los bebés en volandas para que la acción pudiese continuar. En el salón de Newbattle Terrace, durante meses, en apariencia no ocurre gran cosa. Da la impresión de que las horas estén vacías, pero lo cierto es que todo está contenido en ellas. Esther olvidará por completo los detalles cuando despierte al fin, como una conciencia coherente, de la larga noche de la primera infancia. Pero el legado que perdurará será la sensación primordial de estar a gusto y confiada en el mundo. Los fundamentos de la infancia de Esther quedarán almacenados, no tanto en sucesos como en recuerdos sensoriales: de alguien abrazándola contra su pecho, de cierta inclinación de la luz en determinados momentos del día, de olores, tipos de galletas, texturas de alfombra, del sonido distante, incomprensible y apaciguador de las voces de sus padres durante sus largos viajes nocturnos en coche y la sensación subyacente de que tiene derecho a existir y motivos para seguir confiando.

El niño enseña al adulto algo más acerca del amor: que el amor genuino debería implicar un esfuerzo constante por interpretar con la máxima generosidad lo que pueda estar pasando, en cualquier momento, bajo la superficie de un comportamiento difícil y desagradable.

El padre debe adivinar a qué se debe realmente el llanto, la patada, la pena o la rabia. Y lo que caracteriza este proyecto de interpretación —y lo que lo hace tan distinto de lo que ocurre en una relación adulta habitual— es la caridad. Los padres tienden a actuar desde el supuesto de que sus hijos, aunque algo los inquiete o aflija, son en esencia buenos. En cuanto quede correctamente identificado ese alfiler que se les ha clavado, regresarán a su inocencia natural. Cuando un niño llora, no lo acusamos de ser malo o de autocompadecerse: nos preguntamos qué le molesta. Cuando muere, sabemos que debe de haberse asustado o enfadado por un momento. Tenemos muy presentes los insidiosos efectos que el hambre, un aparato digestivo delicado o la falta de sueño pueden causar en el estado de ánimo.

Qué considerados seríamos si consiguiéramos trasladar esto, aunque solo fuera un poco, a las relaciones adultas; si también en ellas pudiésemos ver más allá de la irritabilidad y la

malicia e identificar el miedo, la confusión y el agotamiento que casi sin excepción se ocultan tras ellas. Eso supondría contemplar a la raza humana con amor.

La primera Navidad de Esther la pasan con su abuela. Lloro durante la mayor parte del viaje en tren hasta Inverness. Cuando al fin llegan a la casa adosada de la abuela, su madre y su padre están pálidos y sin un ápice de energía. A Esther le duele algo, pero ella no puede saber qué o dónde. La intuición de sus cuidadores es que va demasiado abrigada. QUITAN una manta y luego la arropan de nuevo con ella. Se les ocurren otras cosas: tal vez sea sed, o el sol, o el ruido de la televisión, o el jabón que han estado usando o una alergia a las sábanas. Pero es muy significativo que en ningún momento se planteen que sea mera irritabilidad o mal genio; el niño, en el fondo, está libre de toda maldad.

Lo único que ocurre es que los cuidadores no logran dar con la causa del problema, a pesar de probar con leche, un masaje en la espalda, polvos de talco, caricias, un cuello que no pique tanto, sentarla, tumbarla, bañarla y pasearla arriba y abajo por la escalera. Al final, la pobre criatura vomita un alarmante mejunje de plátano y arroz integral sobre el vestido nuevo de lino, su primer regalo de Navidad, en el que la abuela había bordado «Esther», y cae dormida al segundo. No por última vez, pero con una preocupación infinitamente mayor por parte de quienes la rodean, la han malinterpretado de por completo.

Como padres, aprendemos una cosa más sobre el amor: el poder que ejercemos sobre las personas que dependen de nosotros y, en consecuencia, la responsabilidad de vigilar dónde pisamos cuando estamos cerca de aquellos que han quedado a nuestra merced. Descubrimos el poder inesperado de hacer daño sin pretenderlo, a asustar con nuestra excentricidad o imprevisibilidad, con nuestra ansiedad o irritación pasajera. Debemos entrenarnos para ser como los demás necesitan, y no como dicte nuestro primer reflejo. El bárbaro debe conseguir sostener la copa de cristal con delicadeza entre unos dedos carnosos pues de otro modo la aplastarían como una otoñal hoja seca.

A Rabih le gusta jugar a imitar animales cuando cuida de Esther las mañanas del fin de semana, mientras Kirsten recupera algo de sueño. Le cuesta un poco darse cuenta del miedo que provoca. Nunca se le había ocurrido pensar en lo enorme que es, lo extraños y amenazantes que pueden parecer sus ojos, lo agresiva que puede sonar su voz. El supuesto león, a cuatro patas sobre la alfombra, descubre para su horror que su pequeña compañera de juegos está pidiendo ayuda a gritos y se niega a tranquilizarse, pese que él le asegura que el león malo se ha ido y ya está aquí papi. No quiere nada con él; solo sirve mamá, más dulce y cuidadosa —mamá, a la que hay que

sacar de la cama ante la emergencia y que, por tanto, no se muestra especialmente agradecida con Rabih.

Él comprende que tiene que ser muy precavido cuando le presenta aspectos nuevos del mundo. No puede haber fantasmas: la mera palabra puede inspirar terror. Tampoco se hacen bromas con dragones, en particular si ya es de noche. Tiene que escoger la manera correcta de explicarle por primera vez qué es la policía, los distintos partidos políticos y las relaciones entre cristianos y musulmanes... Se da cuenta de que jamás conocerá a nadie en el estado de indefensión en que ha tenido la oportunidad de conocerla a ella —ha sido testigo de sus esfuerzos heroicos para ponerse boca arriba y escribir su primera palabra— y tiene el deber solemne de no usar nunca esa debilidad contra ella.

Aunque Rabih es cínico por naturaleza, abraza por completo la esperanza al presentarle el mundo a ella. Así, los políticos intentan hacerlo lo mejor posible, los científicos trabajan ahora mismo en la cura de enfermedades y este sería el momento perfecto para apagar la radio. Cuando pasan en coche por algunos de los vecindarios más desfavorecidos, se siente como un funcionario deshaciéndose en disculpas ante el dignatario extranjero al que acompaña en su visita. Pronto limpiarán las pintadas, esas figuras encapuchadas gritan porque están contentas, los árboles están muy bonitos en esta época del año... En compañía de su pequeña pasajera, se siente invariablemente avergonzado de sus colegas adultos.

En lo que respecta a su modo de ser, también se ha dulcificado y simplificado.

En casa es «papi», un hombre a quien no acosan preocupaciones profesionales ni económicas, amante de los helados, una figura tontorróna a la que nada le gusta más que hacer dar vueltas a su niñita y sentársela en los hombros. Quiere demasiado a Esther como para osar imponerle su ansiosa realidad. Amarla significa esforzarse por tener el valor de no ser del todo él.

El mundo asume, por tanto, en los primeros años de Esther, una suerte de estabilidad que más tarde sentirá que debe de haberse perdido, aunque en realidad solo la conoció gracias a la decidida y juiciosa labor de filtrado de sus padres. Esa solidez y esa sensación de longevidad son una ilusión solo creíble para quien no comprende todavía lo caótica que puede ser la vida, siempre sujeta al cambio y a la destrucción. Para ella, por ejemplo, la casa de Newbattle Terrace es sencilla y naturalmente su «casa», con todas las asociaciones eternas que conlleva la palabra, y no una casa bastante corriente escogida de acuerdo con criterios prácticos. El grado de contingencia reprimida alcanza su apogeo en lo tocante a la existencia misma de Esther. Si las vidas de Kirsten y Rabih se hubiesen desarrollado de un modo solo un poco distinto, la constelación de atributos físicos y rasgos de carácter que parecen fusionarse de manera tan indeleble y necesaria en el nombre de su hija podrían haber pertenecido a entidades de todo punto diferentes, personas hipotéticas que quedarían congeladas para siempre como posibilidades sin

materializar, potencial genético desperdigado que nunca llegó a usarse porque alguien canceló una cena, ya tenía novio o fue demasiado tímido o tímida para pedir un número de teléfono.

La alfombra de la habitación de Esther, una superficie de lana beis, donde se pasa horas recortando animales de papel y desde la que mira hacia el cielo por la ventana las tardes de sol, conservará para ella el tacto inmemorial de la superficie sobre la que aprendió a gatear; una textura y un olor distintivos que recordará el resto de su vida. Pero en el caso de sus padres, no estaba precisamente predestinada a convertirse en un tótem inexpugnable de la identidad doméstica: de hecho, la encargaron pocas semanas antes de que naciera Esther, con ciertas prisas, a un vendedor no muy de fiar que tenía la tienda en la calle mayor, junto a la parada de autobús, y que cerró poco después. Parte del aspecto tranquilizador de ser un recién llegado al planeta surge de esa incapacidad para comprender la naturaleza precaria de todo.

Un niño muy querido marca un precedente muy exigente. Por su propia naturaleza, el amor de los padres se esmera por ocultar el esfuerzo que se destinó a generarlo. Protege a su destinatario de la complejidad y la tristeza de quien lo da, de saber cuántos otros intereses, amigos e inquietudes han sacrificado los padres en nombre del amor. Con generosidad infinita, sitúa a la personita en el mismísimo centro del universo por un tiempo a fin de darle así fuerza para el día en que él o ella, con angustiosa sorpresa, tengan que asimilar la verdadera magnitud, y la difícil soledad, del mundo adulto.

Una noche cualquiera en Edimburgo, cuando Rabih y Kirsten han conseguido por fin acostar a Esther, cuando la arropan hasta la barbilla con la sábana muy bien planchada, calentita en su pelele, este par de cuidadores infinitamente pacientes y cariñosos se retiran a sus aposentos, cogen el mando de la tele o los suplementos del domingo y adquieren de inmediato un patrón de comportamiento que dejaría a la niña bastante perpleja, si es que por milagro fuera capaz de observar y entender sus interacciones. Pues en lugar del lenguaje dulce e indulgente que Rabih y Kirsten han empleado con ella durante horas, a menudo entre ellos no hay más que resentimiento, venganza y reproches. El esfuerzo del amor los ha dejado exhaustos. No les queda nada que darse mutuamente. El niño agotado que llevan dentro está destrozado y furioso con ellos por dejarlo tanto rato abandonado.

No es de extrañar que, de adultos, cuando empezamos a establecer relaciones, salgamos con fervor en busca de alguien que nos dé el amor abarcador y desinteresado que tal vez conocimos en la infancia. Y tampoco sería de extrañar que nos sintiéramos frustrados y, al final, sumamente resentidos, por lo difícil que parece encontrarlo, por las pocas veces que la gente sabe ayudarnos como debiera. Puede que nos enfademos y culpemos a los demás por su

incapacidad para adivinar nuestras necesidades; puede que vayamos saltando de una relación a otra, que culpemos a un sexo entero por su superficialidad... Hasta el día en que nuestra búsqueda quijotesca finalice y alcancemos un mínimo de maduro distanciamiento, cuando comprendamos que tal vez lo único que puede liberarnos de nuestro anhelo es dejar de exigir un amor perfecto, de señalar sus múltiples carencias a cada paso, y empezar a dar nuestro amor —a una personita, quizá— con despreocupada desmesura, sin calcular celosamente qué posibilidades tenemos de que nos lo devuelvan algún día.

La dulzura

Tres años después de la llegada de Esther, nace William. Desde el primer momento, da muestras de una naturaleza descarada y encantadora. Sus padres seguirán siempre convencidos de que, apenas unas horas después de abandonar el útero materno, y en un gesto en apariencia intencionado, les guiñó el ojo desde la cuna. A los cuatro años, son pocos los corazones a los que deja impasibles. Las preguntas que hace, sus juegos y los ofrecimientos recurrentes de casarse con su hermana están llenos de dulzura.

La dulzura de la infancia: el lado inmaduro de la bondad, visto a través del prisma de la experiencia adulta, o sea, desde la perspectiva de una cantidad considerable de sufrimiento, renuncia y disciplina.

Etiquetamos como «dulces» las abiertas manifestaciones de esperanza, confianza, espontaneidad, asombro y sencillez: cualidades que están en serio riesgo, pero que añoramos tremendamente en la cotidianidad de la vida adulta. La dulzura de la infancia nos recuerda cuánto hemos tenido que sacrificar en el camino hacia la madurez: la dulzura es una parte vital de nosotros mismos, desterrada.

Cuando está en el trabajo, Rabih echa de menos a sus hijos con particular intensidad. En un entorno marcado por tejemanejes profesionales y una tensión constante, la idea misma de la confianza y vulnerabilidad de sus hijos resulta conmovedora. Casi se le parte el corazón cuando recuerda que existe un lugar no lejos de su oficina donde las personas saben cómo cuidar las unas de las otras, y en que las lágrimas y la confusión de una de ellas, no digamos ya el menú de la comida y la posición para dormir, pueden ser motivo de honda preocupación para otro ser humano.

No puede ser casual que la dulzura de los niños sea especialmente evidente y apreciada en esta fase de la historia de la humanidad. Las sociedades se vuelven sensibles a las cualidades de que carecen. Un mundo que exige altos niveles de autocontrol, cinismo y racionalidad, y que se caracteriza por una inseguridad y una competitividad extremas, ve con acierto en la infancia

las virtudes que le sirven de contrapeso, cualidades a las que ha tenido que renunciar estricta y definitivamente a cambio de las llaves del reino de los adultos.

A William le hacen feliz un sinfín de cosas ante las que los adultos que lo rodean han olvidado maravillarse: hormigueros, globos, suculentos rotuladores, caracoles, la cera de los oídos, el rugido de un avión al despegar, bucear en la bañera... Le entusiasman un tipo de cosas sencillas que a los adultos les resultan —injustamente— aburridas; como un gran artista, es un maestro a la hora de renovar el aprecio del público por los supuestos aspectos menores de la vida.

Siente particular predilección, por ejemplo, por el «salto de cama». Hay que coger mucha carrerilla, explica; lo mejor, si puedes, es empezar en el pasillo y poner en la cama una pila enorme de almohadas y de cojines del sofá de abajo. Es fundamental que levantes bien los brazos mientras corres hacia el objetivo. Cuando la gente mayor como mami y papi lo prueban, tienden a echarse hacia atrás y dejar los brazos caídos a los lados, o si no aprietan los puños a la altura del pecho, porque no están corriendo con convicción. Tanto una cosa como otra hacen que te pierdas lo mejor.

Y luego hay multitud de preguntas importantes que formular a lo largo del día: «¿Por qué existe el polvo?», «Si afeitaras a un bebé gorila, ¿parecería un bebé humano?», «¿Cuándo dejaré de ser un niño?». Todo sirve como punto de partida para la curiosidad cuando todavía no has llegado a la fase agobiante de saber, en teoría, cuáles son tus intereses.

No le preocupa parecer anormal, pues en su imaginación aún no existe, por suerte, categoría semejante. Sus emociones siguen siendo cándidas. No teme —de momento— la humillación. No sabe nada de las nociones de respetabilidad, inteligencia y masculinidad, inhibidores catastróficos del talento y el espíritu. Sus primeros años son como un laboratorio de lo que podría ser la humanidad en general si no existiera el sentido del ridículo.

A veces, cuando le da por ahí, le gusta ponerse los tacones y el sujetador de su madre y que se dirijan a él como lady William. Siente admiración por el pelo de su compañero de clase Arjun, y una noche le dice a Kirsten, bastante entusiasmado, cuánto le gusta acariciarlo. Arjun estaría muy bien como marido, añade.

Sus dibujos son asimismo muy dulces, en parte por su optimismo exuberante. Siempre hace sol, la gente sonrío. No hay ningún intento de echar un vistazo bajo la superficie y descubrir compromisos y evasivas. A ojos de sus padres, no hay nada en absoluto trivial en esa alegría: la esperanza es un logro y su pequeño es un campeón en ello. Su completa indiferencia por plasmar las escenas «como son» resulta encantadora. Más adelante, cuando comiencen las lecciones de arte en la escuela, le enseñarán las reglas del dibujo y le aconsejarán que preste gran atención a lo que tiene ante sus ojos. Pero de momento no debe preocuparse por cómo está unida exactamente una rama al tronco de un árbol, o por cómo son las piernas o las manos de la gente. Le traen

felizmente sin cuidado los datos auténticos y a menudo aburridos del universo. Lo único que le importa es lo que siente y lo que puede ser divertido en ese instante; les recuerda a sus padres que el egoísmo sin inhibiciones puede tener un aspecto positivo.

Hasta los miedos de William y Esther resultan dulces, porque son fáciles de calmar y no tienen nada que ver con lo que en verdad hay de aterrador en el mundo. Son miedos a lobos y monstruos, malaria y tiburones. Los niños, por descontado, hacen bien en tener miedo, pero no tienen identificados los objetivos correctos. Todavía. No saben nada de los verdaderos horrores que los aguardan en la edad adulta: la explotación, la falsedad, el desastre profesional, la envidia, el abandono y la mortalidad. Las congojas de los niños son aprensiones inconscientes de terrores auténticos propios de la madurez, salvo que cuando llegue al fin el momento de afrontarlos, el mundo no considerará a sus poseedores tan entrañables ni tan merecedores de consuelo y un abrazo.

Esther acostumbra entrar en el dormitorio de Rabih y Kirsten en torno a las dos de la mañana, abrazada a su peluche Dobbie y quejándose de alguna pesadilla con un dragón. Se tumba entre ellos, con una mano asignada a cada padre y las piernecitas rozando las suyas. Ante su indefensión ellos se sienten fuertes. El consuelo que necesita está por entero en sus manos. Ellos matarán a ese dragón tonto si se atreve a asomarse por allí.

La miran mientras vuelve a dormirse; los párpados le tiemblan un poco y Dobbie está acurrucado a su lado. Se quedan un rato despiertos, conmovidos, porque saben que su pequeña crecerá, los dejará, sufrirá; que la rechazarán y le romperán el corazón. Estará ahí fuera, en el mundo, y necesitará que la consuelen, pero quedará fuera de su alcance. Al final, aparecerán algunos dragones de verdad, pero mamá y papá serán por completo incapaces de despacharlos.

No solo los niños son infantiles. También los adultos de vez en cuando —más allá de las fanfarronadas— se muestran juguetones de vez en cuando, tontainas, fantasiosos, vulnerables, histéricos, miedosos, lastimeros y necesitados de consuelo y perdón.

Todos estamos versados en ofrecer ayuda y aliento ante la dulzura y la fragilidad de un niño. Cuando tratamos con ellos, sabemos cómo dejar a un lado nuestras peores pulsiones, los impulsos vengativos y la furia. Podemos replantear nuestras expectativas y exigir algo menos de lo que acostumbramos; tardamos más en enfadarnos y somos un poco más conscientes de su potencial latente. Con los niños nos resulta fácil mostrar una generosidad que, curiosa y tristemente, somos reacios a dispensar a nuestros iguales.

Es maravilloso vivir en un mundo en el que tanta gente es amable con los niños. Pero sería todavía mejor si viviéramos en uno donde lo fuésemos algo más con la faceta infantil de cada uno.

Los límites del amor

La prioridad de Rabih y de Kirsten —infinitamente por encima de cualquier otra— respecto a Esther y William es ser buenos con ellos, porque ven por doquier ejemplos de lo que ocurre, creen, cuando el amor escasea: crisis y resentimiento, vergüenza y dependencias, incapacidad crónica de confiar en uno mismo y de mantener relaciones sólidas. Desde su punto de vista, cuando no se procura suficiente cuidado, cuando los padres se muestran distantes y autoritarios, aterradores y poco de fiar, la vida no puede parecer completa. No puede esperarse que alguien sea lo bastante fuerte como para franquear las densas marañas de la existencia, afirman, sin antes haber disfrutado de la sensación de importarles sin límite ni medida a uno o dos adultos.

Por eso se esfuerzan en contestar a todas las preguntas con ternura y sensibilidad, por eso reparten abrazos a lo largo de la jornada, leen largos cuentos por las noches, se levantan a jugar por la mañana temprano, no son demasiado duros con sus hijos cuando cometen un error, les perdonan si se portan mal y dejan que sus juguetes pasen la noche desperdigados por la alfombra del salón.

Su fe en el poder de la bondad paterna alcanza su apogeo en los primeros años de vida de Esther y William, en concreto en esos momentos en que por fin duermen en su cuna, indefensos frente al mundo, respirando de forma ligera y regular y con sus dedos delicadamente torneados aferrados a sus mantas favoritas.

Pero cuando cada uno de ellos cumple cinco años, aflora una realidad más compleja y preocupante: para su sorpresa, Rabih y Kirsten se topan cara a cara con ciertos límites obstinados de la bondad.

Un fin de semana lluvioso de febrero, Rabih le compra a William un helicóptero teledirigido de color naranja. Padre e hijo lo vieron en internet hace unas semanas y desde entonces casi no han hablado de otra cosa. Al final Rabih acabó cediendo, aunque no había ningún cumpleaños a la vista ni una buena nota que justificara el regalo. De todas maneras, seguro que pasarán horas juntos divirtiéndose. Pero después de solo seis minutos de uso, mientras el juguete planea sobre la mesa del comedor con Rabih a los controles, algo falla en la dirección, el aparato se estrella contra la nevera y el rotor trasero salta en pedazos. La culpa es solo del fabricante, pero por

desgracia no está allí presente, de modo que, de inmediato, y no por primera vez, Rabih se convierte en el blanco de la tremenda desilusión de su hijo.

—¿Qué has hecho? —le pregunta chillando William, cuya dulzura ha quedado ahora muy en suspenso.

—Nada —responde Rabih—. Este trasto se ha vuelto loco.

—No. Has sido tú. Tienes que arreglarlo.

—Claro que me gustaría arreglarlo. Pero es complicado. Tendremos que hablar con los de la tienda el lunes.

—¡Papi! —Ya suena como un grito.

—Cariño, sé que debes de estar desilusionado, pero...

—¡Es culpa tuya!

Las lágrimas empiezan a fluir, y un momento después William intenta propinar una patada en los tobillos al incompetente piloto. El comportamiento del niño es terrible, por supuesto, y también algo sorprendente —¡papi tenía tan buenas intenciones!—, pero en esta ocasión, igual que en muchas otras, supone una especie de retorcido homenaje a Rabih en cuanto padre. Una persona debe sentirse lo bastante segura al lado de otra para ponerse así de imposible. Un niño solo experimentará una rabieta si la atmósfera de fondo es profundamente benévola. Rabih mismo nunca se comportó de este modo con su padre de pequeño, pero por otra parte, tampoco jamás se sintió tan querido por él. Toda la seguridad que Kirsten y él les han dado a lo largo de los años —«Yo estaré siempre a tu lado», «Puedes contárnoslo todo»— han tenido un resultado magnífico: han animado a William y a su hermana a dirigir con fuerza sus frustraciones y decepciones hacia esos dos adultos cariñosos que han dejado entender que están capacitados y dispuestos para aguantar el chaparrón.

Antes las rabiets de sus hijos, Rabih y Kirsten tienen oportunidad de reparar en cuánto autocontrol y paciencia que, sin percatarse del todo, han ido desarrollando con el tiempo. Sus temperamentos algo más serenos son producto de años y años de decepciones de poca o mucha importancia; el paciente curso de sus procesos mentales ha sido tallado, como un cañón por la corriente del agua, por todas las cosas que les han salido mal. Rabih no coge una rabieta cuando se le escapa un rayajo al escribir en una hoja de papel porque en el pasado, entre otras cosas, perdió un trabajo y vio morir a su madre.

El papel de buen padre conlleva una exigencia enorme y bastante complicada: la de ser siempre el portador de noticias pésimas. El buen padre debe ser el protector de toda una serie de intereses a largo plazo del niño, intereses que por su naturaleza el niño es incapaz de prever, no digamos ya de aceptar con alegría. Por amor, los padres tienen que aprestarse a hablar de dientes limpios, deberes, cuartos ordenados, horas de acostarse, generosidad y límites en el uso

del ordenador. Por amor, tienen que ponerse el disfraz de pelmazos con la costumbre odiosa y desquiciante de sacar a colación datos inoportunos de la realidad justo cuando empezaba la diversión. Y, como resultado de estos actos de amor soterrado, los buenos padres acaban convertidos, si las cosas salen bien, en el blanco principal de un resentimiento y una indignación enormes.

Por difíciles que sean los mensajes, Rabih y Kirsten se comprometen a transmitirlos con delicadeza: «Cinco minutos más de juego y lo dejamos, ¿vale?», «Hora de bañar a la princesa», «Eso debe de haberte molestado mucho, pero no se pega a la gente solo porque no esté de acuerdo con nosotros, ¿recuerdas?».

Quieren embaucarlos y engatusarlos y, por encima de todo, no imponer jamás una conclusión por medio de la fuerza o recurriendo a armas psicológicas básicas, tales como recordatorios de cuál de los dos es el mayor, el más grande y más rico y, en consecuencia, tiene el control del mando a distancia y el portátil.

«Porque soy tu madre», «Porque lo ha dicho tu padre»: hubo una época en que estos títulos de parentesco bastaban por sí solos para imponer la obediencia. Pero en esta era nuestra de la bondad, el significado de las palabras «madre» y «padre» se ha transformado, de modo que ahora no son más que «gente que se encarga de que me sienta bien» o «gente con cuyas sugerencias tal vez esté de acuerdo si —y solo si— le veo la lógica a lo que están diciendo».

Por desgracia, hay situaciones en que lo de engatusar ya no funciona: por ejemplo, cuando Esther empieza a burlarse de William por su cuerpo y hace oídos sordos a una sutil advertencia maternal. Su pene es una «¡salchicha fea!», grita Esther una y otra vez en casa, y luego, de manera todavía más grosera, le susurra la misma metáfora a un grupo de amigas de la escuela.

Sus padres tratan de explicarle con tacto que si se mofa así de él ahora, al punto de humillarlo, puede que a su hermano le cueste relacionarse con las mujeres cuando sea mayor. Pero a ella, claro, eso le suena raro. Les dice que no entienden nada, que William tiene de verdad una salchicha fea entre las piernas y que por eso se ríe todo el mundo en el colegio.

No es culpa suya que, con nueve años, no sea capaz de comprender la naturaleza de la alarma de sus padres —que, entre bastidores, también se echan algunas risitas—. Pero, aun así, resulta muy irritante que Esther, después de decirle con firmeza que deje de hacerlo, los acuse de interferir en su vida y escriba la palabra «Aguafiestas» en pedacitos de papel que deja como un camino de migas de pan por toda la casa.

La disputa termina en un duelo a gritos entre Rabih y esta personita rabiosa a quien,

sencillamente, en algún punto del cerebro le faltan las conexiones neuronales concretas que le permitirían captar lo que está en juego aquí.

—Porque lo digo yo —afirma Rabih—. Porque tienes nueve años y yo soy bastante mayor que tú y sé cosas que tú no sabes, y no pienso pasarme aquí todo el día discutiendo contigo sobre el tema.

—¡Eso es injusto! Entonces me voy a poner a gritar y a gritar —amenaza Esther.

—Ni mucho menos, señorita. Vas a subir a tu cuarto y te vas a quedar allí hasta que estés preparada para bajar a cenar con tu familia, comportarte de manera civilizada y demostrarme que tienes modales.

A Rabih, que por naturaleza está determinado a evitar cualquier enfrentamiento, le resulta muy extraño tener que transmitirle un mensaje en apariencia tan falto de amor a alguien a quien ama sin medida.

Soñamos con ahorrar tiempo al niño; transmitirle de una sola vez ideas que hemos ido acumulando por medio de una experiencia ardua y prolongada. Pero el progreso de la raza humana se ve frenado a cada paso por una resistencia muy arraigada a que nos metan prisa para llegar a conclusiones. Nos ralentiza un interés innato por reexplorar capítulos enteros del catálogo de fondo de las imbecilidades humanas y por malgastar buena parte de nuestra vida descubriendo por nosotros mismos lo que ya cartografiaron otros exhaustiva y trabajosamente.

El romanticismo, por lo general, ha sospechado siempre de las normas en la crianza, pues las veía como unos ornamentos hipócritas e impostados que envolvían la entrañable bondad natural del niño. Sin embargo, después de tratar más de cerca con algún que otro joven de carne y hueso, puede que vayamos cambiando de parecer y acabemos por pensar que los modales son en realidad una defensa incontrovertible frente al peligro acechante de algo parecido a la barbarie. Los modales no tienen por qué ser un instrumento de frialdad y sadismo, sino una manera simple de enseñarnos a encerrar bajo llave nuestro lado animal, y que así la cena no termine desembocando invariablemente en la anarquía.

Rabih se pregunta a veces adónde los conduce en realidad ese inmenso trabajo de crianza, para qué han servido las horas que han pasado recogiendo a los niños de la escuela, mimándolos, hablando y razonando con ellos. Al principio pensó, con ingenuidad y egoísmo, que Kirsten y él criarían a dos versiones mejoradas de sí mismos. Le ha llevado un tiempo comprender que lo que ha hecho más bien es ayudar a traer al mundo dos personas con la misión incorporada de desafiarlo, individuos que le impondrán una frustración tras otra, frecuentes desconciertos y una ampliación forzosa, inquietante y en ocasiones hermosa de sus intereses, más allá de lo que hubiese imaginado jamás, iniciándolo en los extraños reinos del patinaje sobre hielo, las

telecomedias, los vestidos rosas, la exploración del espacio y la clasificación de los Hearts en la liga escocesa.

En el colegio, un centro pequeño y «bienintencionado» cerca de casa, mientras observa a cierta distancia cómo los otros padres dejan allí su preciosa carga, Rabih piensa que la vida nunca podrá satisfacer lo suficiente todas las esperanzas que cada generación deposita sobre los delgados hombros de la siguiente. No hay tantos destinos gloriosos que repartir, hay demasiadas trampas y es sumamente fácil caer en ellas, aunque nos aguarden una insignia dorada y una ovación por leer bien, delante de los demás, un poema sobre cuervos.

A veces el velo protector del sentimentalismo paterno resbala y Rabih ve que ha entregado una parte muy considerable de los mejores años de su vida a un par de seres humanos que, si no fuesen sus hijos, casi seguro le parecerían en esencia normales y corrientes; a tal punto, de hecho, que si se los encontrara dentro de treinta años en un pub, quizá prefiriera no hablar con ellos. La idea resulta insoportable.

Por mucho que los padres lo nieguen con modestia, por mucho que resten importancia a sus expectativas delante de extraños, tener un hijo supone —de entrada, al menos— ir a la conquista de la perfección, un intento de crear, no otro ser humano cualquiera, sino un ejemplar de singular perfección. La mediocridad, si bien es la norma estadística, no puede ser el objetivo inicial: los sacrificios que requiere llevar a un niño hasta la edad adulta son sencillamente demasiado grandes.

Es sábado por la tarde y William está fuera jugando al fútbol con un amigo. Esther se ha quedado en casa para montar el circuito eléctrico que le regalaron por su cumpleaños hace unos meses. Ha reclutado a Rabih para que la ayude y juntos van siguiendo el manual de instrucciones conectando bombillas y motorcillos y deleitándose en esos momentos en que el sistema al completo se pone en marcha con un zumbido. A Rabih le gusta decirle a su hija que sería una estupenda ingeniera eléctrica. Le cuesta no imaginarla como una mujer adulta que conseguirá de algún modo ser al mismo tiempo totalmente práctica y, sin embargo, líricamente sensible —una versión de todas las mujeres a quienes ha amado—. A Esther le encanta esa atención. Espera ansiosa las contadas ocasiones en que William se marcha y tiene a su padre para ella sola. Él la llama Besti; la niña se sienta en sus rodillas y, cuando Rabih no se ha afeitado ese día, se queja de lo rara y rasposa que tiene la piel. Su padre le aparta el pelo hacia atrás y le cubre la frente de besos. Kirsten los mira desde el otro lado de la sala. Una vez, cuando tenía cuatro años, Esther les dijo a ambos muy seria: «Me gustaría que mamá se muriera para casarme con papá». Kirsten lo comprende. También a ella le habría gustado tener un padre cariñoso y en el que poder confiar, un padre que la abrazase y montara circuitos eléctricos con ella, sin nadie alrededor que los estorbara. Se da

cuenta de lo cautivador y fascinante que puede resultar Rabih a alguien con menos de diez años. Le encanta sentarse en el suelo y jugar con las muñecas de Esther, la lleva a escalar, le compra vestidos, sale en bicicleta con ella y le habla de los geniales ingenieros que construyeron los túneles y los puentes de Escocia.

Esta relación, no obstante, hace que a Kirsten le preocupe un poco el futuro de su hija. Se pregunta cómo podrán otros hombres estar a la altura de semejante nivel de ternura y atención exclusiva, y si no terminará Besti por rechazar a toda una serie de candidatos basándose en el mero hecho de que no le ofrecen ni de lejos el tipo de amistad que un día disfrutó con su padre. Pero lo que más molesta a Kirsten es el sentimentalismo de la conducta de Rabih. Sabe de primera mano que la amabilidad que despliega ante su hija solo se da en el papel de padre, no en el de marido. Está más que familiarizada con el drástico cambio de tono de Rabih en cuanto quedan fuera del radio de escucha de sus hijos. Sin darse cuenta, está implantando en la mente de Esther la imagen ideal de cómo debería comportarse un hombre con una mujer, por más que ese ideal no refleje en modo alguno quién es él, Rabih, en realidad. Así que puede que, más adelante, Esther le diga a un hombre que actúa de forma egoísta, distraída o estricta por qué no puede parecerse más a su padre, sin imaginar que lo cierto es que ese hombre se asemeja increíblemente a Rabih, solo que no a la versión que este siempre le mostró.

Dadas las circunstancias, tal vez resulte útil que la bondad tenga sus límites, y que estos dos padres, por más que se esfuercen, también se las arreglen —como todos los padres— para fastidiar periódica y terriblemente a sus hijos. Resulta que mostrarse frío, espantoso y cruel de manera redomada es solo una de las muchas vías de garantizar el distanciamiento. Otra estrategia bastante eficaz combina un exceso de protección, de implicación y de afecto: un trío de actitudes neuróticas que Rabih y Kirsten conocen bien. Rabih, el chico de Beirut, se pone de los nervios cada vez que Esther o William cruzan la calle; busca un grado de intimidad con ellos que podría llegar a ser molesto; les pregunta demasiadas veces qué tal les ha ido el día; siempre quiere ponerles otra capa de ropa y los ve más frágiles de lo que son. Y por eso, en parte, Esther más de una vez le suelta: «¡Déjame en paz!», y no sin razón.

Y, desde luego, tampoco debe de ser muy fácil tener a Kirsten como madre, pues conlleva hacer un montón de ejercicios de ortografía extras, que te animen a tocar varios instrumentos musicales y oír a todas horas recomendaciones de comer sano: un conjunto de prioridades que no resultan muy sorprendentes tratándose de alguien que fue la única alumna de su instituto que llegó a la universidad y una de las pocas que no vive de ayudas sociales.

A veces Rabih los compadece por tener que lidiar con los padres que les han tocado. Entiende sus quejas y su resentimiento por el poder que Kirsten y él ejercen sobre ellos, su ventaja de treinta y tantos años y el sonsonete de sus voces adultas en la cocina todas las mañanas. A Rabih ya le cuesta aguantarse así mismo, por lo que no le supone gran esfuerzo comprender a dos niños

que tal vez tengan un par de problemas con él. La irritación, lo sabe también, cumple su propio e importante papel: garantiza que sus hijos se marchen algún día de casa.

Si no hubiese más que bondad paterna, la raza humana se estancaría y acabaría extinguiéndose. La supervivencia de la especie depende de que los hijos terminen por hartarse y salgan al mundo armados con la esperanza de encontrar fuentes de amor y emoción más satisfactorias.

En los momentos entrañables, cuando la familia al completo se amontona en la cama grande y reina la tolerancia y el buen humor, Rabih se da cuenta de que algún día, en un futuro no muy lejano, eso se acabará, de acuerdo con un edicto de la naturaleza que entrará en vigor por medios de lo más naturales: los berrinches y la furia de la adolescencia. Que las familias perduren generación tras generación depende de que los jóvenes terminen por perder la paciencia con sus mayores. Sería una tragedia que ellos cuatro quisieran seguir ahí tumbados con los brazos y piernas entrelazados dentro de veinticinco años. Al final, Esther y William habrán de comenzar a ver a sus padres ridículos, aburridos y anticuados, e ir tomando así el impulso necesario para marcharse de casa.

Hace poco que su hija ha asumido el papel de líder en la resistencia al gobierno de los padres. A medida que se acerca su undécimo cumpleaños, empieza a criticar cómo viste su padre, su acento y su forma de cocinar, y esboza un gesto de impaciencia ante la preocupación de su madre de que lea buena literatura y esa costumbre absurda de guardar las mitades de limón en la nevera en lugar de tirar a la basura lo que no se use sin tanto problema. Cuanto más alta y más grande se hace Esther, más le irritan el comportamiento y las costumbres paternas. William es aún demasiado pequeño para lanzar a sus cuidadores una mirada tan cáustica. En este aspecto, la naturaleza es considerada con los niños, pues solo les permite percibir el repertorio completo de defectos de sus progenitores a una edad en que son lo bastante mayores para escapar de ellos.

A fin de permitir que esta separación siga su curso, Rabih y Kirsten saben no mostrarse demasiado estrictos, distantes o intimidantes. Comprenden lo fácil que es para un niño quedarse pillado con una madre o un padre a los que le cuesta entender, que dan miedo o que no pasan mucho tiempo con ellos. Ese tipo de padres pueden retener a sus hijos con más fuerza de la que ejercerán jamás unos padres receptivos y estables. Kirsten y Rabih no tienen ningún deseo de ser esa clase de figuras egocéntricas y volubles con las que un niño puede obsesionarse de por vida, de modo que procuran ser naturales, accesibles y a veces, incluso, tontos a extremos teatrales. Quieren ser lo bastante poco intimidantes como para que, llegado el momento, Esther y William los dejen sin más a un lado y prosigan con sus vidas. Implícitamente sienten que el hecho de que

den por sentado que sus padres siempre estarán ahí es la mejor muestra posible de la calidad de su amor.

Sexo y paternidad

—Esta noche lo hacemos. ¿Qué te parece? —le propone Kirsten mientras se maquilla en el baño antes de bajar a preparar el desayuno de los niños.

—Vale —responde Rabih sonriendo, y añade—: Ahora lo anoto en mi agenda. —No bromea. El viernes por la noche es su franja predilecta y hace ya algún tiempo de la última vez.

De camino al trabajo, piensa en el pelo oscuro y mojado de Kirsten, en el maravilloso contrapunto que marcaba con su piel pálida al salir de la ducha. Dedicar un momento a valorar la increíble suerte que tiene de que esa mujer escocesa elegante y decidida haya accedido a pasar el resto de su vida con él.

La jornada se presenta bastante estresante, y Rabih no vuelve a casa hasta las siete. Está deseando estar con Kirsten, pero tiene que ser diplomático. No puede haber ninguna prisa y, desde luego, ninguna exigencia. Intentará contarle con especial sinceridad cómo se siente por debajo de la turbulencia cotidiana. El plan no está claro, pero tiene esperanzas.

La familia al completo está en la cocina, donde se desarrolla una tensa discusión sobre la fruta. Los niños se niegan en redondo a comerla, a pesar de que Kirsten ha salido expresamente a comprar arándanos y los ha colocado en el plato en forma de carita sonriente. William acusa a su madre de ser mala; Esther dice gimoteando que el olor de la fruta está poniéndola enferma.

Rabih, tratando de bromear, dice que echaba de menos el manicomio, le alborota el pelo a William y sugiere que tal vez sea hora de ir a leer un cuento arriba. Rabih y Kirsten se turnan para leerles por las noches, y hoy le toca a ella. En el cuarto de los niños, los acerca a su cuerpo, uno a cada lado, y empieza un cuento traducido del alemán sobre un conejo al que persiguen los cazadores en el bosque. Cuando los ve acurrucados junto a ella se acuerda de su madre. A William le gusta jugar con el pelo de Kirsten, lo tira hacia delante, igual que solía hacer Rabih. Cuando se termina el cuento, quieren que les lea otro, así que Kirsten les canta una antigua nana escocesa, «Griogal Cridhe», que narra la trágica historia de una joven viuda cuyo propio clan hace prisionero y ejecuta a su marido ante sus ojos. Rabih está en el descansillo, enternecido, escuchando la voz de Kirsten. Se siente privilegiado por haber sido testigo de la evolución de su esposa hasta convertirse en una madre excepcionalmente dotada. Ella, llegados a este punto, lo que más desea en el mundo es beberse una cerveza.

Rabih va a tumbarse a su cama. Media hora después, oye que Kirsten entra en el baño. Cuando sale, lleva el camión de cuadros escoceses que tiene desde los quince años y que solía ponerse cuando los niños eran muy pequeños. Él se pregunta cómo podría comenzar cuando ella menciona una conversación que ha mantenido por teléfono esta tarde con una amiga que está en Estados Unidos y a la que conoció cuando estudiaba en Aberdeen. A la madre de la pobre mujer le han diagnosticado cáncer de esófago, algo caído por sorpresa. No por primera vez, Rabih siente lo buena amiga que es Kirsten y lo honda e instintivamente que sabe ponerse en la piel de los demás.

Entonces Kirsten menciona que ha estado pensando en la universidad de los niños. Aún queda mucho, pero esa es justamente la clave. Es el momento de empezar a ahorrar algo, no mucho — están pelados—, pero lo bastante para acabar juntando una suma significativa.

Rabih carraspea y, en su fuero interno, se desespera un poco.

Cabría imaginar que el miedo y la inseguridad de acercarse a alguien aparecen solo una vez, al comienzo de la relación, y que no es posible que siga habiendo nerviosismo después de que dos personas hayan asumido compromisos explícitos como casarse, firmar una hipoteca conjunta, comprar una casa, tener un par de hijos y meter al otro en sus respectivos testamentos.

Y aun así, conquistar la distancia y obtener las confirmaciones que necesitamos no son ejercicios que se realicen solo una vez: hay que repetirlos cada vez que se produce una interrupción —un día separados, una época ajetreada, una noche en la oficina—, pues cada interludio tiene el poder de suscitar de nuevo la pregunta de si nos siguen deseando o no.

Es una lástima, por tanto, que resulte tan complicado encontrar una forma digna y conciliadora de admitir la magnitud de nuestra necesidad de afirmación. Aun después de años juntos, persiste siempre una barrera de miedo que nos impide pedir una prueba de deseo. Pero con una terrible complicación añadida: ahora damos por hecho que ese tipo de inseguridades ya no están justificadas. De ahí la tentación de aparentar que no hay nada más ajeno a nuestros pensamientos que la necesidad de confirmación. Por extraño que parezca, puede incluso que tengamos una aventura, un acto de traición que muy a menudo no es más que un intento de salvar las apariencias, de fingir que no necesitamos a nadie; una ardua prueba de indiferencia reservada, y secretamente dirigida, a la persona que de verdad nos importa; persona que, sin embargo, nos ha herido sin darse cuenta y a la que nos aterra mostrarle nuestras carencias.

Nunca acabamos de superar esta necesidad de aceptación. No es una maldición exclusiva de inadaptados y débiles. La inseguridad puede ser incluso un curioso signo de bienestar. Significa que no nos permitimos dar por sentado que los demás estarán siempre ahí, que seguimos siendo lo bastante realistas para comprender que las cosas podrían torcerse y que estamos lo bastante implicados para preocuparnos.

Se está haciendo muy tarde. Los niños tienen cursillo de natación a primera hora de la mañana. Rabih espera a que Kirsten termine con sus consideraciones sobre dónde podrían estudiar Esther y William, y entonces se acerca a ella y la coge de la mano. Kirsten la deja un momento ahí, abandonada, y luego estrecha la de Rabih y empiezan a besarse. Él le separa los muslos y comienza a acariciarlos. Entretanto, su mirada va a parar a la mesilla de noche, donde Kirsten ha colocado una postal de William: «Feliz cumpleaños Mami», dice, junto a un dibujo de un sol sonriente y bonachón. Eso le hace pensar en la cara picarona de William, y también en Kirsten llevándolo a hombros por la cocina, como hizo la semana pasada mismo, cuando se disfrazó de mago después del colegio.

Una parte de Rabih se muere de ganas de seguir seduciendo a su esposa, lleva mucho tiempo deseándolo; pero otra no sabe si realmente de humor, por motivos que no sabría precisar.

Es una tesis bien conocida: las personas que nos atraen de adultos guardan un notable parecido con aquellas a quienes más quisimos de niños. Puede que se trate de cierto sentido del humor o de su forma de expresarse, del temperamento o de la disposición emocional.

Pero hay algo que deseamos hacer con nuestros amantes adultos que estaba absolutamente vedado con esos cuidadores de nuestra infancia que tanta seguridad nos daban: queremos acostarnos con las mismas personas que nos recuerdan de manera crucial a esas otras con quienes en su día no debíamos acostarnos bajo ningún concepto. En consecuencia, para lograr una relación sexual exitosa es preciso desconectar algunas de esas vividísimas asociaciones entre nuestras parejas románticas y los respectivos arquetipos parentales subyacentes. Necesitamos asegurarnos —al menos por un momento— que no confundimos inoportunamente nuestros sentimientos sexuales y afectivos.

Pero la tarea se complica en cuanto llegan los hijos e invocan de manera directa los aspectos específicamente parentales de nuestras parejas. Puede que en el plano consciente sepamos que nuestra pareja no es, desde luego, un progenitor con quien el sexo está prohibido, que sigue siendo la persona que ha sido siempre y con la que, los primeros meses, hicimos cosas divertidas y transgresoras. Pero esta idea se ve sometida a una dura prueba cuando el yo sexual de nuestra pareja va quedando oculto bajo la identidad paternal o maternal que debe llevar puesta todo el día, ejemplificada en esos apelativos castos y chisposos, «mamá» y «papá» —con los que puede que incluso a veces nos refiramos por error el uno al otro.

Cómo serían los pechos de su esposa es algo que en su día fue objeto de un interés desmesurado por parte de Rabih. Recuerda cómo lanzaba miradas subrepticias al top negro que llevaba el día en que se conocieron; cómo los observó más tarde, bajo una camiseta blanca que dejaba entrever su tamaño fascinantemente modesto; cómo rozó apenas durante aquel beso inaugural en el Jardín

Botánico, y luego, por fin, cómo los rodeó con la lengua en la antigua cocina de Kirsten. Su obsesión por ellos en los primeros tiempos era constante. Quería que se dejase puesto el sujetador mientras hacían el amor, e iba bajándoselo y subiéndoselo, para mantener en el punto máximo el contraste extraordinario entre su versión vestida y su versión desnuda. Le pedía que se los cogiera y los acariciara como haría si él no estuviese delante. Quería colocar el pene entre ellos, como si las simples manos no bastasen y fuese necesario un indicador de posesión y posibilidad más definitorio con que marcar este territorio hasta entonces tabú.

Y sin embargo ahora, unos años después, están tumbados juntos en el lecho conyugal y entre ellos hay más o menos la misma tensión sexual que la que habría entre un par de abuelos acartonados tomando el sol en una playa nudista del Báltico.

La excitación, en último término, parece tener poco que ver con la desnudez y deriva más bien de la posibilidad de que nos concedan el permiso de poseer a ese otro tan intensamente deseable, hasta entonces prohibido y ahora, como por milagro, disponible y accesible. Es una expresión de agradecido asombro, rayano en la incredulidad, porque en un mundo de aislamiento y desconexión, las muñecas, los muslos, los lóbulos de las orejas y la nuca estén todos ahí, por fin, para contemplarlos: un concepto extraordinario que no queremos dejar de verificar, puede que incluso cada pocas horas; tocando gozosos una vez más, insertando, revelando y desnudando; tan solos habíamos estado, tan independientes y lejanos parecían nuestros amantes. Lo que impulsa el deseo sexual es el deseo de asentar la intimidad, y por ello depende de una sensación de distancia preexistente; distancia que siempre supone un placer y un alivio inconfundible cubrir.

Apenas hay distancia entre Rabih y Kirsten. Su estado legal los define como compañeros para siempre; comparten un dormitorio de tres por cuatro metros adonde se retiran todas las noches; hablan por teléfono a todas horas cuando no están juntos; se da por hecho automáticamente que pasarán el fin de semana con el otro; saben con antelación, y en la mayoría de momentos del día y de la noche, qué está haciendo cada uno. Es difícil encontrar algo en su existencia en común que pueda ser calificado de inconfundiblemente «ajeno» y, en consecuencia, al erotismo no le queda mucha distancia que cubrir.

Al final de muchos días, Kirsten no tiene ganas ni de que Rabih la toque, no porque él ya no le importe, sino porque siente que no queda lo bastante de ella como para arriesgarse a darle más a otra persona. Uno necesita cierto grado de autonomía para experimentar como un placer que alguien lo desnude. Pero ya ha respondido a demasiadas preguntas, ha calzado demasiados piecillos en demasiados zapatos, ha rogado y persuadido demasiadas veces... El tacto con Rabih se le antoja otro obstáculo en el camino hacia la comunión eternamente pospuesta con su

abandonado interior. Prefiere aferrarse con fuerza y quietud a sí misma, en lugar de seguir desperdigando su identidad entre aún más exigencias. Cualquier avance amenaza con destruir el finísimo caparazón de su yo privado. Mientras no disponga de suficientes ocasiones de reencontrarse con sus propios pensamientos, es imposible que disfrute dándose a otro.

Puede que, además, pedirle sexo a una pareja de la que ya dependemos tantísimo en multitud de aspectos haga que nos sintamos incómodos y expuestos hasta lo intolerable. Tal vez sea llevar la intimidación demasiado lejos si, en un contexto de tensas discusiones sobre qué hacer con las cuentas y quién lleva a los niños al colegio, dónde ir de vacaciones y qué tipo de silla comprar, le pedimos también a nuestra pareja que sea complaciente con nuestras necesidades sexuales: que se ponga cierta prenda de ropa, que se preste a una fantasía oscura que ansiamos o que se tumbe de una manera particular en la cama. Quizá no queramos quedar relegados al papel de suplicante, o quemar nuestro valioso capital emocional en nombre de un fetiche determinado. A lo mejor preferimos no compartir fantasías que sabemos que pueden hacer que parezcamos ridículos o depravados a ojos de alguien ante quien, por lo demás, debemos mantener la compostura y la autoridad, como requieren las negociaciones cotidianas y las crisis de la vida conyugal. Puede que nos parezca mucho más seguro pensar en un completo desconocido.

La semana anterior, Kirsten está sola en casa, arriba, en el dormitorio, a media tarde. En televisión están emitiendo un reportaje sobre la flota pesquera del mar del Norte con base en Kinlochbervie, al noroeste. Nos presentan a los pescadores, nos explican el uso que hacen de la nueva tecnología de sonares y descubrimos que hay una caída preocupante de varias poblaciones piscícolas. Por lo menos se ve mucho arenque por allí y el suministro de bacalao tampoco está del todo mal este año. Un pescador llamado Clyde capitanea un barco llamado *Loch Davan*. Todas las semanas sale a alta mar, a veces nada menos que hasta Islandia o el extremo sur de Groenlandia. Tiene unas maneras toscas y arrogantes, la mandíbula angulosa y los ojos furiosos, impacientes. Los niños no volverán de casa de sus amigos hasta por lo menos una hora después, pero, de todas formas, Kirsten se levanta y cierra bien la puerta de la habitación antes de quitarse los pantalones y tumbarse en la cama.

Ahora está en el *Loch Davan*, donde le han asignado un estrecho camarote junto al puente. Sopla un viento implacable que sacude el barco como si fuera de juguete, pero a pesar del fragor logra oír que llaman a la puerta. Es Clyde; debe de haber alguna emergencia en el puente. Pero resulta ser otra clase de asunto. El hombre le arranca el chubasquero y la posee contra la pared del camarote sin mediar palabra. Los pelos de la barba le raspan la piel. Clyde es, y esto resulta determinante, casi iletrado, sumamente zafio, casi incapaz de expresarse y por completo insignificante para ella, tanto como ella para él. El sexo con él resulta tosco, apremiante, no

significa nada; y es mucho más excitante que hacer el amor por la noche con alguien que le importa muchísimo.

El tema del ser amado relegado a un segundo puesto por un desconocido cualquiera en una fantasía masturbatoria no ocupa lugar lógico alguno en la ideología romántica. Pero en la práctica es justo esta separación desapasionada de amor y sexo lo que tal vez necesitemos para corregir y aliviar la carga de la intimidad. Recurriendo a un desconocido eludimos los rencores, la vulnerabilidad emocional y cualquier obligación de preocuparnos por las necesidades del otro. Podemos ser tan raros y egoístas como queramos, sin temer ningún juicio o consecuencia. Toda emoción queda al margen; no hay el más mínimo deseo de que nos comprendan y, por tanto, tampoco ningún riesgo de que no nos comprendan, que provocaría resentimiento y frustración. Podemos, por fin, sentir deseo sin necesidad de meter en la cama con nosotros todo el resto de nuestras vidas, lastradas hasta la extenuación.

Kirsten no es la única a quien le parece más seguro levantar un tabique entre algunos aspectos de su sexualidad y el resto de su vida. Rabih hace con regularidad algo muy similar. Hoy comprueba que su mujer esté dormida, susurra su nombre y espera que no le responda. Entonces, cuando está seguro de que no hay peligro, sale de puntillas, pensando que al fin y al cabo tal vez sería un buen asesino, baja la escalera, deja atrás los cuartos de los niños —ve a su hijo hecho un ovillo con Geoffrey, su oso favorito— y se mete en un pequeño anexo de la cocina, donde navega hasta su chat favorito. Es casi medianoche.

En el chat las cosas son también mucho más sencillas que con su mujer. No hace falta preguntarse si la otra persona está de humor; haces clic sobre su nombre y, dado el ámbito de internet donde se encuentran, das por hecho que estará dispuesta.

Y tampoco debe preocuparse, en ese entorno, por ser normal. Esta no es la versión de sí mismo que mañana tiene llevar a sus hijos al colegio en coche, o dar una charla en el trabajo u organizar más tarde una cena con algunos abogados, una maestra de parvulario y su esposa.

No tiene que ser amable o preocuparse por los demás. Ni siquiera tiene que pertenecer a su propio género. Puede probar a ver qué se siente siendo una lesbiana tímida y sorprendentemente creíble de Glasgow que da sus primeros pasos vacilantes hacia el despertar sexual.

Y luego, en cuanto termina, apaga el ordenador y puede volver a ser la persona que tanta gente —sus hijos, su mujer y sus colegas— confían que sea.

Desde cierto punto de vista, tal vez resulte patético elaborar fantasías en lugar de tratar de erigir una vida en la que los sueños puedan convertirse en realidades. Pero las fantasías a menudo son lo mejor que podemos hacer con nuestros deseos, múltiples y contradictorios; nos

permiten habitar una realidad sin destruir la otra. Al fantasear, liberamos a quienes se preocupan por nosotros de la irresponsabilidad total y la temible extrañeza de nuestros deseos. Es a su manera un logro, un signo de civilización. Y un acto de generosidad.

Estos sucesos imaginarios en el pesquero y en el chat no son un síntoma de que Rabih y Kirsten hayan dejado de amarse. Son señales de que ambos están tan involucrados en la vida del otro que a veces les falta la libertad interior de hacer el amor sin inseguridades y sin un inhibidor sentido de la responsabilidad.

El prestigio de la colada

Son una pareja moderna y, por tanto, comparten las tareas de acuerdo con un esquema complejo. Rabih trabaja cinco días a la semana, pero los viernes por la tarde vuelve pronto a casa para cuidar de los niños, algo que también es responsabilidad suya la mañana de los sábados y la tarde de los domingos. Kirsten trabaja los lunes, martes y miércoles hasta las dos, y los fines de semana está con los niños la tarde los sábados y la mañana de los domingos. Rabih se encarga del baño de los viernes y prepara la cena cuatro noches a la semana. Ella compra la comida y los productos para la casa, mientras que él se encarga de la basura, el coche y el jardín.

Acaban de dar las siete de una tarde de jueves. A lo largo de la mañana, Rabih ha asistido a cuatro reuniones, se las ha visto con un suministrador de baldosas poco cumplidor, ha resuelto —eso espera— un malentendido sobre reembolsos fiscales y ha tratado de conseguir que el nuevo director financiero apoye su plan para una convención de clientes que podría tener grandes consecuencias de cara al cuarto trimestre —o, por el contrario, ser un poco un desastre—. Ha tenido que viajar de pie en el pasillo de un autobús urbano abarrotado, media hora de ida y media de vuelta, y ahora se dirige andando a casa desde la parada bajo la lluvia. Va pensando en lo maravilloso que será llegar por fin a su hogar, servirse una copa de vino, leerles a los niños un capítulo de *Los cinco*, darles un beso de buenas noches y sentarse a la mesa a cenar y tener una conversación civilizada con su aliada y amiga más comprensiva, su mujer. No puede más y está tentado a sentir —y con razón— lástima de sí mismo.

Kirsten, por su parte, ha pasado casi todo el día en casa. Después de llevar a los niños al colegio (hubo una desagradable pelea en el coche por un estuche), ha recogido la mesa del desayuno, ha hecho las camas, ha atendido tres llamadas de trabajo —parece que a sus compañeros les cueste recordar que los jueves y los viernes no va a la oficina—, ha limpiado dos lavabos, ha pasado la aspiradora por la casa y sacado la ropa de verano de toda la familia. Ha quedado con un fontanero para que revise los grifos, ha recogido la ropa de la tintorería, ha llevado una silla al tapicero, ha programado una revisión dental para William y ha ido a buscar a los niños al colegio; les ha preparado y dado la merienda —una merienda saludable—, los ha persuadido para que hagan los deberes, les ha puesto la cena, los ha bañado y ha limpiado un reguero de manchas de tinta del suelo de salón. Ahora está pensando en lo maravilloso que será

que Rabih llegue por fin a casa para servirse una copa de vino, leerles a los niños un capítulo de *Los cinco*, darles un beso de buenas noches y sentarse a la mesa a cenar y tener una conversación civilizada con su aliado y amigo más comprensivo, su marido. No puede más y está tentada a sentir —y con razón— lástima de sí misma.

Cuando por fin están solos en la cama, leyendo, Kirsten no quiere molestar, pero le rondan algunas cosas por la cabeza.

—¿Te acordarás de planchar las fundas de los edredones mañana? —le dice sin apartar los ojos del libro.

A Rabih le da un vuelco el estómago. Se esfuerza por ser paciente.

—Es viernes —le señala—. Creía que hacías tú esas cosas los viernes.

Ella levanta la vista. Lo mira con frialdad.

—Ya lo pillo, ya lo pillo —responde—. El rollo doméstico: tarea mía. No te preocupes. Perdona que te lo haya pedido.

Estos encontronazos irritantes e incisivos pueden ser más agotadores que la cólera declarada.

Rabih piensa: «Ahora yo gano las dos terceras partes de nuestros ingresos, puede que más dependiendo de cómo calculemos el total, pero por lo visto también hago más de lo que me correspondería del resto de las cosas. Y acabo sintiéndome como si mi trabajo fuese solo algo que hago para mí. En realidad, las satisfacciones son contadas y el estrés, constante. No se puede esperar que, encima, me ocupe de las fundas de los edredones. Ya hago mi parte: llevé a los niños a nadar la semana pasada y ahora acabo de poner el lavavajillas. En el fondo, quiero que me cuiden y protejan. Estoy enfadado».

Y Kirsten piensa: «Todo el mundo parece creer que los dos días que paso en casa consisten en “relajarse” y que tengo suerte de disponer de ese tiempo. Pero esta familia no aguantaría ni cinco minutos en pie si no fuera por todas las cosas que hago en un segundo plano. Todo es responsabilidad mía. Me muero por tomarme un descanso, pero siempre que menciono alguna tarea que delegar, acabo sintiendo que estoy siendo injusta; así que, al final, parece más fácil callarse. Otra vez están fallando las luces; mañana tendré que perseguir al electricista. En el fondo, quiero que me cuiden y protejan. Estoy enfadada».

En nuestros días se espera la igualdad en todo en el seno de la pareja, lo que se traduce, en el fondo, en igualdad de sufrimiento. Pero medir el dolor para asegurar una dosificación idéntica no es tarea fácil: los padecimientos son una experiencia subjetiva, y existe siempre la tentación por ambas partes de formarse la sincera, aunque competitiva, convicción de que su vida es en realidad la más insufrible; y lo es de maneras que su pareja parece poco dispuesta a reconocer o reparar. Hace falta una sabiduría sobrehumana para no llegar a la consoladora conclusión de que la vida de uno es la más complicada.

Kirsten trabaja las suficientes horas a la semana y gana el suficiente dinero como para que no le apetezca mostrarse abiertamente agradecida a Rabih solo porque este cobre un poco más que ella. Por su parte, Rabih ha asumido las suficientes tareas en casa y ha sido abandonado a su suerte las suficientes noches como para que no le apetezca mostrarse abiertamente agradecido a Kirsten solo porque ella se dedique un poco más a los niños. Los dos se han cargado con una parte considerable de la tarea principal del otro y no están en disposición de mostrar una gratitud absoluta.

Las dificultades de los padres modernos se deben en parte al modo en que se reparte el prestigio. Las parejas no solo viven asediadas por exigencias prácticas a todas horas, sino que tienden a considerarlas humillantes, banales o desdeñables, por lo que es probable que sientan cierta reticencia a compadecer o aplaudir al otro, o a ellos mismos, solo por soportarlas. La palabra «prestigio» suena por completo fuera de lugar cuando la aplicamos a llevar a los niños al colegio o hacer la colada porque nos han enseñado perniciosamente a creer que esta cualidad pertenece a otros ámbitos: a la alta política, la investigación científica, el cine o la moda. Sin embargo, en su esencia, el prestigio no se refiere más que a aquello que sea noble e importante en la vida.

Somos poco propensos a admitir la posibilidad de que la gloria de nuestra especie no radique solo en el lanzamiento de satélites, la creación de empresas o la fabricación de semiconductores milagrosamente finos, sino también —aunque quede repartida entre miles de millones de nosotros— en la capacidad de meter la cucharada de yogur en bocas diminutas, encontrar calcetines perdidos, limpiar lavabos, gestionar rabetas y recoger cosas gelatinosas de la mesa. También al respecto hay dificultades que son dignas, no de censura o de un ridículo sarcástico, sino de cierto grado de glamur, lo que nos permitiría soportarlas con mayor comprensión y fortaleza.

Rabih y Kirsten sufren en parte porque pocas veces han visto sus luchas reflejadas con comprensión en el arte que conocen, que más bien tiende a ningunear y hacer bromas pueriles sobre el tipo de problemas a que ellos se enfrentan. No son capaces de admirar su propia valía por enseñar un idioma extranjero a un niño que se debate furioso por la impaciencia, por estar todo el día abotonando abrigos y controlando gorros, por mantener una casa decentemente, por dominar y refrenar estados de ánimo desesperados y por ayudar a sacar adelante cada nuevo día su modesta, si bien complicada, empresa doméstica. Nunca serán distinguidos por ello ni ganarán muchísimo dinero, morirán sin que nadie los conozca y sin los laureles de su comunidad, y así y

todo, el buen orden y la continuidad de la civilización depende en un grado diminuto pero crucial de sus esfuerzos silenciosos e inadvertidos.

Si Rabih y Kirsten pudieran leer la versión novelada de sus vidas, tal vez experimentasen —si el autor tuviera al menos un poco de talento— una leve aunque beneficiosa inyección de compasión ante sus dificultades, en absoluto desdeñables, y puede que así aprendieran a disolver parte de la tensión que aflora por las noches cuando, con los niños ya acostados, surge el tema, a primera vista desalentador, pero en realidad sumamente elevado, de la plancha.

El adulterio

Los cuernos

A Rabih lo invitan a Berlín para dar una charla sobre espacio público en un congreso de regeneración urbana. Hace escala en Londres y hojea un sinfín de revistas mientras sobrevuela Alemania. Prusia se extiende llana y vasta ahí abajo, salpicada de la nieve de noviembre.

El evento se celebra al este de la ciudad, en un palacio de congresos con hotel anexo. Su habitación, en la vigésima planta, es blanca y de una austeridad clínica, con vistas a un canal e hileras de huertos. De noche, cuando llega temprano, se ve una estación eléctrica y una ristra de torres de alta tensión que se extienden a lo lejos en dirección a la frontera con Polonia.

En el cóctel de bienvenida en la sala de baile no conoce a nadie, así que finge estar esperando a un colega. De vuelta a su cuarto, llama a casa. Los niños acaban de bañarse.

—Me gusta cuando no estás —le dice Esther—. Mamá nos va a dejar ver una peli y comernos una pizza.

Rabih contempla una avioneta que traza círculos en lo alto, sobre los campos helados que hay más allá del aparcamiento del hotel. Mientras Esther habla, se oye a William cantando de fondo, como para dejar claro lo poco que le interesa cualquier padre que haya tenido el mal gusto de marcharse sin él. Sus voces suenan más infantiles por teléfono; les inquietaría saber cuánto los echa de menos.

Se come un sándwich mientras ve un canal de noticias; a través de su lente, la sucesión de tragedias resulta invariablemente uniforme y anodina.

Al día siguiente por la mañana ensaya su charla frente al espejo del baño. Sale a escena a las once en la sala principal. Expone sus argumentos con vehemencia y un hondo conocimiento de la materia. Defender las virtudes de unos espacios públicos bien pensados que sirvan para cohesionar a la comunidad es la labor de su vida. Cuando termina, algunas personas se acercan a felicitarlo. A la hora de comer, está sentado a una mesa con delegados de todo el mundo. Hacía tiempo que no se encontraba en un ambiente tan cosmopolita. La acre conversación en curso va sobre Estados Unidos. Un paquistaní que trabaja en Qatar condena el impacto de las leyes de ordenación urbanística estadounidenses en los círculos de viraje; un holandés señala la indiferencia por parte de las élites del país respecto al bien común; un delegado finlandés

compara la dependencia de los combustibles fósiles de sus ciudadanos con la relación de un adicto con el opio.

En un extremo de la mesa, una mujer ladea la cabeza con una sonrisa irónica y resignada.

—Me guardo bien de intentar defender a mi país cuando salgo al extranjero —dice al fin—. Desde luego, estoy tan decepcionada con Estados Unidos como vosotros, pero sigo sintiendo una profunda lealtad hacia él, como la que le tendría hacia una tía loca y alcohólica por quien daría la cara si oyese a unos desconocidos criticándola a sus espaldas.

Lauren vive en Los Ángeles y trabaja en la UCLA, donde estudia los efectos de la inmigración en el valle de San Bernardino. Lleva una media melena castaña clara, sus ojos son de un verde grisáceo y tiene treinta y un años. Rabih intenta no mirarla demasiado directamente. La suya es esa clase de belleza con la que resulta inoportuno toparse en sus actuales circunstancias.

Falta una hora para que se reempresen las sesiones, y Rabih decide pasear por algo que hace las veces de jardín. Su vuelo de vuelta sale mañana temprano y cuando llegue a Edimburgo un nuevo proyecto estará esperándolo encima de la mesa. El vestido oscuro y entallado de Lauren no hacía nada para llamar la atención, pero recuerda hasta el último detalle. Y piensa también en la ristra de brazaletes que llevaba en el brazo izquierdo; se entreveía un tatuaje debajo, en la cara interna de la muñeca: un triste e involuntario recordatorio de la brecha generacional que hay entre ellos.

A última hora de la tarde, en el pasillo que conduce a los ascensores, está echando un vistazo a unos folletos cuando ella pasa por su lado. Rabih le sonrío incómodo, lamentando ya que nunca la conocerá, que su identidad más profunda —encarnada en esa bolsa de lona violeta que lleva colgada al hombro— le será por siempre desconocida, que solo pueda escribirse a sí mismo una única vida. Pero ella le anuncia que tiene hambre y le propone que vayan a tomarse un té a un bar con revestimiento de madera que hay al lado del centro de negocios, en la primera planta. Esta mañana ha desayunado ahí, añade. Se sientan en un largo banco de cuero junto a la chimenea. Detrás de Lauren hay una orquídea blanca. Él hace la mayoría de preguntas, y así va recabando información dispersa: el apartamento que tiene en Venice Beach, un trabajo anterior en la Universidad de Arizona, la familia de Albuquerque, su adoración por el cine de David Lynch, su activismo social, su judaísmo y el terror fingido hacia los funcionarios alemanes uniformados, que se extiende también al camarero, al que ha apodado Eichmann: un personaje rígido y con cuello de toro, con un notable potencial cómico. La atención de Rabih fluctúa entre los detalles de lo que está contando y lo que representa. Es al mismo tiempo ella misma y todas las personas a quienes él ha admirado, pero por las que aprendió a no sentir curiosidad desde el día de su boda.

Las comisuras de sus ojos se arrugan por la risa mientras mira al camarero:

—*You'll never turn the vinegar to jam, mein Herr!* —canta en voz baja, y Rabih se queda sin aliento ante su encanto. Le parece que de nuevo tiene quince años y que ella es Alice Saure.

Lauren llegó en avión a Frankfurt ayer, y allí cogió un tren, le cuenta: le da la impresión de que los trenes europeos son estupendos para pensar. Rabih se da cuenta de que allí, en casa, debe de ser casi la hora del baño. Qué sencillo sería hacer saltar por los aires su vida con solo mover la mano diez centímetros a la izquierda.

—Háblame de ti —lo invita.

Bueno, estudió en Londres y luego se marchó a Edimburgo; el trabajo lo mantiene ocupado, pero le gusta viajar cuando puede; sí, desde luego que le disgusta ese clima tan triste, pero puede que sea útil no preocuparse demasiado por el estado del cielo. La versión filtrada le viene a la mente con una facilidad imprevista. «¿Qué has hecho hoy, papá?», oye que le preguntan sus hijos. Papá dio una charla delante de un montón de gente, luego leyó un rato y se acostó temprano para poder subirse al primer avión de vuelta y ver a la niña de sus ojos y a su niño favorito, que ahora mismo podrían perfectamente no existir.

—No soportaré la cena de delegados —dice Lauren a las siete, después de que Eichmann haya ido a preguntarles si les apetece un cóctel.

Así que salen juntos del bar. A Rabih le tiemblan las manos al pulsar el botón del ascensor. Le pregunta a qué piso va y se coloca enfrente de ella en el cubículo de vidrio transparente que asciende. La niebla se ha aposentado sobre el paisaje.

Que el seductor de mediana edad sea tan directo rara vez es una cuestión de confianza o arrogancia; es más bien una especie de desesperación impaciente nacida de la triste certeza de la proximidad cada vez mayor de la muerte.

En lo básico, la habitación de Lauren es casi idéntica a la suya, pero le sorprende lo distinta que resulta su atmósfera. Un vestido violeta cuelga de una pared y hay un catálogo del Neues Museum junto al televisor; un portátil abierto reposa sobre el escritorio y al lado del espejo ve dos postales de un retrato de Goethe; el móvil de Lauren está enchufado al estéreo del hotel. Le pregunta si ha escuchado a cierta cantante y encuentra su disco con unas pocas pulsaciones: los arreglos son austeros, solo un piano y algo de percusión en lo que suena como una catedral cavernosa, y entonces una poderosa voz femenina irrumpe, hechizante, de una profundidad inusual, y luego de pronto aguda y frágil. «Esta parte me gusta especialmente», dice Lauren cerrando los ojos un instante. Rabih se queda de pie a los pies de la cama mientras la cantante repite la palabra «always» en octavas crecientes, como un grito directo a su alma. Se ha mantenido alejado de esa clase de música desde que nacieron los niños. No sirve de nada sentirse así de transportado cuando los límites de su vida exigen impassibilidad y resolución.

Rabih se acerca a ella, coge su cara entre las manos y la besa en los labios. Lauren lo atrae hacia sí y cierra los ojos de nuevo. «I will give you everything...», canta la voz.

Lo que ocurre es muy parecido a lo que recuerda de antes, ese primer tiempo con alguien nuevo. Si pudiera recopilar cada una de esas escenas de su pasado y disponerlas una tras otra en una única secuencia, la duración total tal vez no superaría la media hora, pero en muchos aspectos serían los mejores momentos de su vida.

Tiene la sensación de que le ha dejado acceder a una versión de sí mismo que hacía mucho que había dado por muerta.

Qué peligro suponen esos hombres, con una inseguridad enternecedora, que, dudando de su propio poder de atracción, necesitan comprobar sin cesar si resultan aceptables a los demás.

Lauren atenúa las luces. Cuántas diferencias dentro de los mismos parámetros básicos: su lengua más curiosa e impaciente, la espalda arqueada cuando Rabih se acerca a su vientre, sus piernas más firmes, sus muslos más oscuros. ¿Qué lo detendrá ya? La idea de que esto no está bien se ha perdido en la distancia, como la alarma de un despertador que suena a través de un profundo sueño.

Luego se quedan tumbados en silencio; su respiración va apaciguándose poco a poco. Las cortinas están descorridas, se ve la estación eléctrica, intensamente iluminada en la niebla.

—¿Cómo es tu mujer? —le pregunta Lauren sonriendo.

Es imposible juzgar su tono o saber cómo contestar. Las dificultades entre Kirsten y él le parecen demasiado suyas para compartirlas, aun cuando ahora hayan atraído un satélite nuevo, más inocente, a su órbita.

—Está... bien —titubea.

La expresión de Lauren es inescrutable, pero no insiste. Rabih le acaricia el hombro; en algún lugar, al otro lado de la pared, se oye bajar un ascensor. No puede decir que se aburra en casa. No es que no respete a su esposa, ni siquiera que ya no la desee. No, la realidad de su situación es más singular y humillante. Está enamorado de una mujer que demasiado a menudo da la impresión de no necesitar amor en absoluto; una luchadora tan competente y fuerte que no se presentan muchas oportunidades de cuidar de ella; alguien que mantiene una relación problemática con todo aquel dispuesto a ayudarla, y que a veces se diría que nunca está más cómoda que cuando la decepciona alguien en quien confiaba. Por lo visto se ha acostado con Lauren sin mayor o mejor motivo que el de que a él y a su mujer últimamente les cuesta muchísimo abrazarse; y que Rabih, en su fuero interno, y sin demasiada razón, está muy dolido y enfadado por ello.

Es raro que nos embarquemos en una aventura por indiferencia hacia nuestra pareja. Por lo general, a uno tiene que importarle mucho para molestarse en traicionarla.

—Creo que te gustaría —añade al fin.

—Seguro —responde ella con tono sereno. Su mirada ahora es maliciosa.

Llaman al servicio de habitaciones. Ella quiere pasta con limón y un poco de parmesano aparte; parece acostumbrada a explicar con detalle estas demandas a gente que las tomará en cuenta. Rabih, que se siente fácilmente intimidado cuando le sirven, admira esa actitud de creerse con derecho a exigir. El teléfono suena y Lauren responde a una llamada de un colega de Los Ángeles, donde aún no ha terminado la mañana.

Puede que, incluso más que el sexo en sí, sea la intimidad que este crea lo que le atrae. Es una rareza de estos tiempos que la forma más fácil de iniciar una amistad con alguien suela ser pedirle que se desnude.

Ambos son cordiales y considerados con el otro. No tendrán oportunidad de decepcionarse mutuamente. Pueden mostrarse competentes, generosos, creíbles y dignos de confianza, como hacen los desconocidos. Lauren le ríe los chistes. Dice que tiene un acento irresistible. Rabih se siente un poco solo al comprobar lo sencillo que es gustarle a alguien que no tiene ni idea de quién eres.

Hablan hasta la medianoche y luego se quedan dormidos castamente en los lados opuestos de la cama. Por la mañana, van juntos hasta el aeropuerto y toman un café en la zona de facturación.

—Sigamos en contacto..., si puedes. —Sonríe—. Eres uno de los buenos.

Se abrazan con fuerza, una expresión del afecto puro que solo puede existir entre dos personas que no tienen mayores expectativas en común. Su falta de tiempo es un privilegio. Auspiciados por ella, pueden seguir siendo siempre deslumbrantes a ojos del otro. Rabih siente cómo se agolpan las lágrimas y trata de recuperar la compostura mirando fijamente el reloj que anuncia un piloto de combate. Con la perspectiva de un océano y un continente entre ellos, es libre de dar rienda suelta a todas sus aspiraciones de contacto. Pueden arder en deseos de intimidad y quedar protegidos de cualquiera de sus consecuencias. Nunca habrá lugar a resentimientos; seguirán apreciándose como solo pueden hacerlo los que carecen de futuro.

Los pros

Llega a casa a primera hora del sábado por la tarde. Para su sorpresa, el mundo parece seguir avanzando como lo ha hecho siempre. Nadie lo mira en el aeropuerto ni en el autobús. Edimburgo no ha cambiado. La llave de la puerta todavía funciona. Kirsten está en el estudio, ayudando a William con los deberes. Esta mujer inteligente y realizada, que se graduó con matrícula en la Universidad de Aberdeen, que está inscrita en la sección escocesa del Real Colegio de Peritos y que maneja a diario presupuestos millonarios, está sentada en el suelo por orden de un niño de siete años y medio que ejerce sobre ella un poder sin paragón y que en este mismo momento la insta con impaciencia a que coloree unos arqueros de su versión de la batalla de Flodden Field.

Rabih trae regalos para todos —comprados después del control de pasaportes—. Le dice a Kirsten que ya se encarga él de los niños, de preparar la cena y el baño; seguro que está agotada. Una conciencia sucia es un acicate muy útil para mostrarse un poco más amable.

Rabih y Kirsten se acuestan temprano. Ella ha sido, desde hace una eternidad, su primera parada obligada cuando tenía algo que contar, ya fuera serio o trivial. Qué extraño le resulta, por tanto, estar en posesión de una noticia al mismo tiempo tan relevante y tan contraria a los principios tradicionales de la revelación de información.

Resultaría casi natural empezar por explicarle la coincidencia que fue toparse con Lauren en el ascensor —puesto que a esa hora él debía estar en una charla— y lo conmovedor que fue cuando, después de hacer el amor, ella le contó con voz entrecortada la enfermedad y la muerte de una abuela a la que había estado excepcionalmente unida durante toda su niñez. Adoptando ese mismo enfoque tranquilo y digresivo que emplean cuando analizan la psicología de las personas que conocen en las fiestas o los argumentos de las películas que ven juntos, podrían examinar lo emotivo y triste que fue para Rabih despedirse de ella en el aeropuerto de Tegel, y cuán emocionante y —algo— inquietante recibir un mensaje suyo al aterrizar. No habría nadie mejor cualificado con quien reflexionar sobre estos temas que su perspicaz, inquisitiva, divertida y observadora compañera de exploraciones vitales.

Le cuesta algo de esfuerzo, por consiguiente, acordarse de lo cerca que está de desatar una tragedia. Al parecer, mañana Esther ha quedado con unos amiguitos en una pista cubierta de esquí. Aquí es donde su historia podría llegar a un final decisivo, donde se desatarían la locura y el

caos. Tendrían que salir de casa a las nueve para estar allí a las diez menos cuarto. Bastaría, es consciente de ello, solo una frase para que todo lo establecido y coherente que hay en su vida terminara: su cerebro contiene un dato de apenas unas seis palabras que puede hacer saltar su familia por los aires. Su hija necesitará unos guantes, que están guardados en una caja del desván en la que pone ROPA DE INVIERNO. Le maravilla la capacidad de la mente de no traslucir ni un solo indicio externo de la dinamita que contiene. De todos modos, se siente tentado de mirarse en el espejo del baño para asegurarse de que no deja entrever nada.

Rabih comprende —pues la sociedad lo ha machacado con esta idea desde bien niño— que lo que ha hecho está mal. Muy mal, en realidad. En el lenguaje de la prensa sensacionalista, es escoria, una rata, un embustero y un traidor. Pero percibe también que no acaba de tener del todo clara la naturaleza exacta del mal que ha cometido. Sí que siente cierta preocupación, sin embargo por motivos admonitorios, secundarios: esto es, porque quiere que vaya bien mañana, y los días y años por venir. En el fondo, sin embargo, no es capaz de creer que lo ocurrido en esa habitación de hotel de Berlín sea en verdad malo en sí mismo. ¿Se trata, tal vez, se pregunta, de la típica excusa del adúltero?

Desde la perspectiva del romanticismo no puede haber, simple y llanamente, mayor traición. Incluso para quienes están dispuestos a consentir casi cualquier otra clase de comportamiento, el adulterio sigue siendo la transgresión sísmica definitiva, una atroz violación de algunas de las premisas más sagradas del amor.

La primera de ellas es que una persona no puede afirmar que ama a su pareja —y, en consecuencia, que valora de algún modo su vida en común—, y luego acostarse con otra. Si sucediera semejante desastre, solo significaría que no había amor desde el principio.

Kirsten se ha quedado dormida. Rabih le retira un mechón de pelo de la frente. Recuerda lo receptivos que eran en comparación los oídos y el vientre de Lauren, aun debajo del vestido. Ya en el bar, parecía que algo iba a ocurrir entre ellos; se hizo certeza cuando, al preguntarle si iba a menudo a esos congresos, él respondió que aquel le estaba pareciendo muy inusual y ella le sonrió calurosamente. Su franqueza era la baza principal de su encanto. «Me gusta», dijo dándose la vuelta mientras estaban en la cama, como si estuviese probando un plato nuevo en un restaurante. Pero la mente tiene muchas recámaras y una capacidad asombrosa de construir cortafuegos. En otra zona, en otra galaxia por completo distinta, sigue estando, intacto, el amor que siente por la forma en que Kirsten cuenta chistes de mal gusto en las fiestas, por la sorprendente reserva de poemas que sabe de memoria —Coleridge y Burns—, por su costumbre de combinar las faldas y medias negras con deportivas, por su habilidad en desembozar desagües y en averiguar lo que

pueda estar pasando bajo el capó de un coche —esas cosas en que destacan particularmente las mujeres a quienes sus padres han decepcionado a temprana edad—. No hay nadie en el planeta con quien prefiriera cenar antes que con su mujer, que es también su mejor amiga. Pero eso no ha evitado en modo alguno que Rabih pueda, tal vez, arruinarle la vida.

Segunda premisa: el adulterio no es una forma cualquiera de deslealtad. Una transgresión que implica desnudarse es de un orden fundamentalmente distinto, dice el mundo; es una traición cataclísmica e incomparable. Ir follando por ahí no es solo algo malo, es lo peor que podría hacerle una persona a otra a la que dice amar.

Esto no era exactamente, está claro, lo que Kirsten McLelland afirmó hace muchos años en aquella oficina de color salmón del registro civil de Inverness. Por otra parte, en el curso de su matrimonio ha habido muchas cosas que Rabih Khan no había previsto tampoco, incluida la firme oposición de su esposa a sus deseos de retomar la arquitectura, más que nada porque no quería ver reducidos sus ingresos ni siquiera por unos meses; o que le haya hecho perder el contacto con muchos de sus amigos porque le parecen «aburridos»; o la tendencia a hacer chistes a su costa cuando están en compañía; o la culpa con que tiene que cargar él siempre que las cosas le van mal a ella en el trabajo y la ansiedad extenuante que padece por cada aspecto de la educación de sus hijos... Estas son las historias que se cuenta a sí mismo, razonamientos más sencillos que preguntarse si no habrá sido en realidad él quien ha puesto cortapisas a su carrera o si sus amigos no serán tan entretenidos como parecían cuando tenía veintidós años.

Así y todo, Rabih se cuestiona si esa media hora debería decantar el cómputo moral en su contra de manera tan concluyente, si debería condenarlo por sí solo a arder en el infierno. Aunque tal vez no tengan el mismo poder de generar una indignación instantánea, hay traiciones igualmente dañinas —si bien no tan evidentes— en la costumbre de Kirsten de no escuchar, de no olvidar y de echar culpas injustas, y también en sus desdenes ocasionales y en sus ratos de indiferencia. No quiere hacer balance, pero no está seguro de que a tenor de este único acto, —hay que admitirlo, hiriente— deba convertirse tan directa y definitivamente en el malo de la película.

Tercera premisa: el compromiso con la monogamia es una consecuencia admirable del amor que nace de una generosidad de raíces profundas y de un interés íntimo en la prosperidad y el bienestar del otro. Escoger la monogamia es un indicador seguro de que uno desea lo mejor para su pareja.

Según su nueva visión de las cosas, a Rabih le resulta de todo menos amable o considerado insistir en que tu marido se vuelva solo a la habitación a ver la CNN y comerse otro sándwich

sentado en el borde de la cama, cuando tal vez solo le queden unas pocas décadas de vida en este planeta, su físico cada vez está más descuidado, tiene un historial en el mejor de los casos intermitente con el sexo opuesto y hay una mujer joven y californiana plantada delante de él que desea sinceramente desnudarse en su honor.

Si queremos definir el amor como un interés genuino en el bienestar de otra persona, entonces a buen seguro deberíamos considerarlo compatible con conceder permiso a un marido a menudo agobiado y algo apocado para que se baje del ascensor en la planta dieciocho y disfrute de diez minutos de cunnilingus rejuvenecedor con una prácticamente desconocida. De otro modo, daría la impresión de que lo que hay aquí no es amor en realidad, sino más bien una especie de posesión hipócrita y estrecha de miras; el deseo de hacer feliz al otro si, y solo si, esa felicidad nos incluye a nosotros.

Ya es más de medianoche, pero Rabih acaba de empezar su arenga, sabiendo que quizá haya objeciones, pero sorteándolas grácilmente y asumiendo entretanto una noción cada vez más quebradiza de superioridad moral.

Cuarta premisa: la monogamia es el estado natural del amor. Una persona cuerda no puede amar más que a una sola persona. La monogamia es el barómetro de la salud emocional.

¿No hay acaso cierto idealismo infantil, se pregunta Rabih, en nuestro deseo de encontrarlo todo en una persona, en alguien que será de manera simultánea mejor amigo, amante, co-padre, cochófer y socio empresarial? Es la receta ideal para la desilusión y el resentimiento, pero en ella se basan millones de matrimonios por lo demás perfectamente óptimos.

¿Qué hay más natural que sentir una atracción ocasional por otra persona? ¿Cómo esperamos que alguien crezca en entornos hedonistas y liberados, experimente el sudor y la excitación de los locales nocturnos y parques veraniegos, escuche música llena de deseo y lujuria y luego, inmediatamente después de firmar un pedazo de papel, renuncie a todo interés sexual hacia el exterior, no en nombre de ningún dios en particular o de una instancia superior, sino simplemente por la suposición aun por analizar de que debe de estar muy mal? ¿No hay más bien algo inhumano, en verdad «malo», en que no nos sintamos tentados, en que no nos demos cuenta del poco tiempo que nos queda a todos y, por tanto, de la urgente curiosidad con que deberíamos querer explorar la individualidad única y carnosa de más de uno de nuestros contemporáneos? Dar lecciones morales en contra del adulterio equivale a negar la legitimidad de toda una serie de excelencias sensoriales —Rabih piensa en los omoplatos de Lauren—, que son a su manera tan dignos de reverencia como otros deleites más aceptables, al estilo del final de «Hey Jude» o los techos de la Alhambra. ¿No es equiparable el rechazo a las posibilidades adúlteras a una

infidelidad respecto a la riqueza de la vida misma? Por decirlo de otra manera: ¿sería racional confiar en alguien que no estuviese, en determinadas circunstancias, muy interesado en ser infiel?

Los contras

Los mensajes son, al principio, puramente corteses. ¿Llegó bien Rabih? ¿Cómo lleva Lauren el *jet lag*? También se abordan algunos temas profesionales: ¿ha recibido el boletín sobre las conclusiones de la conferencia? ¿Conoce la obra del urbanista Jan Gehl?

Entonces, un día, a las once de la noche, nota que el teléfono vibra y se mete en el lavabo. Desde Los Ángeles, Lauren le ha escrito que, para ser sinceros, le está costando olvidarse de su polla.

Rabih borra el mensaje de inmediato, saca la tarjeta SIM del teléfono, la esconde en su neceser, mete el teléfono debajo de un chándal y se vuelve a la cama. Kirsten extiende los brazos hacia él. Al día siguiente, con el teléfono ensamblado de nuevo, le envía a Lauren un mensaje de respuesta desde el cubículo de la colada que hay debajo de la escalera: «Gracias por una noche extraordinaria, maravillosa, generosa. Nunca me arrepentiré. Me acuerdo de tu vagina». Por diversos motivos, borra la última frase antes de mandarlo.

En cuanto a lo de no arrepentirse, lo cierto es que, allí rodeado de toallas tendidas, está empezando a resultar algo más complicado.

El sábado siguiente, en una juguetería del centro a la que ha ido con William para comprar un barco a escala, le llega un correo electrónico con un archivo adjunto. Junto a un estante lleno de velas diminutas, lee: «Me encanta tu nombre, Rabih Khan. Cada vez que lo pronuncio en voz alta, me siento satisfecha de algún modo. Sin embargo, también me entristece, porque me recuerda todo el tiempo que he desperdiciado con hombres que no comparten tu naturaleza genuina y apasionada, y que no han sido capaces de comprender las facetas de mí que necesitaba que alguien entendiese. Espero que te guste la foto adjunta; soy yo con mis zapatos Oxford favoritos y calcetines. Este es mi auténtico yo, ese que tan encantada estoy de saber que viste y que puede que vuelvas a ver dentro de no mucho».

William le tira de la chaqueta. Parece consternado: el barco con el que lleva todo el mes obsesionado cuesta mucho más de lo que creía. Rabih nota que se pone pálido. En la foto que se ha hecho a sí misma se la ve de pie en el baño, enfrente de un espejo de cuerpo entero, de perfil y con nada más que unos zapatos de cordones y unos calcetines amarillos y negros que le llegan por la rodilla. Rabih le propone a William que compren un portaaviones de juguete.

El mensaje queda sin respuesta el resto del fin de semana. No tiene tiempo ni ocasión de volver a él hasta el lunes por la noche, mientras Kirsten está en el club de lectura.

Cuando abre la aplicación del correo para contestarle, ve que Lauren se ha adelantado: «Sé que tu situación es complicada, y nunca querría hacer nada que la ponga en riesgo, pero me sentía tan tonta y vulnerable la otra noche... No acostumbro enviar fotos desnuda a hombres que apenas conozco. Me dolió un poco que no me respondieras. Perdóname por decirlo... Ya sé que no tengo ningún derecho. Es solo que no dejo de pensar en tu cara, dulce y amable. Eres un buen hombre, Rabih. No dejes que nadie te diga lo contrario. Me gustas más de lo que debería. Te quiero dentro de mí».

Para el hombre de cara dulce, las cosas son cada vez más complejas.

Quizá no por casualidad Rabih cada vez es más consciente de la bondad de su esposa. Se da cuenta de las molestias que se toma en prácticamente todo lo que hace. Todas las noches pasa horas ayudando a los niños con los deberes, se acuerda de sus ejercicios de ortografía, los ayuda a ensayar las obras del colegio y les cose parches en los pantalones. Ha apadrinado a un huérfano de Malawi con una deformación en el labio. A Rabih le sale una llaga en la cara interna de la mejilla y, sin que él se lo pida, su mujer compra un gel medicinal y pasa a dejárselo por el trabajo. Se le da de maravilla lo de parecer muchísimo mejor que él, cosa por la que está extremadamente agradecido y, en otro plano, absolutamente furioso.

La generosidad de ella parece resaltar la medida de la ineptitud de él y se le hace más insoportable cada día. El carácter de Rabih empeora. Le habla mal a Kirsten delante de los niños. Tira la basura y plancha las sábanas a regañadientes. Le gustaría que se mostrara un poquito más desagradable, para que su juicio sobre él estuviera más en consonancia con la propia autoestima de Rabih.

Una noche, cuando ya se han metido en la cama y Kirsten le está hablando de algo relacionado con la revisión anual del coche, su incomodidad toca techo.

—Ah, y mandé alinear los neumáticos... Parece ser que hay que hacerlo más o menos cada seis meses —dice ella, sin levantar siquiera la vista del libro.

—Kirsten, ¿por qué te preocupas de esas cosas?

—Bueno, podría ser importante. El mecánico dice que es peligroso no hacerlo.

—Das miedo, ¿lo sabes?

—¿Miedo?

—Esa forma de ser tan... tan organizada, tan planificadora, tan razonable con todo, joder.

—¿Razonable?

—Aquí todo es absolutamente sensato, racional, todo está pensado, bajo vigilancia, como si hubiese un horario programado desde ya hasta que nos muramos.

—No lo entiendo —replica Kirsten, absolutamente perpleja—. ¿Bajo vigilancia? ¿Llevo el

coche a arreglar, y de repente soy la mala de una novela antiburguesa que te has montado en la cabeza?

—Exacto, tienes razón. Tú siempre tienes razón. Lo que no sé es cómo se te da tan bien hacer que yo quede como un loco y un desastre. Lo único que puedo decir es que aquí está todo muy bien ordenado.

—Creía que te gustaba el orden.

—Yo también lo creía.

—¿Creía? ¿En pasado?

—Puede acabar resultando mortecino. Aburrido, incluso. —No logra evitarlo. Se siente empujado a decir las cosas más horribles, a tratar de destrozar la relación, para ver si es sólida y real.

—No me estás hablando con buenas maneras. Y no creo que por aquí haya nada de aburrido. Ojalá.

—Sí que lo hay. Yo me he vuelto aburrido. Y tú también te has vuelto aburrida, por si no te habías dado cuenta.

Kirsten mira al frente, con los ojos más abiertos de lo normal. Se levanta de la cama con silenciosa dignidad, el dedo todavía marca la página del libro que está leyendo, y sale de la habitación. Rabih la oye bajar la escalera y cerrar la puerta del salón detrás de sí.

—¿Cómo tienes ese talento para hacer que me sienta culpable por cada puta cosa que hago? —grita a sus espaldas—. La puñetera santa Kirsten. —Y patea el suelo con tanta fuerza que despierta un momento a su hija en el cuarto de abajo.

Después de veinte minutos de reflexión, va con ella. Está sentada en el sillón, junto a la lámpara, con una manta echada sobre los hombros. No levanta la vista cuando él entra. Rabih se sienta en el sofá y apoya la cabeza entre las manos. Al lado, en la cocina, la nevera emite un temblor cuando el termostato activa el motor.

—Te crees que para mí todo esto es divertido, ¿verdad? —dice ella al fin, aún sin mirarlo—. Desperdiciar lo mejor de mi carrera para lidiar con dos niños preciosos pero agotadores y desquiciantes sin tregua y un marido la-mar-de-interesante y al-borde-de-una-crisis-nerviosa. ¿Crees que era esto lo que yo soñaba cuando me leí a los quince años la maldita *Mujer eunuco* de Germaine Greer? ¿Tienes idea de la cantidad de chorradas con que tengo que mentalizarme a diario para que esta familia funcione? Y mientras, lo único que haces es ir acumulando una especie de resentimiento misterioso porque se supone que soy yo la que ha impedido que desarrolles todo tu potencial como arquitecto, cuando la verdad es que te preocupa el dinero mucho más que a mí, pero te resulta muy práctico echarme las culpas de tu prudencia. Porque las cosas siempre son mucho más fáciles si la culpa es mía. Te pido una cosa, y solo una: trátame con respeto. Me da igual qué fantasías tengas o en qué movidas te metas cuando vas aquí o allá, pero

no pienso tolerar que seas desconsiderado conmigo. ¿Te crees que eres el único que se aburre de vez en cuando? Pues déjame que te diga que yo tampoco estoy siempre feliz. Por si no se te había ocurrido, a veces también me siento un poco insatisfecha, y desde luego, tengo tantas ganas de que tú me pongas bajo vigilancia a mí como las que tienes tú de que yo te ponga a ti.

Rabih la mira sorprendido por el final de su discurso.

—¿Bajo vigilancia? ¿En serio? —le pregunta—. Qué expresión tan curiosa.

—Tú la has usado primero.

—Yo no.

—Sí, en la habitación. Has dicho que aquí todo era sensato y estaba bajo vigilancia.

—Estoy seguro de que yo no he dicho eso. —Rabih hace una pausa—. ¿Hay algo por lo que tuviera que estar vigilándote?

El latido de su relación, que no ha parado un segundo desde aquella tarde en el Jardín Botánico, parece detenerse.

—Sí, me estoy follando a todos los hombres del equipo, del primero al último. Por fin me lo preguntas. Creía que nunca lo harías. Al menos ellos sí que saben tratarme con respeto.

—¿Estás teniendo un lío con alguien?

—No seas ridículo. Lo único que tengo con esos hombres son citas para comer.

—¿Con todos a la vez?

—No, señor inspector, los prefiero de uno en uno.

Rabih está desplomado en la mesa, cubierta de los deberes de sus hijos. Kirsten se pasea junto a la despensa, donde hay colgada una foto grande de los cuatro en unas vacaciones memorables en Normandía.

—¿Con cuáles quedas para comer?

—¿Qué más da? Está bien: con Ben McGuire, por ejemplo, en Dundee. Es tranquilo, le gusta pasear y no parece que considere un defecto terrible que yo sea «razonable». De todas maneras, volviendo a lo importante, ¿cómo lo explico más claro? Ser agradable no es aburrido. Es un logro enorme, un logro del que el noventa y nueve por ciento de la humanidad no es capaz día tras día. Si «agradable» es aburrido, entonces me encanta lo aburrido. No quiero que vuelvas a gritarme nunca delante de los niños como hiciste ayer. No me gustan los hombres que gritan. No tienen el más mínimo atractivo. Creía que ese era justamente tu encanto, que no gritabas.

Kirsten va por un vaso de agua.

Ben McGuire. El nombre le suena. Se lo ha mencionado antes. Estuvo Dundee una tarde... ¿Cuándo fue? Había una especie de encuentro del ayuntamiento. ¿Cómo se atreve el McGuire ese a invitar a su mujer a comer? ¿Acaso está loco? Y sin ni siquiera pedirle permiso a Rabih, permiso que desde luego él nunca habría concedido.

Comienza con el interrogatorio de inmediato:

—Kirsten, ¿has hecho algo con Ben McGuire, o ha dejado entrever él que le gustaría, de algún modo, hacerte algo? ¿O debería decir hacer algo contigo?

—No adoptes ese tono distante y de abogado conmigo, Rabih. ¿Tú crees que estaría hablándote de esta manera si tuviese algo que esconder? No soy una narcisista que se siente inmediatamente empujada a desnudarse solo porque alguien me encuentra atractiva. Pero si alguien piensa de verdad que soy increíble, si se da cuenta de que me he cortado el pelo o le gusta la ropa que llevo, tampoco se lo echo en cara. Por sorprendente que parezca, no soy virgen. Muy pocas mujeres de mi edad lo son, en estos tiempos. Probablemente vaya siendo hora de que asumas el hecho de que tu madre no es esa Virgen María que sigue viva en tu imaginación. ¿Qué crees que tu madre hacía por las noches cuando volaba por todo el mundo? ¿Leer pasajes escogidos de la Biblia de Gedeón en la habitación del hotel? En todo caso, espero por su bien que fuese maravilloso y que sus amantes la adoraran, y me alegro de que tuviera la decencia de mantenerte siempre al margen. Bendita sea. Solo que te transmitió, sin quererlo, algunas ideas muy deformadas sobre las mujeres. Sí, las mujeres, de hecho, tienen necesidades propias, y a veces, aun si aman a sus maridos y son buenas madres, les gustaría que alguien nuevo y desconocido se fijara en ellas y las deseara con desesperación. Lo que no significa que no sean también el vivo retrato de la sensatez a diario y que no piensen qué aperitivo saludable meterles a sus hijos en la fiambra. A veces parece que creas que eres el único aquí con vida interior, pero todos tus sutiles sentimientos son en el fondo muy normales, y no señal de genialidad. Esto es el matrimonio y esto es en lo que nos metimos, los dos, para siempre, sabiendo lo que hacíamos. Yo intento ser fiel a eso, tanto como puedo, y espero que tú también lo seas.

Después, se queda callada. En la encimera de enfrente hay un paquete grande de harina, sacado de la despensa en previsión del pastel que Kirsten va a preparar con los niños mañana. Ella lo mira por un segundo.

—Y en cuanto a lo de que nunca hago ninguna locura...

El paquete cruza volando el salón antes de que Rabih pueda decir palabra y se estrella contra la pared con tal fuerza que estalla en una nube blanca. Tarda un tiempo sorprendente en asentarse sobre la mesa y las sillas del comedor.

—Eres tan estúpido, inepto y ofensivo... ¿Ha sido esto lo bastante loco para ti? A lo mejor mientras lo limpias todo te da tiempo de recordar lo divertidas que pueden ser las tareas domésticas. Y, por favor, nunca, nunca jamás vuelvas a llamarme aburrida.

Kirsten sube la escalera y Rabih se arrodilla con el cepillo y el recogedor. Hay harina por todas partes: necesita casi un rollo entero de papel de cocina, cuidadosamente humedecido, para quitar el grueso de encima de la mesa, de las sillas y de entre las baldosas del suelo, y aun así sabe que los restos del suceso seguirán visibles durante semanas. Mientras limpia recuerda también, como hacía tiempo que no recordaba, que se casó con esa mujer en particular por una buena razón.

Resulta muy doloroso, por tanto, pensar —equivocadamente— que tal vez la haya perdido frente a un colega perito del ayuntamiento de Dundee; y lo que es peor, justo en un momento en que no tiene nada a lo que agarrarse ni autoridad moral alguna que ejercer. Sí, ya sabe que está siendo ridículo, pero los pensamientos se le agolpan sin que pueda evitarlo. ¿Desde cuándo dura ese adulterio? ¿Cuántas veces se han visto? ¿Dónde lo hacen? ¿En el coche? Tendrá que inspeccionarlo de arriba abajo por la mañana. Siente náuseas. Ella es por naturaleza tan hermética y reservada que podría llevar una segunda vida, piensa Rabih, sin que él tuviera la más mínima idea. No sabría ni por dónde empezar a interceptar sus correos o espiar su móvil. ¿Será cierto que pertenece a un club de lectura? Cuando el mes pasado dijo que iba a visitar a su madre, ¿pasaría en realidad el fin de semana con su amante? ¿Y qué hay de ese «café» que se toma a veces los sábados? Tal vez haya algún localizador que esconderle en el abrigo. Está indignado y absolutamente aterrorizado al mismo tiempo. Su esposa está a punto de dejarlo, o si no, planea seguir con él pero tratarlo con rabia y frialdad por siempre jamás. Cuánto echa de menos su vida de antes, cuando no conocían más —intenta convencerse— que la calma, la lealtad y la estabilidad. Quiere que Kirsten lo acune entre sus brazos como a un bebé y hacer retroceder el reloj. Creía que iban a pasar una velada tranquila, y ahora todo ha llegado a su fin.

Ser maduro, nos dicen, es dejar atrás el afán de posesión. Los celos son propios de los bebés. Una persona madura sabe que nadie es dueño de nadie. Es lo que los sabios nos han enseñado desde el principio de los tiempos. Deja que Jack juegue con tu camión de bomberos: aunque os lo turnéis, seguirá siendo tuyo. Deja de tirarte a suelo enfadado y de dar golpes en la alfombra con los puñitos. Tu hermanita es la niña bonita de papá, pero eso no quita que tú también lo seas. El amor no es un pastel: si le das amor a una persona, no queda menos para los demás. El amor se hace más grande cada vez que llega un bebé a la familia.

Más adelante, el argumento cobra todavía mayor sentido a propósito del sexo. ¿Por qué vas a pensar mal de tu pareja si se marcha una hora para ir a restregar una determinada zona de su cuerpo contra la de un desconocido? A fin de cuentas, no te enfadarías si fuese a jugar al ajedrez con alguien que tú no conocieses o si se uniera a un grupo de meditación en que hablaran de sus vidas íntimas a la luz de las velas, ¿verdad que no?

Rabih no puede dejar de hacerse ciertas preguntas: ¿dónde estaba Kirsten el jueves pasado por la tarde, cuando la llamó y no se lo cogió? ¿A quién trata de impresionar con esos zapatos negros nuevos? ¿Por qué, cuando teclea «Ben McGuire» en la barra de búsqueda del portátil de Kirsten —que ha conectado en secreto en el baño—, solo le salen aburridos correos electrónicos de trabajo entre ellos dos? ¿Cómo y dónde más se comunican? ¿Se han abierto cuentas de correo

ocultas? ¿Es por Skype? ¿O algún servicio encriptado? Y la pregunta más importante y estúpida: ¿es bueno en la cama?

La estupidez de los celos los convierte en un blanco tentador para aquellos con ganas de dar lecciones de moral. Pueden ahorrárselas. Por poco edificantes y directamente tontos que sean los ataques de celos, no hay manera de eludirlos: haríamos bien en aceptar que somos sencillamente incapaces de conservar la cordura cuando nos enteramos de que la persona a quien amamos y en la que confiamos ha tocado los labios, o puede incluso que apenas la mano, de una tercera persona. No tiene sentido, no cabe duda, y contraviene de plano las ideas, a menudo bastante sobrias y leales, que pudiéramos tener cuando fuimos nosotros los que traicionamos a alguien en el pasado. Pero en esta cuestión no somos capaces de razonar. Ser sabios consiste en saber darse cuenta de cuándo la sabiduría no es una opción.

Se esfuerza por respirar más despacio. Podría parecer enfadado, pero en el fondo solo está aterrizado. Prueba con una técnica que mencionaban un día en una revista: «Imaginemos, si en efecto Kirsten ha tenido varios encuentros con Ben, qué podría querer decir con ellos. ¿Qué significó cuando estuve con Lauren? ¿Quería yo abandonar a Kirsten? Rotundamente no. Así que, con toda probabilidad, cuando estuvo con Ben, ella tampoco quería largarse. Lo más seguro es que se sintiese menospreciada y vulnerable y deseara una confirmación de su sexualidad: cosas que ya ha dicho que necesita y que yo necesito también. Lo que sea que haya hecho, no debe de ser peor que lo ocurrido en Berlín, que en realidad no fue tan malo. Perdonarla supondría asumir algunos de los mismos impulsos que tengo yo, y ver que no son más enemigos de nuestro matrimonio y nuestro amor cuando son suyos que cuando son míos».

Parece muy lógico y elevado; pero no cambia ni un ápice las cosas. Rabih está empezando a aprender lo que es «ser bueno», pero no a la manera normal, indirecta, escuchando un sermón o siguiendo con diligencia las normas sociales por falta de elección o por un respeto pasivo y temeroso de la tradición. Está convirtiéndose en una persona algo mejor por el medio más auténtico y efectivo que hay: mediante la oportunidad de vivir desde dentro las consecuencias a largo plazo del mal comportamiento.

Mientras hayamos sido los beneficiarios inadvertidos de la lealtad de otros, nos será fácil mantener la sangre fría respecto al adulterio. Que no nos hayan traicionado nunca nos predispone a la fidelidad. Para convertirnos en personas más auténticamente leales debemos padecer algunos episodios que nos vacunan en los que, por un momento, nos sentimos aterrizados hasta el pánico, vulnerados y a punto de desmoronarnos. Solo entonces el

mandamiento de no traicionar a nuestras parejas puede pasar de ser un t3pico insulso a un imperativo moral permanentemente v3vido.

Deseos irreconciliables

Rabih anhela, en primer lugar, seguridad. Las noches de los domingos en invierno suelen ser especialmente acogedoras, con los cuatro sentados en torno a la mesa cenando la pasta que ha cocinado Kirsten; con William riendo y Esther cantando. Fuera está oscuro. Comen su pan negro alemán favorito. Luego hay partida de Monopoly, pelea de almohadas, baño, cuento y hora de acostarse para los niños. Kirsten y Rabih se meten en la cama, también, para ver una película; se cogen de la mano debajo de la colcha, como al principio de su relación, solo que el resto se reduce a un beso casi incómodo en los labios mientras desfilan los títulos de crédito y diez minutos después los dos están dormidos, seguros y arrebuajados.

Pero ansía también algo de aventura. Las seis y media de una de esas insólitas tardes de verano perfectas de Edimburgo, cuando las calles huelen a diesel, café, frituras, asfalto caliente y sexo. Las aceras están abarrotadas de gente con vestidos de algodón estampados y vaqueros anchos. Las personas sensatas se encaminan a casa; pero para los que se queden, la noche promete calor, intriga y diabluras. Una joven con un top ajustado —puede que una estudiante o una turista— pasa por allí e insinúa una levisísima sonrisa conspiradora, y de pronto todo parece estar a nuestro alcance. En las horas siguientes, las personas entrarán en bares y discotecas, gritarán para hacerse oír a pesar de la reverberación de la música y, exaltadas por el alcohol y la adrenalina, acabarán entrelazándose con desconocidos en las sombras. A Rabih lo esperan en casa dentro de quince minutos para bañar a los niños.

Nuestras vidas románticas están condenadas a ser infelices e incompletas, pues somos criaturas impulsadas por dos deseos esenciales que apuntan con fuerza en direcciones opuestas. Pero lo peor es nuestro utópico rechazo a tolerar esta divergencia, la ingenua esperanza de que de algún modo es posible una sincronización sin coste alguno: que el libertino pueda entregarse a la aventura pero a la vez eludir el caos y la soledad. O que el romántico casado pueda aunar sexo y ternura, pasión y rutina.

Lauren le envía un mensaje para preguntarle si podrían comunicarse *online* en algún momento. Le gustaría oír su voz, y a ser posible, verlo: las palabras no bastan.

Pasan diez días antes de que Kirsten tenga un plan que le lleve a salir de casa de noche. Los niños lo mantienen ocupado hasta que es casi la hora y luego, debido a la señal de wifi, se ve confinado a la cocina el tiempo que dura la llamada. Se ha asegurado ya, repetidamente, de que Esther y William no necesiten un vaso de agua, pero se vuelve hacia la puerta cada pocos minutos, por si acaso.

Nunca antes había usado Facetime, y tarda un poco en configurarlo. Ahora, dos mujeres cuentan con él de forma distinta. Unos minutos y tres contraseñas más tarde, Lauren aparece de pronto ahí, como si llevase todo este rato esperándolo dentro del ordenador.

—Te echo de menos —le dice enseguida. Hace una mañana soleada en el sur de California.

Está sentada en su salón-cocina, con un suéter informal de rayas azules. Se acaba de lavar el pelo. Tiene los ojos vivos y alegres.

—He preparado café. ¿Quieres un poco? —le pregunta.

—Claro, y unas tostadas.

—Te gustan con mantequilla, creo recordar. Marchando.

La pantalla parpadea un segundo. Así serán las relaciones amorosas cuando hayamos colonizado Marte, piensa Rabih.

Los encaprichamientos no son meras ilusiones. La postura corporal de una persona puede indicarnos realmente que se trata de alguien segura de sí, irónica y sensible; quizá en verdad tenga el sentido del humor y la inteligencia que denotan sus ojos, y la ternura que sugiere su boca. El error de los encaprichamientos es más sutil: es que olvidamos la verdad fundamental de la naturaleza humana, según la cual las personas —no solo nuestra actual pareja, en cuyos múltiples defectos somos expertos—, todas sin excepción, tienen algún problema considerable y exasperante que descubriremos cuando hayamos pasado más tiempo con ellas, un problema tan gordo que dejará en ridículo ese arrebatado del principio.

Las únicas personas que pueden parecernos normales son las que aún no conocemos demasiado bien. La mejor cura para el amor es tener la oportunidad de conocerlas mejor.

Cuando vuelve la señal, Rabih distingue, en una esquina alejada, lo que parece ser un tendedero con algunos pares de calcetines secándose.

—Por cierto, ¿dónde está el botón «tu amante a un clic de distancia»? —se pregunta Lauren en voz alta.

Rabih está totalmente a su merced. Lo único que tiene que hacer es buscar el correo electrónico de Kirsten en la web del ayuntamiento de Edimburgo y mandarle un mensaje.

—Lo tengo aquí mismo —responde él.

De pronto, su mente hace un salto hacia delante, a un posible futuro con Lauren. Se imagina

viviendo con ella en Los Ángeles, en ese apartamento, después del divorcio. Harían el amor en el sofá, la acunaría en sus brazos, se quedarían despiertos hasta tarde hablando de sus vulnerabilidades y deseos, irían a Malibú a comer gambas en un sitio que conoce ella al lado del mar. Pero también tendrían que recoger la colada, buscar quien arregle los fusibles y enfadarse porque la leche se ha agriado.

En parte porque Lauren le gusta mucho, Rabih no quiere que la cosa vaya más lejos. Se conoce lo bastante bien como para saber lo desgraciada que la haría. A la luz de todo lo que sabe de sí mismo y del camino del amor, es consciente de que lo mejor que puede hacer por alguien que de verdad le gusta es quitarse rápidamente de en medio.

El matrimonio: algo tremendamente peculiar y en último término mezquino que infligimos a alguien que según decimos nos importa.

—Te echo de menos —repite ella.

—Yo también a ti. Estoy mirando con atención esa ropa tendida que tienes ahí detrás. Es muy bonita.

—¡Serás malo y perverso!

Seguir adelante con esa historia de amor —una consecuencia lógica de su entusiasmo— terminaría siendo, en realidad, la cosa más egoísta y desconsiderada que podría hacerle a Lauren, por no hablar de Kirsten. Comprende que la verdadera generosidad radica en admirar, ver más allá del ansia de permanencia y alejarse.

—Quería decirte una cosa... —dice Rabih.

Mientras le explica sus reservas, ella se muestra paciente con sus titubeos y con lo que llama su tendencia a «dorarle la píldora a la libanesa», comenta en broma que está despidiéndola de su puesto de amante, pero es elegante, decente, comprensiva y, por encima de todo, bondadosa.

—No hay muchas personas como tú en el mundo —concluye él, y lo cree de verdad.

Lo que lo guió en Berlín fue la súbita esperanza de paliar alguna de las carencias de su matrimonio por medio de una nueva pero limitada incursión en la vida de otra persona. Pero tal como lo ve ahora, una esperanza semejante no podía ser más que un disparate sentimental y una forma de crueldad, también, en la que todos los implicados se arriesgaban a perder algo y salir heridos. No había resolución posible en la que no se sacrificara nada. Comprende que la aventura y la seguridad son irreconciliables. Un matrimonio cariñoso y los niños acaban con la espontaneidad erótica, y una aventura acaba con el matrimonio. No podemos ser al mismo tiempo libertinos y románticos casados, por mucho que nos atraigan ambos paradigmas. En cualquier caso, no resta importancia a la pérdida. Despedirse de Lauren supone salvaguardar su matrimonio, pero también negarse a sí mismo una fuente crucial de ternura y entusiasmo. Ni el adúltero ni el

esposo fiel lo hacen bien. No hay solución. Rabih llora en la cocina, hacía años que no sollozaba con tanto sentimiento: por lo que ha perdido, por lo que ha puesto en peligro y por lo cruel que ha sido la elección. Tiene el tiempo justo de recomponerse entre el momento en que la llave gira en la cerradura y la entrada de Kirsten en la cocina.

Las semanas siguientes las vivirá con una mezcla de alivio y tristeza. Su mujer le preguntará en un par de ocasiones si le ocurre algo, y en la segunda, Rabih hará un esfuerzo tremendo por enmendar su comportamiento y que ella no tenga que volver a preguntarle.

La melancolía no es, por descontado, un desorden que haya que curar. Es una especie de dolor inteligente que surge cuando nos enfrentamos cara a cara con la certeza de que el desengaño va incluido en el guion desde el principio.

No somos unos elegidos. Casarse con alguien, incluso con la persona más adecuada, se reduce a una cuestión de descubrir la variedad de sufrimiento por la que preferimos sacrificarnos.

En un mundo ideal, reescribiríamos los votos matrimoniales del primero al último. Así, una pareja en el altar diría: «Aceptamos no dejarnos llevar por el pánico cuando, dentro de unos años, lo que vamos a hacer hoy nos parezca la peor decisión de nuestras vidas. Pero prometemos no buscar en otra parte, puesto que aceptamos que ahí fuera no hay mejor opción. Todo el mundo es insoportable. Somos una especie demente».

Después de que la congregación repitiera solemnemente esta última frase, la pareja continuaría: «Nos proponemos ser fieles. Pero al mismo tiempo, estamos seguros de que no poder acostarse con nadie más es una de las tragedias de la existencia. Pedimos disculpas porque nuestros celos hacen que esta restricción, peculiar pero firme e innegociable, sea muy necesaria. Prometemos hacer del otro el depositario único de nuestro arrepentimiento, en lugar de ir repartiéndolo a lo largo de una vida de donjuanismo sexual. Hemos estudiado las diferentes opciones de infelicidad y hemos escogido atarnos el uno al otro».

Los cónyuges engañados no tendrán ya libertad para quejarse con rabia de que esperaban que su pareja se contentara solo con ellos, sino que podrán lamentar, con mayor emotividad y justicia: «Yo esperaba que fueses leal a la variedad específica de compromiso e infelicidad que encarna este matrimonio por el que tanto hemos luchado».

En consecuencia, una relación extraconyugal supondría traicionar, no el deleite más íntimo, sino la promesa mutua de soportar las decepciones del matrimonio con coraje y estoica reserva.

Los secretos

Ninguna relación puede darse sin el compromiso de una intimidad sin reservas. Pero al mismo tiempo, para que el amor perviva, parece imposible imaginar que ambos miembros de la pareja no aprendan a guardarse para sí muchos de sus pensamientos.

Nos impresiona tanto la honestidad que olvidamos las virtudes de la educación; el deseo de no enfrentar siempre a las personas que nos importan con todos los aspectos dañinos de nuestra naturaleza.

La represión, algo de contención y cierta dedicación a la labor de filtrado de información tienen cabida en el amor tanto como la tiene la capacidad de confesarnos abiertamente. Una persona que no tolera los secretos, que en nombre de la sinceridad comparte con el otro una información tan hiriente que es imposible olvidarla, no es amiga del amor. Y si sospechamos — como deberíamos hacer a menudo si nuestra relación vale la pena— que nuestra pareja miente —sobre lo que está pensando, sobre la opinión que le merece nuestro trabajo, sobre dónde estuvo anoche...—, haríamos bien en no actuar como inquisidores agudos e implacables. Tal vez sea más considerado, sabio y fiel al verdadero espíritu del amor fingir sencillamente que no nos damos cuenta.

A Rabih no le queda más alternativa que mentir siempre acerca de lo que ocurrió en Berlín. Y es así porque sabe que decir la verdad daría lugar a una falsedad aún mayor: a la idea profundamente errónea de que ha dejado de amar a Kirsten o la de que es un hombre en quien ya no es posible confiar en ningún ámbito de la vida. La verdad amenaza con distorsionar la relación mucho más que no contarla.

Tras la aventura, Rabih adopta otra visión del propósito del matrimonio. De más joven, lo consideraba la consagración de un conjunto especial de sentimientos: ternura, deseo, entusiasmo, anhelo. Sin embargo, ahora comprende que es también, y en la misma medida, una institución, pensada para mantenerse firme año tras año sin reflejar cada cambio pasajero en las emociones de sus integrantes. Se justifica en un fenómeno más estable y duradero que los sentimientos: en un primer acto de compromiso inmune a revisiones posteriores y, más en particular, en los hijos, unos seres por naturaleza indiferentes a las satisfacciones cotidianas de aquellos que los crearon.

Durante la mayor parte de la historia escrita, la gente seguía casada porque deseaba cumplir con las expectativas de la sociedad, tenía bienes que proteger y quería mantener la unidad de familiar. Luego, poco a poco, fue imponiéndose otro estándar muy distinto, según el cual dos personas debían seguir juntas, solo mientras siguieran prevaleciendo entre ellas ciertos sentimientos: de auténtico entusiasmo, deseo y realización. En este nuevo orden romántico, marido y mujer podían estar legitimados para irse cada uno por su lado si la rutina conyugal se volvía tediosa, si los niños les sacaban de quicio, si el sexo ya no resultaba tentador o si uno u otro llevaba un tiempo un tanto infeliz.

Cuanto más consciente es de lo caótico y extraviado de sus sentimientos, más le gusta la idea del matrimonio como institución. En un congreso, tal vez mire a hurtadillas a una mujer atractiva y quiera echarlo todo por la borda por ella, pero dos días después se da cuenta de que preferiría morirse antes que perder a Kirsten. O, durante un larguísimo fin de semana lluvioso, puede que desee que sus hijos crezcan y lo dejen en paz hasta el fin de los tiempos para poder leer tranquilo una revista, pero al día siguiente, en la oficina, el corazón se le encoge de pena porque una reunión amenaza con prolongarse y hacer que llegue demasiado tarde para acostar a los niños.

Desde ese trasfondo imprevisible, valora la importancia del arte de la diplomacia, la disciplina de no decir siempre necesariamente lo que uno piensa y de no hacer lo que uno quiere, todo ello al servicio de fines mayores y más estratégicos.

Rabih tiene siempre presentes las fuerzas contrapuestas, sentimentales y hormonales, que tiran sin cesar de él en un centenar de direcciones delirantes e imprecisas. Obedecer a cada una supondría acabar con toda posibilidad de llevar una vida coherente. Sabe que nunca conseguirá avanzar en los proyectos importantes si no es capaz de soportar, al menos parte del tiempo, sentirse interiormente insatisfecho y exteriormente insincero; aunque solo sea respecto a sensaciones pasajeras como el deseo de librarse de sus hijos o de terminar con su matrimonio a cambio de una noche con una urbanista norteamericana con unos ojos verdes grisáceos de excepcional atractivo. Para Rabih, dejar que sus sentimientos sean la estrella polar que guíe siempre su vida es otorgarles un peso demasiado grande. Él es un caótico problema químico que necesita desesperadamente unos principios básicos a que adherirse en sus breves rachas racionales. Sabe que debe agradecer el que sus circunstancias externas a veces no concuerden con lo que siente su corazón. Es posible que sea una señal de que va por buen camino.

Más allá del romanticismo

La teoría del apego

Con la edad, ambos toman nueva conciencia de su propia inmadurez y, al mismo tiempo, tienen la sensación de que es poco probable que sean un caso único. Seguro que hay otros ahí fuera capaces de entenderlos mejor de lo que se entienden ellos mismos.

Llevan años bromeando con la terapia. Al principio, las burlas eran a costa de la disciplina en sí: la terapia era coto vedado de locos que disponían de demasiado tiempo y demasiado dinero; todos los terapeutas estaban también locos; la gente con problemas lo único que tenía que hacer era frecuentar más a sus amigos; «hablarlo con alguien» era lo que la gente hacía en Manhattan, no en Lothian. Pero con cada pelea importante entre ellos, estos tópicos tranquilizadores cada vez los convencen menos, y el día que Rabih vuelca furioso una silla y le rompe un brazo en respuesta a una pregunta de Kirsten sobre un cobro de la tarjeta de crédito, los dos saben de inmediato, sin mediar palabra, que hay que concertar una cita.

Es difícil encontrar un terapeuta decente, muchísimo más que, por ejemplo, un peluquero competente, que proporciona un servicio que tal vez no llame tanto la atención de la humanidad. Y pedir recomendaciones no es sencillo, porque la gente tiende a interpretar la petición como un signo de que el matrimonio va mal, y no como indicador de su solidez y probable longevidad. Igual que en la mayoría de cosas dispuestas útilmente para ayudar en el camino del amor, la terapia resulta por completo antirromántica.

Al final, buscando en internet, encuentran a alguien, una terapeuta con despacho en el centro de la ciudad y cuya sencilla página web hace alusión a una amplia experiencia en «problemas de pareja». La expresión es reconfortante: sus problemas particulares no son un fenómeno aislado, sino parte de lo que ocurre en el seno de una unidad bien estudiada y universalmente problemática.

La consulta está en el tercer piso de un sombrío edificio de apartamentos de finales del siglo XIX, pero dentro es cálida y acogedora, está llena de libros, papeles y pinturas de paisajes. La terapeuta, la señora Fairbairn, luce un blusón liso azul marino y un gran casquete de rizos pequeños y grises que enmarcan una cara modesta y de expresión sincera. Cuando se sienta, sus pies quedan a una distancia considerable del suelo. Con poca consideración, Rabih dirá más tarde

que no parece que el «hobbit» tenga mucha experiencia de primera mano sobre esas pasiones en las que afirma ser una experta.

Rabih repara en una caja enorme de pañuelos de papel sobre una mesita colocada entre Kirsten y él, y siente una oleada de protesta por lo que ello implica. No tiene ningunas ganas de aceptar la invitación de volcar sus complejas tribulaciones en público en una pila de pañuelos. Mientras la señora Fairbairn toma nota de sus números de teléfono, está a punto de interrumpirla para anunciar que ha sido un error ir allí, una reacción desmesurada y melodramática frente a las contadas discusiones que han tenido, y que pensándolo mejor, su relación está perfectamente, que de hecho, en algunos momentos, es muy buena. Quiere salir pitando de esa consulta y volver al mundo normal, a ese café de la esquina donde Kirsten y él podrían tomar un sándwich de atún y un refresco de flor de saúco y seguir con la vida cotidiana, de la que tan extrañamente se han excluido, llevados por una idea equivocada de inadecuación.

—Querría empezar por explicarles algunas cosas —dice la terapeuta con un acento de clase alta de Edimburgo y pronunciación impecable—. Tenemos cincuenta minutos, podrán controlar el tiempo en el reloj que hay sobre la chimenea. Puede que ahora mismo sientan cierta aprensión. Lo contrario sería inusual. Quizá piensen, o bien que lo sé todo de ustedes, o bien que es imposible que sepa nada. Ninguna de las dos cosas es del todo cierta. Vamos a analizar juntos la situación. Quisiera añadir que les felicito por haber venido. Requiere cierta valentía, lo sé. Solo que se hayan puesto de acuerdo para estar aquí, ya es uno de los pasos más importantes que pueden dar dos personas para seguir juntas.

A sus espaldas hay un estante de libros esenciales para su profesión: *El yo y los mecanismos de defensa*, *El hogar: nuestro punto de partida*, *La separación afectiva*, *El eco del amor en la psicoterapia de pareja* y *El yo y el otro en la teoría de las relaciones objetales*. También ella tiene a medias la escritura de un libro, titulado *El apego seguro y el apego ansioso en las relaciones conyugales*, que publicará una pequeña editorial londinense.

—Dígame, ¿qué les hizo pensar que tal vez les conviniera venir a verme? —prosigue con una voz más cálida.

Se conocieron hace diecisiete años, explica Kirsten. Tienen dos hijos. Los dos perdieron a uno de sus padres de pequeños. Llevan vidas ajetreadas, satisfactorias y, a veces, infernales. Discuten de una manera que Kirsten detesta. Demasiado a menudo, le parece que su marido ha dejado de ser el hombre del que se enamoró. Se enfada con ella, da portazos. La ha llamado «hija de puta».

La señora Fairbairn alza la vista de su cuaderno con una expresión imperturbable que acabarán conociendo bien.

Todo eso es cierto, admite Rabih, pero en Kirsten hay una frialdad y, a veces, un desprecio tácito que le desesperan y que parecen creados para enfurecerlo. Ella responde a las

preocupaciones, de uno u otro, quedándose callada y dejándolo fuera. A menudo se pregunta si lo ama aunque sea un poco.

La teoría del apego, que desarrollaron el psicólogo John Bowlby y sus colegas en la Inglaterra de los años cincuenta, sitúa el origen de las tensiones y los conflictos de las relaciones en nuestras primeras experiencias de cuidado parental.

Se calcula que un tercio de la población de Europa occidental y Norteamérica ha experimentado alguna forma de decepción temprana en este aspecto (véase C. B. Vassily, 2013) y, en consecuencia, se han activado los mecanismos de defensa primitivos —con el fin de protegerse frente a miedos que provocan una ansiedad intolerable— y la capacidad de confiar e intimar se ha visto alterada. En su estupenda obra *La separación afectiva* (1959), Bowlby sostiene que aquellos que se han visto defraudados por el entorno familiar de su infancia acostumbran desarrollar dos tipos de respuesta cuando crecen y afrontan dificultades o ambigüedades en sus relaciones: o bien tienden a un comportamiento temeroso, dependiente y controlador, un patrón que Bowlby denomina «apego ansioso»; o bien se inclinan por una maniobra defensiva de retirada, que llama «apego evitativo». La persona ansiosa suele controlar sin cesar a su pareja, a tener estallidos de celos y a dedicar gran parte de su vida a lamentar que sus relaciones no sean «más íntimas». La persona evitativa, por su parte, dirá que necesita «espacio», disfrutará de su soledad y, en ocasiones, considerará que los requisitos para la intimidad sexual son desalentadores.

Hasta un setenta por ciento de los pacientes que recurren a una terapia de pareja presentan el modo de comportamiento ansioso o el evitativo. Con suma frecuencia, las parejas incluyen un miembro evitativo y otro ansioso, por lo que ambos tipos de respuestas se agravan el uno al otro en una espiral de desconfianza.

Doctora JOANNA FAIRBAIRN,
*Secure and Anxious Attachment in Marital Relationships:
An Object Relations View*

Aceptar que no se entenderán espontáneamente es una lección de humildad. Estar aquí significa haber desistido de intuir qué puede pasarle por la cabeza a su supuesta alma gemela. Han renunciado a los sueños románticos para sustituirlos —a lo largo de muchos meses— por análisis minuciosos de algunos momentos aparentemente insignificantes de la vida doméstica, aunque según la señora Fairbairn no existen los momentos insignificantes: un comentario desagradable, una impaciencia pasajera y una hiriente brusquedad constituyen la materia prima de su oficio.

La señora Fairbairn los ayuda a desactivar bombas. Puede parecer tonto que inviertan cincuenta minutos —y setenta y cinco libras— en analizar la forma en que respondió Rabih cuando Kirsten lo llamó por segunda vez para que bajase a poner la mesa, o cómo reaccionó ella cuando vio las notas decepcionantes de Esther en geografía... Pero eso es el caldo de cultivo de cuestiones que, si no se controlan, pueden acabar convirtiéndose en la clase de catástrofes a las que la sociedad está más dispuesta a prestar atención: la violencia doméstica, las rupturas, la intervención de los servicios sociales, las órdenes judiciales... Todo empieza con pequeñas humillaciones y decepciones.

Hoy Rabih expone una discusión que tuvieron anoche. Fue por trabajo y dinero: existe el riesgo de que su empresa tenga que congelar o reducir los salarios en breve, lo que podría provocar que se retrasaran en los pagos de la hipoteca. Kirsten se mostró casi indiferente. ¿Por qué, cuando se le presenta algo tan serio, su mujer siempre responde de un modo tan poco tranquilizador? ¿No podría habersele ocurrido algo que decir, lo que fuera? ¿Lo escuchó como es debido, siquiera? ¿Por qué le contesta tantas veces con un «Mmm...» desconcertante justo cuando más necesita su apoyo? Por eso le gritó, blasfemó y luego se marchó con paso airado. No es una reacción ideal, pero Kirsten estaba defraudándolo gravemente.

Un rasgo de la persona con apego ansioso es la intolerancia frente a las situaciones ambiguas en las que el sujeto reacciona de modo drástico: con un silencio, un aplazamiento o un comentario evasivo. Esto se interpreta de inmediato de forma negativa, como si se tratase de un insulto o un ataque malevolente. Para estas personas, cualquier pequeño desaire, cualquier descuido o palabra dicha sin pensar puede vivirse igual que una importante amenaza, que se cierne como un presagio de la ruptura de la relación. Las explicaciones más objetivas se pierden de vista. En su fuero interno, sienten que están luchando para salvar la vida, si bien suelen ser incapaces de explicar esta fragilidad a quienes los rodean, los cuales, como es de esperar, puede que los tilden de cascarrabias, irritables y crueles.

Menuda tontería, protesta Kirsten. Ya está exagerando otra vez, como tiende a hacer con tantísimas cosas, desde cuánto está lloviendo hasta lo mala que es la comida en tal restaurante; como aquella vez que fueron a Portugal y de lo único que hablaron durante meses fue del cuchitril del hotel, como si fuese el fin del mundo, y aun cuando a los niños les había gustado.

La respuesta de ella, además, no justifica de ninguna manera esa clase de reacción. ¿Por eso había que salir de la habitación hecho una furia? ¿Qué clase de adulto tiene ese genio? Kirsten le tiende a la señora Fairbairn una invitación tácita para que la secunde como la razonable de la relación y para que, como mujer, se maraville con ella de la locura melodramática de los hombres.

Pero a la señora Fairbairn no le gusta que la hagan posicionarse. Es parte de su talento. A ella le da igual quién tenga «la razón». Lo que quiere es dilucidar qué siente cada uno y luego asegurarse de que el otro lo escuche con actitud comprensiva.

—¿Qué piensas de Kirsten en momentos como ese, cuando no dice mucho? —le dice a Rabih.

Qué pregunta tan absurda, piensa él, y se reaviva en él la irritación de la noche anterior.

—Pienso justo lo que cabe esperar, que es una persona horrible.

—¿Horrible? ¿Solo porque no digo lo que quieres oír ya soy horrible? —lo interrumpe Kirsten.

—Un segundo, por favor, Kirsten —le advierte la señora Fairbairn—. Quiero comprender un poco más lo que experimenta Rabih en esos momentos. ¿Cómo te sientes cuando consideras que Kirsten te ha decepcionado?

Rabih suelta el freno racional y deja que su inconsciente hable por una vez:

—Asustado. Abandonado. Indefenso.

Se ha hecho el silencio, como suele ocurrir cuando uno de los dos ha dicho algo significativo.

—Me siento solo. Que no cuento para nada. Que le importo un bledo.

Rabih se interrumpe. Quizá inesperadamente, los ojos se le llenan de lágrimas.

—Parece complicado —dice la señora Fairbairn, con un tono neutral pero no indiferente.

—Pues a mí no me parece que esté asustado —comenta Kirsten—. Un hombre que grita e insulta a su mujer no me parece precisamente un pobre corderito asustado.

Pero la señora Fairbairn tiene el problema sujeto con fuerza entre sus pinzas terapéuticas y no piensa soltarlo. Hay un patrón: cuando surge una cuestión en la que necesita apoyo, Rabih nota a Kirsten fría y cerrada. Él se asusta, pierde los nervios y ella se cierra todavía más. El miedo y la rabia aumentan, igual que la distancia. Ella lo ve un arrogante y un bravucón. Sabe por experiencia que los hombres son proclives a mostrar una actitud dominante y que el papel de la mujer es resistirse con fortaleza y formalidad. A esas alturas, el perdón está descartado. Pero Rabih no posee la más mínima fuerza; se está revolviendo, sin más, se encuentra al límite, débil y humillado por los signos de la aparente indiferencia de ella. De modo que es una lástima, rayana en la tragedia, que su forma de responder a sus vulnerabilidades adopte una apariencia que las enmascara por completo y que parece hecha para alejar a la persona de la que tan desesperadamente necesita consuelo.

Pero ahora, una vez a la semana, los miércoles al mediodía, tienen una oportunidad de romper este círculo vicioso. Mientras la señora Fairbairn protege a Kirsten de la irritación de Rabih y a Rabih del distanciamiento de Kirsten, se invita a cada uno de ellos a escudriñar bajo la superficie hiriente del otro y ver a ese niño asustado y digno de lástima que llevan dentro.

—Kirsten, ¿cree que gritar, y a veces insultar, son rasgos propios de un hombre que se siente fuerte? —se aventura la señora Fairbairn en uno de sus pocos momentos más directivos, cuando siente que sus pacientes tienen a su alcance una clave para entenderse.

Sabe cómo avanzar con sumo cuidado. Puede que los títulos de los libros del estante sean pesadísimos, pero en el fluir de la sesión esta diminuta terapeuta se mueve como una bailarina.

La difícil dinámica de la pareja se extiende también al sexo. Cuando Kirsten está cansada o con la cabeza en otra parte, Rabih se sume rápidamente —demasiado rápidamente— en el pesimismo. Su mente se aferra a la poderosa convicción de ser repelente. Uno de los principales rasgos de este autodesprecio, que precede con mucho a Kirsten, es la imposibilidad de ser explicado, aun cuando da lugar a una actitud resentida hacia todo aquel que lo motive. Una noche sin consumir, por tanto, termina por lo general siendo el desencadenante encubierto de los sarcasmos y las pullas que lanzará Rabih el día siguiente, que a su vez alimentarán todavía más los esfuerzos —igualmente tácitos— de Kirsten por alejarse. Tras unos días sintiéndose excluido, él se hartará y

la acusará de ser fría y rara, a lo que ella responderá que sospecha que Rabih debe de disfrutar mucho disgustándola, porque lo hace muy a menudo. Entonces Kirsten se retira a un lugar dentro de su cabeza, triste pero curiosamente reconfortante y familiar, donde se esconde cuando los demás la defraudan —como acostumbra suceder— y busca consuelo en los libros y la música. Es una experta en autoprotección y defensa; se ha pasado media vida entrenando para ello.

El apego evitativo se caracteriza por un poderoso deseo de evitar el conflicto y reducir la exposición a los otros cuando las necesidades emocionales no encuentran satisfacción. La persona evitativa da por hecho de inmediato que el otro quiere atacarla y que no es posible razonar con él. No le queda más opción que escapar, subir el puente levadizo y mostrarse fría. Por desgracia, lo habitual es que no sepa explicar este patrón temeroso y defensivo a su pareja, de modo que los motivos que subyacen a un comportamiento distante y ausente quedan velados y resulta fácil confundirlo con una actitud de indiferencia y desinterés, cuando en realidad sucede lo contrario: para la persona evitativa su pareja es importantísima, pero amar ha pasado a parecerle demasiado arriesgado.

Sin imponer nunca ninguna conclusión, la señora Fairbairn sostiene no obstante un espejo metafórico donde Kirsten puede comenzar a ver el efecto que causa en los otros. La ayuda a tomar conciencia de su tendencia a salir huyendo y a responder al estrés con silencio, y la anima a pensar en cómo pueden afectar estas estrategias a los que dependen de ella. Al igual que Rabih, Kirsten suele expresar sus decepciones de un modo que hace imposible ganarse que la entiendan aquellos cuyo amor necesita más desesperadamente.

Rabih nunca se refiere de modo directo a la noche que pasó con Lauren. Lo prioritario es comprender por qué ocurrió, y no confesar que ocurriera, pues eso podría generar tales inseguridades que la confianza entre ellos dos quedaría destruida. Entre sesión y sesión con la señora Fairbairn, se pregunta cómo pudo, en apariencia, traerle tan sin cuidado herir a su mujer, y comprende que solo puede haber una explicación: que debía de sentirse tan herido por algunos aspectos de la relación que había llegado a un punto en que no le importaba demasiado la posibilidad de causar un daño grave a Kirsten. No se acostó con Lauren por deseo, sino por rabia, esa rabia que no reconoce su propia existencia, una furia resentida, reprimida, orgullosa. Explicarle a Kirsten, de forma que pueda entenderlo, que se ha sentido defraudado será fundamental para salvar su matrimonio.

En la base de sus disputas, hay un problema de confianza: una virtud para la que ninguno de los dos tiene facilidad. Son criaturas heridas que en la infancia tuvieron que lidiar con decepciones desmesuradas y que, en consecuencia, se han convertido en adultos con unas defensas tremendas, incómodos ante cualquier exposición emocional. Son expertos en estrategia ofensiva y construcción de fuertes; lo que peor se les da, como esos combatientes que no acaban de adaptarse

a la vida civil tras un armisticio, es tolerar la ansiedad que conlleva bajar la guardia y reconocer sus propias debilidades y aflicciones.

Rabih ataca ansioso; Kirsten se retira, evitativa. Son dos personas que se necesitan desesperadamente y, al mismo tiempo, sin embargo, les aterroriza dejar entrever en qué medida. Ninguno de ellos convive con una herida el tiempo necesario para reconocerla o sentirla de verdad, ni para explicársela a la persona que la infligió. Hacen falta unas reservas de confianza que no poseen para conservar la fe en alguien que nos ha ofendido. Deberían confiar lo bastante en el otro como para aclarar que no están realmente «enfadados» ni son «fríos», sino que están siempre heridos, algo mucho más básico, conmovedor y digno de afecto. Son incapaces de ofrecerse el uno al otro el regalo más romántico y necesario de todos: un mapa de sus vulnerabilidades.

Para evaluar los tipos de apego, comúnmente se ha usado un cuestionario diseñado por Hazan y Shaver (1987). Con el fin de determinar a qué clase pertenecen, se pide a los sujetos que digan con cuál de los tres enunciados siguientes se sienten más identificados:

1. «Quiero relaciones emocionalmente estrechas, pero considero que la gente a menudo es decepcionante o mezquina sin motivo. Me preocupa que me hieran si me permito acercarme demasiado a los demás. No me importa pasar tiempo solo.» (Apego evitativo.)
2. «Quiero intimar emocionalmente con los otros, pero a menudo me parecen reacios a tener una relación tan estrecha como la que me gustaría. Me preocupa que los demás no me valoren tanto como yo los valoro a ellos. Eso puede llegar a disgustarme y enfadarme mucho.» (Apego ansioso.)
3. «Para mí es relativamente fácil establecer una relación emocional íntima con los demás. Me siento cómodo dependiendo de los demás y con ellos dependiendo de mí. No me preocupa estar solo o que los demás no me acepten.» (Apego seguro.)

Las etiquetas, desde luego, no son muy glamurosas. Es un buen golpe para nuestro ego vernos obligados a concebirnos a nosotros mismos, no como una especie de personaje de infinitos matices que a un novelista le costaría mucho plasmar en ochocientas páginas, sino como un arquetipo genérico que encajaría sin problemas en los parámetros de unos pocos párrafos en un manual de psicoanálisis. Los términos «evitativo» y «ansioso» no son ni mucho menos habituales en una historia de amor, pero si entendemos «romántico» como lo que es «útil para el progreso del amor», entonces se encuentran entre las palabras más románticas con que se hayan topado jamás Kirsten y Rabih, pues les permiten comprender patrones que han estado actuando negativamente entre ellos todos los días de su vida de casados.

Acaban apreciando esa vía diplomática alternativa psicoterapéutica que ha hecho posible un nuevo modo de discurso, un refugio donde, una vez por semana, tienen la posibilidad de confesar estar furiosos o tristes bajo el ojo benévolo de un árbitro que saben que contendrá la reacción del

otro el tiempo suficiente para asegurar el grado necesario de comprensión y tal vez de empatía. Miles de años de pasos titubeantes hacia la civilización han conducido por fin a un foro en el que dos personas pueden analizar minuciosamente lo ofensivos que han sido a propósito de poner una mesa, decir algo en una fiesta u organizar unas vacaciones, sin que a ninguna de las dos le esté permitido levantarse, salir con paso airado o ponerse a blasfemar. En algunos aspectos, la terapia es, deciden Kirsten y Rabih, la mayor invención de nuestra época.

Las conversaciones que mantienen en presencia de la señora Fairbairn empiezan a impregnar el modo de hablarse ellos en casa. Comienzan a internalizar la voz benigna y juiciosa de la terapeuta. «¿Qué diría Joanna —nombre que jamás usan en su presencia—?» pasa a ser una pregunta ritual y bromista entre ambos; igual que los católicos debían de imaginar cuál sería la respuesta de Jesús frente a una prueba que la vida les planteara.

«Si sigues enfadándote conmigo, acabaré poniéndome evitativa», puede advertir Kirsten al llegar a un callejón sin salida con Rabih.

Siguen bromeando sobre la terapia, pero ya no la ridiculizan.

En una lástima, por tanto, que esas claves que se dan en la consulta sean tan desdeñables en la cultura más allá de esas cuatro paredes. Sus conversaciones parecen un pequeño laboratorio de madurez en un mundo obsesionado con una concepción del amor que lo presenta como un instinto y un sentimiento que queda al margen de todo examen. Que la consulta de la señora Fairbairn esté encajada en lo alto de una escalera de apartamentos parece un símbolo de la naturaleza marginal de su profesión. Ella es la defensora de una verdad con la que ahora Rabih y Kirsten están estrechamente familiarizados, pero que saben que, por desgracia, tiende a perderse entre el ruido circundante: que el amor es una destreza, no solo entusiasmo.

La madurez

Rabih se pasa todo el invierno trabajando en un proyecto para un gimnasio. Se reúne más de diez veces con los miembros del departamento educativo municipal responsables del encargo. Promete ser un edificio excepcional, con un sistema de claraboyas que proporcionará luz incluso en los días más oscuros. En términos profesionales, puede ser el principio de algo muy importante para él. Y de repente en primavera lo convocan y, con esos modales agresivos propios de la gente que se siente tan culpable por fallarle a alguien que acaba volviéndose ofensiva, le dicen que está fuera del proyecto y que han decidido optar por otro estudio con más experiencia. Entonces empiezan las noches de insomnio.

El insomnio, si se prolonga durante semanas, puede ser un infierno. Pero en pequeñas dosis — una noche aquí y otra allá— no siempre precisa de cura. Quizá incluso sea una ventaja, una ayuda a los problemas esenciales del alma. Con frecuencia, algunas revelaciones cruciales que necesitamos transmitirnos a nosotros mismos solo podemos recibirlas de noche, igual que las campanas de la iglesia en la ciudad, que deben esperar a que anochezca para hacerse oír.

Durante el día se debe a los demás. A solas en el estudio, pasada la medianoche, puede retomar un deber mayor y más personal. Sus procesos mentales sin duda le resultarían extraños a Kirsten, Esther y William. Ellos necesitan que Rabih sea de una manera determinada, y él no quiere defraudarlos o asustarlos con la extrañeza de sus percepciones: tienen derecho a beneficiarse de su previsibilidad. Pero ahora tiene otras exigencias internas que atender. El insomnio es la venganza de su mente por todos los pensamientos problemáticos que ha evitado con cuidado durante el día.

La vida cotidiana premia una perspectiva práctica, nada introspectiva. El tiempo es demasiado corto y tenemos demasiado miedo para hacer otra cosa. Nos dejamos guiar por un instinto de conservación: nos impulsamos hacia delante, contraatacamos cuando recibimos un golpe, echamos las culpas a los demás, sofocamos cualquier pregunta que se aparte de la normalidad

y nos aferramos a una imagen favorecedora de lo que nos aguarda. No nos queda más opción que estar incansablemente de nuestro lado.

Solo en los contados momentos en que salen las estrellas y no se exige nada de nosotros hasta el amanecer, podemos relajar el control que ejercemos sobre nuestro ego y adoptar una perspectiva más sincera y abierta de miras.

Analiza los datos conocidos desde otra perspectiva: es un cobarde, un soñador, un marido infiel y un padre demasiado posesivo y pesado. Su vida pende de un hilo. Ha pasado el ecuador de su carrera y no ha logrado casi nada respecto a las expectativas que un día depositaron en él.

A las tres de la mañana, es capaz de enumerar sus defectos de un modo curiosamente cerebral: un ramalazo testarudo que genera desconfianza en sus superiores, una tendencia a ofenderse enseguida, una predilección por la cautela basada en el miedo al rechazo. No ha tenido la suficiente confianza en sí mismo para ser fiel a las cosas. A esta edad, otros se han montado sus propios estudios de arquitectura, en lugar de esperar a que alguien se lo pida y luego quejarse del mundo porque no le han rogado lo bastante. Solo existe un edificio —una estación de almacenamiento de datos en Hertfordshire— que lleve su nombre. Va camino de morir con sus talentos aun por explotar, talentos que se manifiestan como meros destellos de inspiración que percibe de vez en cuando con el rabillo del ojo mientras se ducha o cuando conduce solo por una autopista.

En este punto, ya ha dejado atrás la autocompasión, esa idea trivial de que lo que le ha ocurrido a él es insólito o inmerecido. Ha perdido la fe en su propia inocencia y singularidad. No se trata de una crisis de los cuarenta: es más bien que, al final, y con unos treinta años de retraso, está dejando atrás la adolescencia.

Se percata de que es un hombre con un anhelo exagerado de amor romántico que, sin embargo, no entiende mucho de generosidad y aún menos de comunicación. Es alguien con miedo a luchar abiertamente por la felicidad que se refugia en una actitud de cinismo y decepción anticipada.

Así que en eso consiste ser un fracasado. Puede que el rasgo principal sea el silencio: el teléfono no suena, nadie lo invita a salir, no ocurre nada nuevo. Durante la mayor parte de su vida adulta ha concebido el fracaso como una catástrofe espectacular, y ahora comprende al fin que, de hecho, se le ha ido acercando sin que se diera cuenta, a través de una cobarde inacción.

Pero, para su sorpresa, no ocurre nada. Uno se acostumbra a todo, hasta a la humillación. Las cosas en principio insoportables tienen el hábito de acabar pareciendo, al final, no tan malas.

Ya le ha exprimido a la vida demasiada generosidad, sin provecho concreto ni efecto positivo. Lleva en el mundo demasiados años, y aunque nunca se ha visto obligado a arar el campo ni acostarse con hambre, ha dejado sus privilegios casi intactos, como un niño malcriado.

En su día albergó sueños grandiosos: iba a ser el próximo Louis Khan o Le Corbusier, Mies van

der Rohe o Geoffrey Bawa. Daría forma a una clase de arquitectura: localmente específica, elegante, armoniosa, progresista y con la más moderna tecnología.

En cambio, es el director adjunto de un estudio de urbanismo de segunda, está casi en la ruina y solo hay un edificio —más bien una nave, en realidad— que lleve su firma.

La naturaleza nos inyecta el sueño insistente de triunfar. Como especie, debe de suponer una ventaja evolutiva que llevemos esta aspiración incorporada: esta persistencia nos ha dado las ciudades, las bibliotecas, las naves espaciales.

Pero este impulso no deja mucho espacio al equilibrio individual. El precio que se paga por unas cuantas obras geniales a lo largo de la historia es que una parte considerable de la raza humana viva enferma de ansiedad y decepción.

Antes, Rabih estaba convencido de que solo lo impecable merecía la pena. Era un perfeccionista. Si el coche tenía un arañazo, ya no disfrutaba conduciéndolo; si el cuarto estaba desordenado, no podía descansar; si su amante no entendía ciertas partes de él, la relación entera era una farsa. Ahora, que algo esté sencillamente «bien» ha pasado a parecerle mejor que bien.

Nota que siente un interés creciente por cierta clase de noticias sobre hombres de mediana edad. Un tío de Glasgow se tiró a la vía del tren después de acumular unas deudas enormes y de que su mujer descubriera que tenía una aventura. Otro se arrojó con su coche al mar cerca de Aberdeen tras un escándalo en internet. Al final, no hace falta mucho, se da cuenta Rabih: unos cuantos errores y caes en brazos de la catástrofe. Con un par de clics y bastante presión externa él también sería capaz de cualquier cosa. Lo que le permite considerarse una persona cuerda no es más que una precaria cuestión de buena suerte química, pero sabe que acabaría asimismo en tragedia si la vida decidiera ponerlo a prueba de verdad.

En esos momentos en que no está ni completamente despierto ni del todo dormido, sino viajando por los intersticios de la conciencia, a las dos o las tres de la madrugada, ve cuántas imágenes y cuántos recuerdos dispersos hay en su mente, todos a la espera de captar su atención cuando el rumor de fondo desaparezca: destellos de un viaje a Bangkok hace ocho años, la visión surrealista de pueblos de la India después de una noche apretujado contra la ventanilla del avión; el suelo de baldosas frías del baño de la casa de su familia en Atenas; la primera nevada que vio, en unas vacaciones en el este de Suiza; el cielo oscuro y bajo durante un paseo por los campos de Norfolk; el pasillo que llevaba a una piscina en la universidad; la noche que pasó con Esther en el hospital cuando la operaron del dedo... Quizá la lógica de alguna de estas cosas se desvanezca, pero no así ninguna de las imágenes.

En las noches sin dormir, piensa de vez en cuando en su madre y la echa de menos. Desea, con una intensidad embarazosa, volver a tener ocho años y hacerse un ovillo debajo de la manta, un

poco febril, y que ella le lleve comida y le lea un libro. Desea que lo tranquilice respecto al futuro, que lo absuelva de sus pecados y le peine con una cuidada raya al lado. Al menos es lo bastante maduro para saber que en estos estados regresivos hay algo importante que no debe censurarse de inmediato. Comprueba que, a pesar de las señales externas, no ha avanzado mucho.

La ansiedad lo ha perseguido siempre. Puede parecer que cada nuevo ataque de ansiedad venga provocado por una causa concreta —una fiesta en la que no conocía a nadie, un viaje complicado que tiene que hacer a un país que desconoce, un dilema laboral—, pero si lo analiza desde una perspectiva más amplia, el problema es siempre mayor, más irrefutable y esencial.

En su día fantaseó con que sus preocupaciones se disiparían si vivía en otra parte, si lograba alcanzar ciertas metas profesionales, si formaba una familia. Pero nada ha servido. Es, comprende, ansioso hasta la médula, en su configuración más elemental: una criatura asustada y mentalmente inestable.

En la cocina hay una foto que le encanta; están Kirsten, William, Esther y él en el parque un día de otoño, lanzándose hojas unos a otros de una pila amontonada por el viento. La alegría y el abandono son evidentes en sus rostros, están contentos de armar jaleo sin que haya consecuencias. Pero recuerda también lo acongojado que se encontraba aquel día: había pasado algo en el trabajo con una empresa de ingeniería, tenía ganas de volver a casa y llamar a un cliente inglés y había excedido con mucho el límite de la tarjeta de crédito. Solo cuando las cosas han pasado ya, hay alguna oportunidad de que Rabih las disfrute.

Es consciente de que, si ha de tener una crisis nerviosa cerca de alguien, esa esposa fuerte y competente no es la persona más indicada. Hubo una época en que se habría ofendido por ello. «El insomnio no es nada glamuroso, vuelve a la cama», es lo único que diría Kirsten si se despertase ahora y viese luz en el estudio. A lo largo de muchos episodios dolorosos, Rabih ha aprendido que a su inteligente y hermosa mujer no se le da bien consolar.

Pero lo mejor es que ha empezado a entender por qué. No es que sea mala persona: es que se sirve de su experiencia con los hombres y sus defensas frente al desengaño. Es su forma de procesar las situaciones difíciles. Ayuda ver estas cosas; Rabih está haciendo acopio de alternativas a la venganza y la rabia.

Muy pocas personas son simplemente desagradables: quienes nos hacen daño también están sufriendo. La respuesta apropiada, por tanto, nunca es el cinismo ni la agresividad, sino, en los pocos momentos en que somos capaces de ello, siempre el amor.

La madre de Kirsten está en el hospital, donde lleva dos semanas. Comenzó siendo algo de poca importancia relacionado con los riñones; ahora, de pronto, el diagnóstico es muy más grave. Kirsten, siempre tan fuerte, está lívida y perdida.

Subieron a verla un domingo. Estaba extremadamente débil, hablaba en voz muy baja y solo para pedir cosas sencillas: un vaso de agua, que giraran la lámpara a fin de que no le diese tanto la luz en los ojos. En un momento dado, cogió la mano de Rabih entre las suyas y le sonrió: «Cuida de ella, ¿quieres?», le dijo, y luego, con su agudeza de siempre: «Si te deja». Una especie de perdón.

Rabih sabe que la señora McLelland nunca lo vio con buenos ojos. Al principio le molestó; ahora que él también es padre, lo entiende. Tampoco tiene muchas ganas de conocer al marido de Esther. ¿Cómo van a dar nunca unos padres su sincera aprobación? ¿Cómo puede esperarse de ellos que después de más o menos dieciocho años respondiendo a todas las necesidades de un hijo, reciban entusiasmados una nueva fuente de amor con que competir? ¿Cómo puede alguien hacer esa pirueta emocional y no sospechar, en el fondo de su corazón —y dejar traslucir, por medio de una sucesión de comentarios más o menos acres—, que su hijo o hija ha caído por error en las garras de alguien en esencia inadecuado para la compleja y extraordinaria tarea de atenderlo?

Kirsten llora inconteniblemente después de su primera visita al hospital Raigmore. Ya en casa, manda a los niños a jugar con sus amigos; ahora mismo no puede hacer de madre —esa que intenta siempre no asustar a los demás exteriorizando su dolor—; necesita volver a ser una niña. No es capaz de sobreponerse al horror de ver a su madre cetrina y demacrada, en contraste con el azul institucional de las sábanas. ¿Cómo puede estar pasando? En cierto modo, sigue profundamente aferrada a la imagen de su madre que se formó a los cinco o seis años: alguien fuerte, competente y al mando. Kirsten era esa niña pequeña a la que podían elevar por los aires y tranquilizar en todo momento. Después de que su padre se fuera, anheló esta autoridad durante años. Las dos McLelland supieron mantenerse unidas; eran un equipo, metidas en la mejor forma posible de sedición. Ahora Kirsten está en el pasillo del Raigmore, preguntándole a un médico de una juventud alarmante cuántos meses le quedan a su madre. El mundo se ha trastocado.

Al principio, en la infancia, creemos que los padres tienen acceso a una clase superior de conocimiento y experiencia. Por un tiempo, nos parecen asombrosamente competentes. Esta estima exagerada resulta enternecedora, pero también problemática en extremo, porque los convierte en los objetos últimos de culpa a medida que vamos descubriendo que son imperfectos, a veces desagradables, ignorantes en determinadas áreas y por completo incapaces de librarnos de ciertos problemas. Quizá hace falta que pase un tiempo —hasta los cuarenta o hasta las últimas escenas de hospital— antes de que surja una actitud más indulgente. Su nuevo estado, frágil y asustado, nos muestra de un modo terriblemente físico lo que ha sido siempre cierto en el plano psicológico: que son criaturas inseguras y vulnerables que se guían más por la ansiedad, el miedo, un amor torpe y compulsiones inconscientes que

por una sabiduría divina y una lucidez moral, y que no podemos, por tanto, seguir haciéndolos responsables ni de sus defectos ni de nuestros muchos desengaños.

Con esa disposición de ánimo, Rabih puede por fin desembarazarse de su ego, siente que podría perdonar fácilmente a más de uno y de dos. Incluso, llegado el caso, es posible que ningún ser humano quedara fuera de su radio de compasión.

Ve bondad en sitios inesperados. Le conmueve la benevolencia de la administrativa del despacho, una viuda de cincuenta y tantos cuyo hijo acaba de marcharse a la Universidad de Leeds. Es una mujer fuerte y jovial, un logro sensacional que mantiene a lo largo de cada hora de todos los días laborables. Se preocupa de preguntar a todo el personal qué tal está. Se acuerda de los cumpleaños y llena los ratos muertos con reflexiones que son siempre alentadoras y tiernas. Rabih, cuando era más joven, jamás habría reparado en esa modesta demostración de gracia, pero a estas alturas la vida lo ha vuelto lo bastante humilde para saber que debe agacharse y recoger hasta la más minúscula bendición con que se cruce. Sin pretenderlo, y sin enorgullecerse de ello, se ha convertido de alguna manera en mejor persona.

También está más dispuesto a ser generoso ahora que entiende cuánto necesita la caridad de los demás. Si los otros sienten rencor, está más dispuesto a considerar las circunstancias atenuantes y cualquier fragmento de verdad que arroje una luz menos moralizante sobre la crueldad y el mal comportamiento. El cinismo es demasiado fácil, y no lleva a ninguna parte.

Por primera vez en la vida, se fija en de la belleza de las flores. Recuerda que de adolescente albergaba contra ellas algo parecido al odio. Le parecía absurdo que alguien pudiera extraer placer de algo tan pequeño y provisional cuando sin duda alguna había cosas más importantes y más permanentes en que depositar nuestras ambiciones. Él mismo anhelaba intensidad y gloria. Pararse a contemplar una flor era signo de una resignación peligrosa. Ahora está empezando a entenderlo. El amor por las flores es una consecuencia de la modestia y de la reconciliación con las decepciones. Necesitamos que algunas cosas vayan siempre mal para empezar a admirar el tallo de una rosa o los pétalos de un jacinto silvestre. Pero tan pronto comprendemos que de algún modo los sueños más elevados penden siempre de un hilo, con qué gratitud nos volvemos a esas islas minúsculas de serena perfección y deleite.

Si la medimos según ciertos ideales de éxito, su vida ha sido un profundo desengaño. Pero también es capaz de ver que, a fin de cuentas, tampoco es un gran logro obsesionarse con el fracaso. La capacidad de identificar una perspectiva indulgente y esperanzada desde la que mirar nuestra propia vida, y ser amigos de nosotros mismos, es un don precioso porque tenemos la responsabilidad hacia otros de resistir.

A veces se da un baño caliente en plena noche y pasa revista a su cuerpo bajo la luz brillante. Envejecer es un poco como verse cansado, pero de una manera tal que el sueño no puede

remediar. Cada año empeorará un poco. La fotografía no muy favorecedora de hoy será la fotografía buena del año que viene. El truco de la naturaleza, en su bondad, es hacer que todo ocurra tan despacio que no nos asustemos como deberíamos. Un día, las manos de Rabih estarán llenas de manchas de la edad, como las de esos tíos suyos ancianos que conoció de niño. Todo lo que le ha pasado a otros le pasará también a él. Nadie se escapa.

No es más que un conjunto de tejidos y células unidas intrincada y delicadamente y dotadas de vida solo por un instante. Bastará un impacto brusco o una caída para que sean de nuevo inanimadas. Toda la seriedad de sus planes depende del flujo continuo de sangre a su cerebro a través de una vulnerable red de capilares. Si uno de ellos sufriera el más diminuto de los fallos, esa idea endeble que ha empezado a hacerse de la vida desaparecería de un plumazo. Rabih solo es una constelación fortuita de átomos que han decidido resistirse a la entropía por un instante en la eternidad cósmica. Se pregunta cuál de sus órganos fallará primero.

Es un simple visitante que se las ha arreglado para confundirse con el mundo. Dio por hecho que era un objeto estable más, como la ciudad de Edimburgo o un árbol o un libro, pero es más bien una sombra o un sonido.

La muerte no será tan mala, supone: las partes que lo componen serán redistribuidas y restituidas. La vida ya ha sido bastante larga, y pronto, en cierto punto cuyos contornos empieza a intuir, será el momento de soltarse y dejar espacio a otros.

Una noche, mientras vuelve a casa por las calles oscuras, se fija en una floristería. Debe de haber pasado por delante muchas, muchas veces, y sin embargo nunca había reparado en ella. El escaparate resplandece y está lleno de una diversidad de flores. Al entrar, una mujer mayor le dedica una cálida sonrisa. A Rabih se le van los ojos hacia las primeras flores autóctonas de una primavera tímida: galantos. Observa las manos de la mujer envolviendo el ramillete en papel de seda blanco.

—Para alguien especial, supongo —le dice sonriendo.

—Para mi esposa —responde él.

—Es una mujer con suerte.

Le entrega las flores y el cambio. Rabih espera llegar a casa y, esta vez, demostrar que la florista tiene razón.

Preparados para el matrimonio

Llevan dieciséis años casados y, sin embargo, no ha sido hasta ahora, un pelín tarde, cuando Rabih se ha sentido preparado para el matrimonio. No es tan paradójico como parece. Dado que el matrimonio imparte sus importantes lecciones solo a aquellos que se hayan inscrito en su plan de estudios, es normal que el estado de aptitud tienda a seguir, no a preceder, a la ceremonia en sí; tal vez con diez o veinte años de diferencia.

Rabih se da cuenta de que lo que le permite sostener que solo ha estado casado una vez es un mero truco lingüístico. Lo que de manera tan idónea parece una única relación, se asienta sobre tantas evoluciones, desconexiones, renegociaciones, intervalos de separación y reencuentros emocionales, que en realidad ha vivido al menos una docena de divorcios y matrimonios; solo que con la misma persona.

Está haciendo un trayecto largo al volante para reunirse con un cliente en Manchester. Así es como piensa mejor, bien temprano, en el coche, con las carreteras prácticamente desiertas y nadie con quien hablar más que a sí mismo.

Antes, uno se consideraba preparado para el matrimonio cuando alcanzaba cierto nivel económico y social: cuando tenía una casa a su nombre, un ajuar completo, unos cuantos títulos en la repisa de la chimenea o un puñado de vacas y una parcela de tierra.

Más tarde, bajo la influencia de la ideología romántica, estas consideraciones prácticas resultaban demasiado mercenarias y calculadoras, y la atención se centró en las cualidades emocionales. Ahora lo importante era experimentar los «sentimientos» correctos; entre ellos: la sensación de que uno había topado con su alma gemela, la fe en que lo entendían perfectamente y la certeza de que nunca más querría acostarse con otra persona.

Las ideas románticas son, ahora lo sabe, un campo abonado para el desastre. Su sensación de estar preparado se basa en un conjunto de criterios muy diverso. Y lo está, para empezar, porque ha renunciado a la perfección.

Decir que nuestro ser amado es «perfecto» solo puede significar que no hemos logrado

entenderlo. No podemos afirmar que hemos empezado a conocer a alguien hasta que nos haya defraudado de manera significativa.

Sin embargo, el problema no es solo del ser amado. Cualquier otra persona que llegáramos a conocer sería radicalmente imperfecta: el desconocido del tren, el antiguo compañero de colegio, el nuevo amigo por internet... Cada uno de ellos nos decepcionaría sin remedio. Los sucesos de la vida han deformado nuestras naturalezas. Ninguno ha salido indemne. Todos tuvimos —necesariamente— padres que distaron mucho de ser ideales. Peleamos en lugar de explicarnos, atosigamos en lugar de enseñar, nos ponemos histéricos en lugar de analizar nuestras preocupaciones, mentimos y repartimos culpas donde no corresponde.

Las posibilidades de que emerja un ser humano perfecto de este peligroso calvario son inexistentes. No hace falta conocer demasiado bien a un extraño para saber esto de él: cabe que su modo particular de ser desquiciante no resultara evidente de entrada —puede que lleve incluso un par de años—, pero, en un plano teórico, podemos dar por hecha su existencia desde el comienzo.

Escoger a alguien con quien casarnos solo es, por tanto, una cuestión de decidir qué tipo exacto de sufrimiento queremos soportar, y no de imaginar que hemos encontrado la manera de sortear las reglas de la existencia emocional. Todos acabaremos, por definición, con ese personaje recurrente de nuestras pesadillas: «la persona equivocada».

Pero esto no tiene por qué ser desastroso. El pesimismo romántico ilustrado asume sin más que una persona no puede serlo todo para otra. Deberíamos buscar maneras de reconciliarnos tan amable y delicadamente como podamos con la incómoda realidad de vivir junto a otro ser caído. A lo sumo, lo máximo que podremos decir de un matrimonio es que está «bien».

Para asimilar esta idea, ayuda haber estado con varias parejas antes de asentarse, no para tener la oportunidad de localizar a la «persona correcta», sino para disponer de suficientes oportunidades de comprobar en muchos contextos distintos que lo cierto es que tal persona no existe y que en realidad nadie es perfecto si se lo observa de cerca.

Rabih se siente preparado para el matrimonio porque ha desistido de que lo comprendan por completo.

El amor comienza con la experiencia de que alguien nos entienda de una manera insólita y sumamente comprensiva. Sabe interpretar nuestras facetas solitarias; no tenemos que explicar por qué nos hace tanta gracia cierto chiste; detestamos a las mismas personas; ambos queremos probar esa fantasía sexual tan rebuscada.

Pero no puede seguir así. Cuando chocamos con los límites razonables de la capacidad de comprensión de nuestro amante, no debemos culparlo de negligencia. No es total y

absolutamente inepto. No supo descifrar del todo quiénes éramos, y nosotros tampoco lo hicimos mejor. Y es normal. Nadie es capaz de entender de verdad a otra persona, o de conectar de manera absoluta con ella.

Rabih se siente preparado para el matrimonio porque ha comprendido que está loco.

Pensar que estamos locos va contra toda lógica. Cada uno de nosotros se considera tan normal y, en general, tan bueno... Son todos los demás los que no se enteran... Y sin embargo, la madurez comienza con la capacidad de percibir y, con tiempo y sin ponernos a la defensiva, de reconocer, nuestra propia locura. Si no sentimos de tanto en tanto una profunda vergüenza por lo que somos, el viaje al autoconocimiento no ha empezado todavía.

Rabih está preparado para el matrimonio porque ha entendido que Kirsten no es la difícil.

Las personas parecen «difíciles», sin duda, en la jaula del matrimonio, cuando pierden los nervios por minucias: la logística, la familia política, los turnos de la limpieza, las fiestas, la compra... Pero eso no es culpa de la otra persona, sino de lo que tratamos de hacer con ella. Lo que es imposible, en primer lugar, es la institución del matrimonio, no los individuos implicados en ella.

Rabih está preparado para el matrimonio porque está listo para amar y no tanto para que lo amen.

Hablamos de «amor» como si fuera una única cosa indiferenciada, pero comprende dos actos muy distintos: amar y ser amado. Deberíamos casarnos cuando estemos listos para hacer lo primero y hayamos tomado conciencia de nuestra fijación, antinatural y peligrosa, con lo segundo.

Al principio, lo único que conocemos es el hecho de «ser amado», que acaba por parecernos, craso error, la norma. De niños creemos, que los padres están siempre espontáneamente a mano para consolar, guiar, entretener, alimentar y ordenar, sin dejar nunca de mostrarse cariñosos y alegres.

Esta concepción del amor nos acompaña hasta la madurez. Ya adultos, aspiramos a recrear esa sensación de cuando nos atendían y consentían. En un rincón secreto de nuestra mente, imaginamos un amante que se adelantará a nuestras necesidades, leerá en nuestros corazones, actuará sin pensar en sí y hará que todo sea mejor. Suena «romántico», pero está abocado al fracaso.

Rabih está preparado para el matrimonio porque comprende que la convivencia entre el sexo y el amor es siempre difícil.

La concepción romántica espera que amor y sexo vayan siempre de la mano. Estamos en verdad preparados para el matrimonio cuando somos lo bastante fuertes como para abrazar una vida de frustración.

Debemos admitir que el adulterio no es una respuesta factible, porque nadie puede ser víctima de una infidelidad y no sentirse herido. Una sola aventura sin importancia suele acabar con todo. Las víctimas de adulterio no logran entender qué podía pasarle por la cabeza a su pareja durante la «traición», cuando se revolcaron con un desconocido unas cuantas horas. Podemos oír sus explicaciones todas las veces que queramos, pero seguiremos teniendo una certeza: que estaban empeñados en humillarnos y que su amor se ha evaporado hasta la última gota, junto con su condición de seres humanos en los que se puede confiar. Insistir en cualquier otra conclusión es como luchar contra la marea.

Rabih está preparado para el matrimonio porque —en los días buenos— le alegra recibir lecciones y está tranquilo dándolas.

Estamos preparados para el matrimonio cuando aceptamos que en muchos ámbitos importantes nuestra pareja será más sabia, más razonable y más madura que nosotros. Deberíamos querer aprender de ella. Deberíamos aguantar que nos hagan notar ciertas cosas. Y en otros momentos, deberíamos estar listos para convertirnos en los mejores pedagogos y compartir nuestras sugerencias sin gritar ni esperar que el otro venga ya sabiendo. Solo si fuésemos perfectos de antemano podríamos considerar que esta idea de la educación mutua no tiene nada de afectuoso.

Rabih y Kirsten están preparados para el matrimonio porque, en el fondo, saben que no son compatibles.

La visión romántica del amor hace hincapié en la importancia de encontrar a la persona «perfecta», lo que significa alguien en sintonía con nuestros innumerables intereses y valores. No hay ninguna persona que sea así a largo plazo. Somos demasiado diversos y peculiares. No existe la complicidad duradera. La pareja más indicada para nosotros no es la que comparte milagrosamente todos nuestros gustos, sino la que es capaz de negociar las discrepancias con gracia e inteligencia.

Más que las especulaciones sobre una complementariedad perfecta, lo que de verdad

distingue a la persona «perfecta» es la capacidad para tolerar la disimilitud. La compatibilidad es un logro del amor; no debería ser su prerrequisito.

Rabih está preparado para el matrimonio porque está harto de la mayoría de historias de amor y porque las visiones del amor que aparecen en las películas y novelas rara vez encajan con lo que sabe ahora a partir de su experiencia.

Según los estándares de la mayoría de historias de amor, nuestras relaciones reales son casi todas insatisfactorias y fallidas. No es de extrañar que la separación y el divorcio parezcan tan a menudo inevitables. Pero deberíamos tratar de no juzgar nuestras relaciones por las expectativas que nos impone un medio que suele inducir a error. Es el arte el que se equivoca, no la vida. En lugar de separarnos, puede que debamos contarnos historias más fieles a la realidad, historias que no hagan tanto hincapié en los comienzos, que no nos prometan un entendimiento absoluto, que se esfuercen por normalizar nuestros problemas y nos muestren la dirección que hay que seguir, melancólica pero esperanzadora, por el camino del amor.

El futuro

Es el cumpleaños de Kirsten, y Rabih lo ha organizado todo para que pasen la noche en un hotel disparatadamente lujoso y caro en las Highlands, donde llegan en coche tras dejar a los niños en Fort William con una prima de Kirsten. Es un castillo del siglo XIX y promete almenas, cinco estrellas, servicio de habitaciones, sala de billar, piscina, restaurante francés y un fantasma.

Los niños han dejado claro que no están nada contentos. Esther ha acusado a su padre de estropearle el cumpleaños a su madre: «Seguro que os aburriréis sin nosotros y que mamá nos va a echar de menos —insiste—. No tendríais que ir tanto tiempo» —volverán a verse el día siguiente por la tarde—. William consuela a su hermana diciéndole que sus padres siempre pueden ver la tele y que a lo mejor hasta hay sala de juegos con ordenador.

Su habitación está en un torreón en lo alto del edificio. En el centro hay una bañera enorme y las ventanas dan a una sucesión de picos dominados por el Ben Nevis, con la cima aún nevada en pleno junio.

Cuando el botones se marcha tras dejar el equipaje, se sienten raros. Han pasado muchos, muchos años desde la última vez que estuvieron solos y juntos en la habitación de un hotel, sin niños ni nada que hacer en particular en las siguientes veinticuatro horas.

Es tan distinta su forma de comportarse en este entorno, que parece que estén teniendo una aventura. Animados por la dignidad y la quietud de esa habitación enorme de techos altísimos, se muestran más formales y respetuosos. Kirsten pregunta a Rabih con una solicitud desacostumbrada qué le gustaría pedir al servicio de habitaciones para acompañar el té, y él le prepara un baño.

El truco tal vez sea, no comenzar una nueva vida, sino aprender a replantearse la vieja con ojos menos hastiados y habituados.

Rabih se tumba en la cama y contempla a Kirsten sumergida en la bañera: lleva el pelo recogido hacia arriba y está leyendo una revista. Siente pena y culpabilidad por los problemas que se han causado mutuamente. Echa un vistazo a los folletos que ha cogido en recepción. En septiembre hay caza y, en febrero, posible pesca de salmón. Cuando acaba, Kirsten sale de la bañera con los brazos cruzados sobre los pechos. A Rabih le conmueve, y le excita un poco, su reserva.

Bajan a cenar. El restaurante está alumbrado con velas; las sillas tienen el respaldo alto y cuelgan cornamentas de las paredes. El *maître* les presenta el menú de seis platos con una pompa absurda que sin embargo, para su sorpresa, les resulta muy agradable. A estas alturas saben ya lo bastante de miserias domésticas como para no aprovechar la ocasión de deleitarse en un poco de hospitalidad cuidadosamente escenificada.

Comienzan hablando de los niños, los amigos y el trabajo, y más tarde, después del tercer plato —venado sobre un lecho de *mousse* de apio— pasan a un terreno menos conocido, y hablan de la ambición reprimida de Kirsten de volver a tocar un instrumento y de los deseos de Rabih de invitarla a Beirut. Al final, Kirsten se pone incluso a hablar de su padre. Explica que siempre que visita un sitio nuevo, se pregunta si no vivirá allí cerca por casualidad. Quiere intentar localizarlo. Los ojos le brillan con lágrimas contenidas; dice que está cansada de llevar toda la vida cabreada con él. Puede que ella hubiese hecho lo mismo de haber estado en su lugar. Casi. Le gustaría que conociera a sus nietos y —añade sonriendo— a este yerno horrible y peculiar que viene de Oriente Próximo.

Rabih ha pedido un vino francés con un precio temerario, casi lo que cuesta la habitación, y está empezando a surtir efecto. Quiere otra botella, porque sí. Es consciente del papel psicológico y moral del vino, de su capacidad para abrir canales de sentimiento y comunicación que de otro modo permanecen cerrados, no solo para ofrecer una rudimentaria vía de escape por la que huir de las dificultades, sino a fin de permitir el acceso a emociones a las que la vida diaria, injustamente, no deja espacio. Hacía mucho tiempo que emborracharse no le parecía tan importante.

Se da cuenta de que hay todavía muchas cosas que no sabe de su mujer. Le parece casi una extraña. Imagina que es su primera cita y que ella ha accedido a venir y follar con él en ese castillo escocés. Se ha olvidado de sus hijos y de su horrible marido. Está acariciándolo por debajo de la mesa, mirándolo con ojos inteligentes y escépticos y derramando algo de vino sobre el mantel.

Rabih está muy agradecido a los camareros de uniforme negro, a ese cordero criado en la región que ha muerto por ellos, al pastel de chocolate fundido de tres pisos, a los *petits fours* y al té de manzanilla por conspirar y un marco que permite contemplar el encanto y el misterio esencial de su mujer como es debido.

A ella no se le da muy bien lo de aceptar cumplidos, por supuesto, pero Rabih ahora ya lo sabe, sabe de dónde viene todo eso: esa independencia y esa reticencia que en el pasado tanto le molestaban, pero que lo harán mucho menos en el futuro, así que coge la directa y le dice lo guapa que está, los ojos tan sabios que tiene, lo orgulloso que se siente de ella y cuánto lo lamenta todo. Y en lugar de desechar sus palabras con alguno de sus habituales comentarios estoicos, Kirsten sonrío —una sonrisa cálida, amplia, silenciosa—, le da las gracias y le aprieta la mano; y puede

incluso que esté otra vez a punto de derramar alguna lágrima cuando llega el camarero y pregunta si la señora desea algo más. Ella responde, arrastrando levemente las palabras: «Solo un poco más de cariño», y entonces se da cuenta de lo que acaba de decir.

A ella también se le ha subido a la cabeza, le ha dado valor; el suficiente para mostrarse débil. Siente como si un dique estuviese rompiéndose en su interior. Está cansada de resistirse a Rabih, quiere entregarse a él de nuevo, como hizo en su día. Sabe que, pase lo que pase, sobrevivirá. Hace mucho que dejó de ser una niña. Es una mujer que ha enterrado a su madre en la tierra fangosa del cementerio de Tomnahurich y ha traído a dos hijos al mundo. Uno de ellos es un niño, así que sabe cómo son los hombres antes de que puedan hacer daño a las mujeres. Sabe que la crueldad masculina está hecha sobre todo de miedo. Desde esta nueva posición de fuerza, se siente generosa y benévola hacia la hiriente debilidad de los hombres.

—Siento no haber sido siempre lo que esperabas de mí, señor Sfouf.

—Has sido mucho más —responde él acariciándole el brazo desnudo.

Sienten una lealtad vertiginosa hacia lo que han construido juntos: su matrimonio contencioso, enfurruñado, lleno de risas, tonto y hermoso; un matrimonio que les encanta porque es inconfundible y dolorosamente suyo. Se sienten orgullosos de haber llegado tan lejos, de haber seguido intentándolo, de tratar una y otra vez de entender las locuras que hay en la cabeza del otro, de negociar un acuerdo de paz tras otro. Podría haber habido tantos motivos para no seguir juntos... Romper habría sido lo natural, algo casi inevitable. Seguir juntos es su extraño y exótico logro, y sienten lealtad hacia su versión del amor, una versión llena de cicatrices y curtida en la batalla.

En el cuarto, tumbados en la cama, Rabih acaricia las marcas que sus hijos han dejado en el vientre de su esposa; cuánto la han desgarrado, dañado y agotado con su inocente egoísmo primario. Kirsten percibe en él una nueva suavidad ondulante. Fuera llueve a cántaros; el viento silba por entre las almenas. Cuando terminan, se abrazan junto a la ventana y beben un poco de agua de un manantial del lugar a la luz de una lámpara del patio de abajo.

El hotel ha adquirido una importancia metafísica. Los efectos no quedarán limitados a este recinto exótico: Kirsten y Rabih se llevarán consigo estas lecciones de agradecimiento y reconciliación a las estancias más frías e insulsas de su vida cotidiana.

La tarde siguiente, la prima de Kirsten les lleva a sus hijos. Esther y William corren a saludar a sus padres en la sala de billares, junto a la recepción. Esther viene con Dobbie. A sus padres les duele la cabeza como si acabasen de bajar de un vuelo de larga distancia.

Los niños se quejan en los términos más rotundos de que los hayan abandonado como a huérfanos y obligado a dormir en un cuarto que olía a perro. Les exigen una confirmación explícita de que este tipo de viaje no volverá a repetirse.

Luego, como tenían planeado, los cuatro salen a pasear. Siguen el curso de un río durante un

trecho y luego ascienden las colinas del Ben Nevis. Al cabo de media hora emergen de los bosques, y ante ellos se despliega un paisaje que se extiende a lo largo de kilómetros bajo el sol de verano. A sus pies, muy lejos, ven ovejas y granjas como si fueran de juguete.

Plantan el campamento base en un brezal. Esther se quita las botas y corretea por un riachuelo. Dentro de pocos años será una mujer y la historia volverá a comenzar. William sigue una fila de hormigas hasta el hormiguero. Es el día más caluroso en lo que va de año. Rabih se tumba en la tierra, con los brazos y piernas extendidos, y sigue el curso de una nubecilla inofensiva por el azul del cielo.

Quiere retener este momento, así que los llama para hacer una foto; coloca la cámara sobre una roca y luego corre para salir él también. Sabe que la felicidad perfecta viene solo en unidades diminutas, graduales, tal vez de no más de cinco minutos cada vez. Hay que cogerlas con ambas manos y atesorarlas.

Las peleas y los conflictos reaparecerán muy pronto: uno de los niños se enfadará, Kirsten hará algún comentario crispado como reacción a algún descuido suyo, él se acordará de los problemas que tiene en el trabajo, se asustará y se sentirá aburrido, consumido, cansado.

Sabe que nadie es capaz de predecir el destino de esta foto: cómo la interpretarán en el futuro, qué buscará en sus ojos quien la mire. ¿Será su última foto juntos, justo antes del accidente al volver a casa, o un mes antes de que descubra la aventura de Kirsten y esta decida irse, o el año antes de que aparezcan los síntomas de Esther? ¿O sencillamente descansará durante décadas en el estante del salón, esperando que William coja de pasada el marco polvoriento cuando vuelva a casa con su novia para presentársela a sus padres?

Ser consciente de esta incertidumbre lleva a Rabih a querer aferrarse a la luz aún con mayor fervor. Aunque sea por un momento, todo tiene sentido. Sabe cómo amar a Kirsten, cómo tener suficiente fe en sí mismo y cómo ser compasivo y paciente con sus hijos. Pero es todo desesperadamente precario. Es muy consciente de que no tiene derecho a presentarse como un hombre feliz: no es más que un ser humano cualquiera que pasa por una breve fase de satisfacción.

Ahora ha entendido que hay muy pocas cosas que podamos volver perfectas. Se ha hecho cargo de la valentía que hace falta para vivir incluso una vida absolutamente mediocre como la suya. Para que todo esto siga funcionando, para conservar el estatus de persona casi cuerda, la capacidad de mantener a su familia, la supervivencia de su matrimonio y la prosperidad de sus hijos: proyectos que no dan menos ocasión para el heroísmo que un relato épico. Es poco probable que lo llamen a filas para servir a su país o combatir al enemigo, pero también en sus limitados dominios hay que ser valiente. Valiente para que no pueda con nosotros la ansiedad, para no hacer daño a los demás por frustración, para no enfurecernos demasiado con el mundo por los agravios que percibimos y que este nos inflige sin darse cuenta, para no volvernos locos y conseguir perseverar de un modo más o menos adecuado en medio de las dificultades de la vida

conyugal: esto es valentía auténtica, un heroísmo único en su clase. Y por un instante en la ladera de una montaña escocesa, bajo el sol de última hora de una tarde de verano, y de vez en cuando a partir de entonces, Rabih Khan siente que, con Kirsten a su lado, puede que sea lo bastante fuerte para afrontar cualquier exigencia que la vida le plantee.

En este libro, Alain de Botton trata sobre cómo debemos aprender a amar después de enamorarnos



La historia de Rabih y Kristen se parece a la de muchos: una mujer y un hombre se encuentran, se enamoran y al cabo de poco tiempo se casan. Aquí podría acabar la novela con un «...y vivieron felices comiendo perdices», pero en realidad este es el momento en que empieza el verdadero viaje, la fatiga del amor.

Entendámonos: cuando Alain de Botton habla de fatiga, no piensa en el hastío y el cansancio que siguen al momento mágico del enamoramiento. Al contrario, nos invita a considerar la vida de pareja como un trabajo que exige voluntad, constancia y mucho sentido del humor, porque a menudo una mujer y un hombre están de acuerdo sobre lo que más importa, pero en los pasillos de IKEA pueden desencadenarse auténticas tormentas.

Siguiendo las andanzas de Rabih y Kristen vamos a disfrutar de un sabroso tratado sobre las relaciones conyugales, una novela insólita donde Freud y Montaigne a veces también piden la palabra. Aquí quizá no haya tanto lugar para la pasión romántica, pero en ese transcurso de los días cabe que encontremos ocasiones, momentos espléndidos que nos compensen de tanta fatiga.

«El amor necesita mucha habilidad, además de entusiasmo.»

ALAIN DE BOTTON

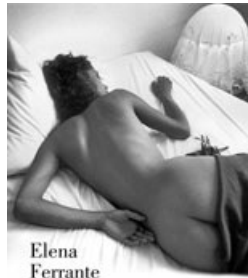
Alain de Botton nació en Suiza en 1969. Tras cursar estudios en Cambridge, se instaló en Londres, ciudad donde reside actualmente. El autor se dio a conocer en 1993 con *El placer del amor*, que Lumen vuelve a proponer, un texto donde se mezclan con éxito la ficción, las tribulaciones personales y sus ideas sobre el enamoramiento. Le siguieron ensayos tan interesantes como *Las consolaciones de la filosofía*, *Cómo cambiar tu vida con Proust* o *La arquitectura de la felicidad*, y ahora, después de veinticinco años, el autor vuelve a la ficción con *La fatiga del amor*.

Desde hace algunos años Alain de Botton colabora con un canal de televisión inglés en programas de divulgación que llevan su «firma de autor»: inteligencia, ironía y complicidad con quien lee, mira y escucha. También ha fundado una asociación llamada The School of Life, que enseña a gestionar las emociones a la sombra de los grandes intelectuales de todos los tiempos.



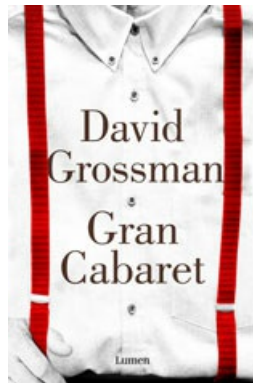
Lumen recomienda

Alain de Botton | El placer del amor



Elena Ferrante
Las deudas del cuerpo

Lumen



David Grossman
Gran Cabaret

Lumen



Elena Ferrante
La niña perdida

Contos y relatos de la época del Imperio

Lumen



Jeanette Winterson

El mundo y otros lugares

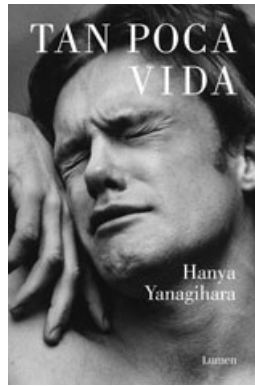
Lumen



Jeannette Winterson

El hueco del tiempo

Lumen



Título original: *The Course of Love*

Edición en formato digital: septiembre de 2017

© 2016, Alain de Botton

© 2017, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© 2017, Inga Pellisa Díaz, por la traducción

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial a partir del diseño original de Penguin UK

Ilustración de portada: © Mónica Ramos

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-264-0467-1

Composición digital: M.I. Maquetación, S.L.

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Índice

La fatiga del amor

El romanticismo

El encaprichamiento

El comienzo sagrado

Enamorados

Sexo y amor

La proposición de matrimonio

Para siempre

Las tonterías

De morros

Sexo y censura

La transferencia

La culpa universal

Enseñar y aprender

Los hijos

Lecciones de amor

La dulzura

Los límites del amor

Sexo y paternidad

El prestigio de la colada

El adulterio

Los cuernos

Los pros

Los contras

Deseos irreconciliables

Los secretos

Más allá del romanticismo

La teoría del apego

La madurez

Preparados para el matrimonio

El futuro

Sobre este libro

Sobre Alain de Botton

Lumen recomienda

Créditos